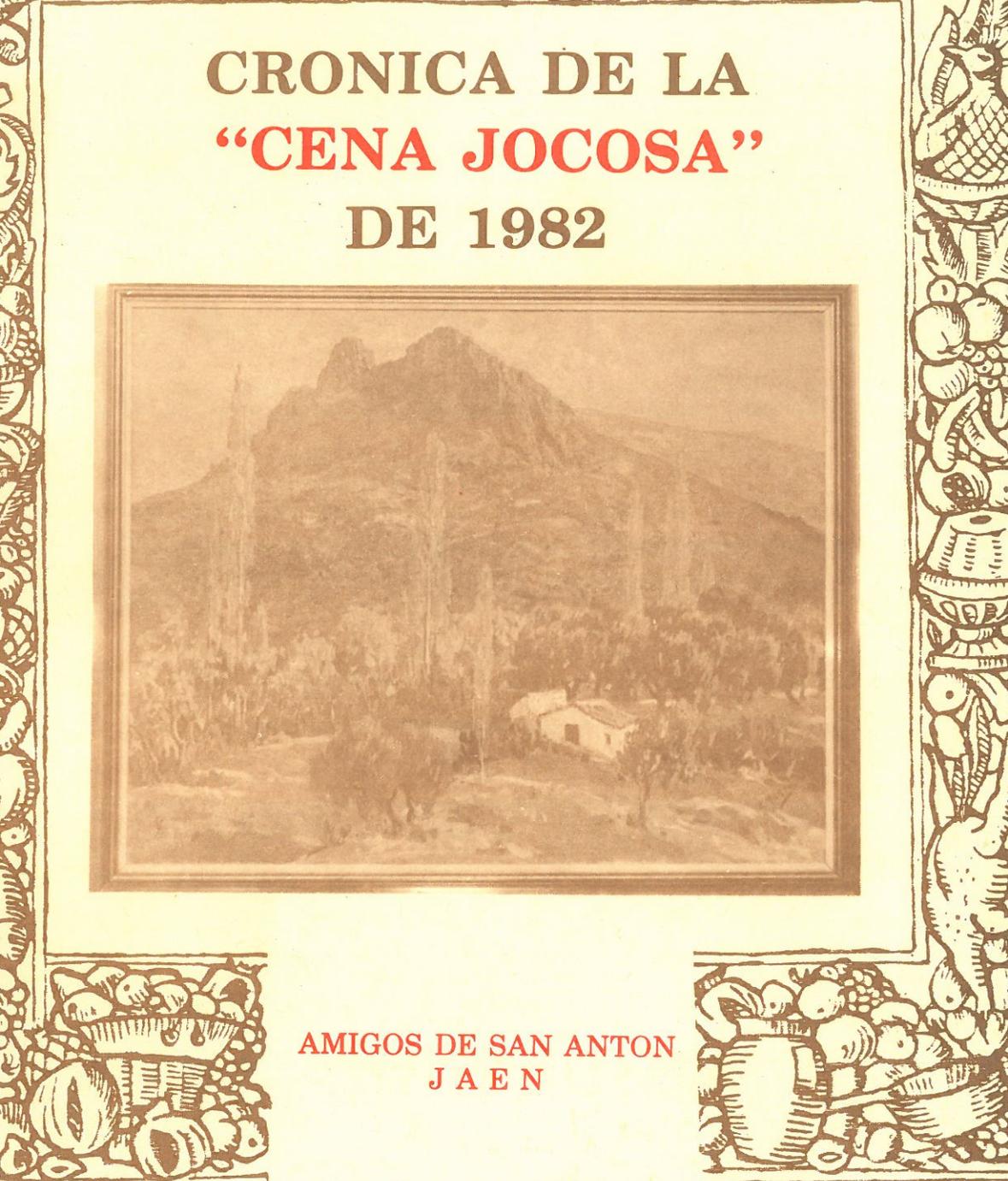
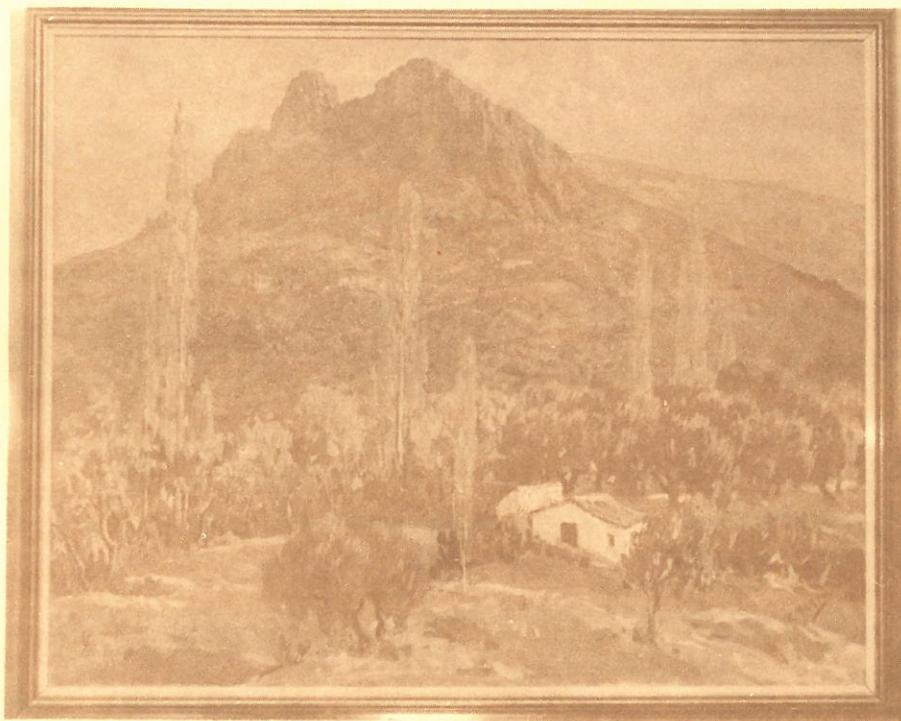
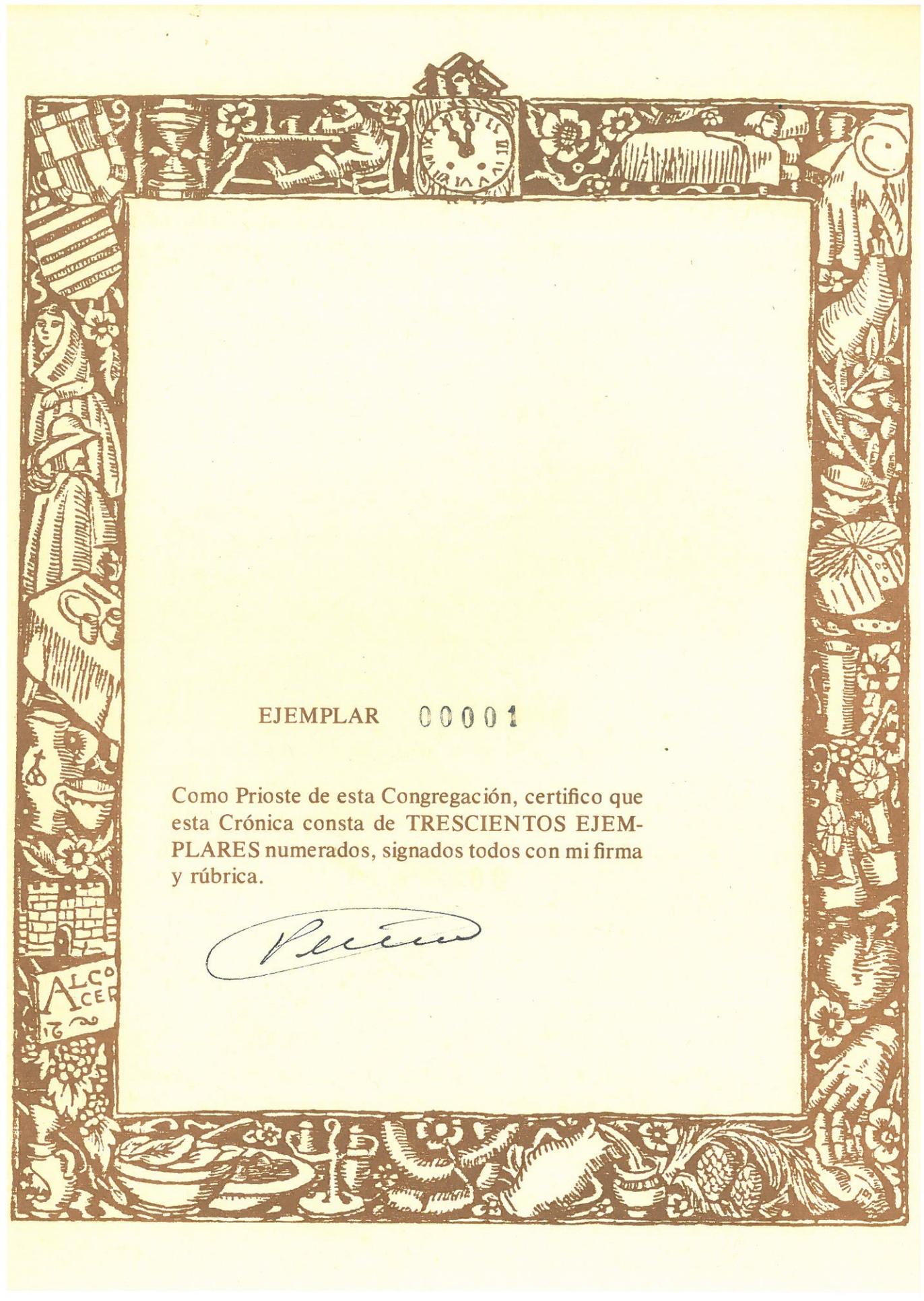




CRONICA DE LA
"CENA JOCOSA"
DE 1982



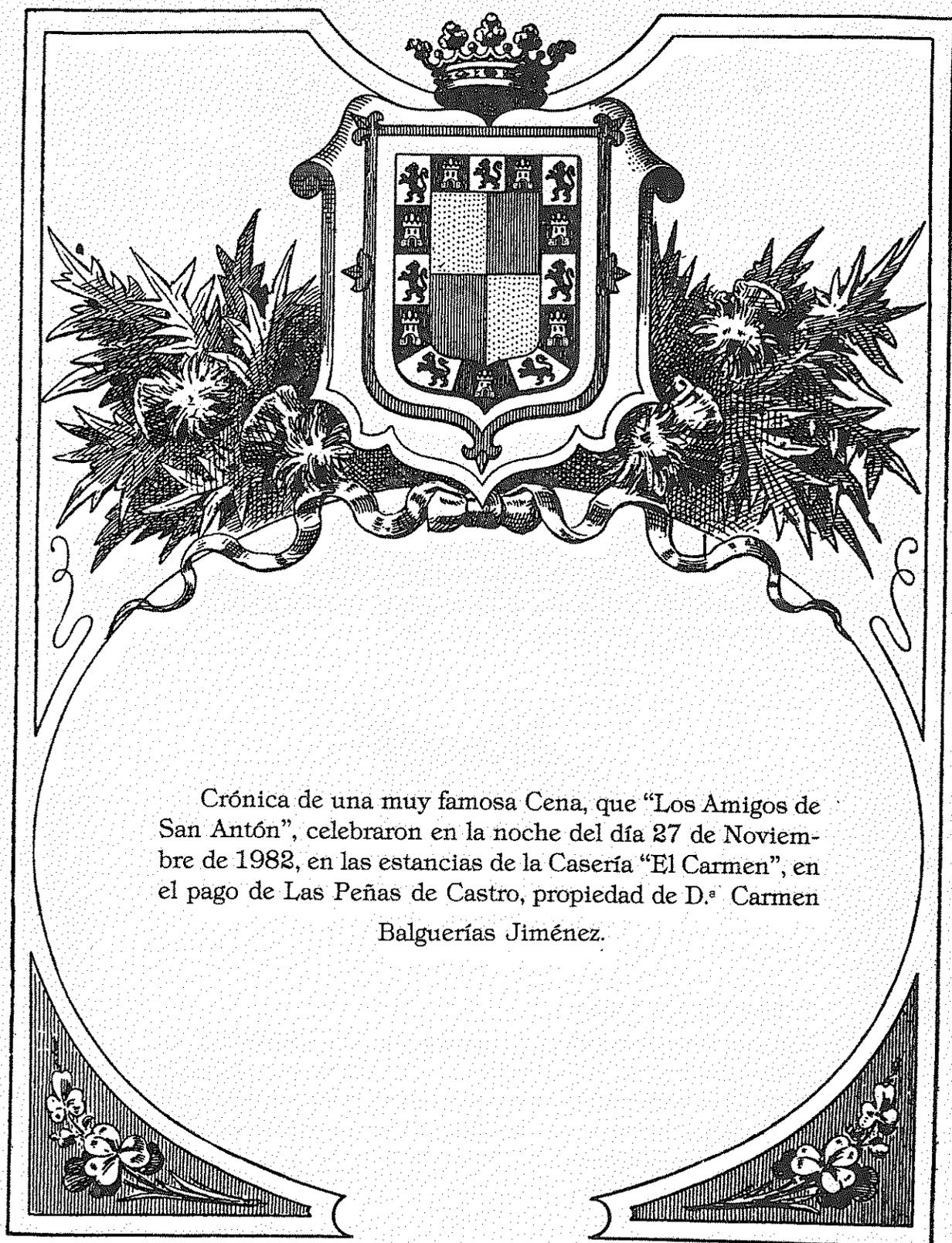
AMIGOS DE SAN ANTON
JAEN



EJEMPLAR 00001

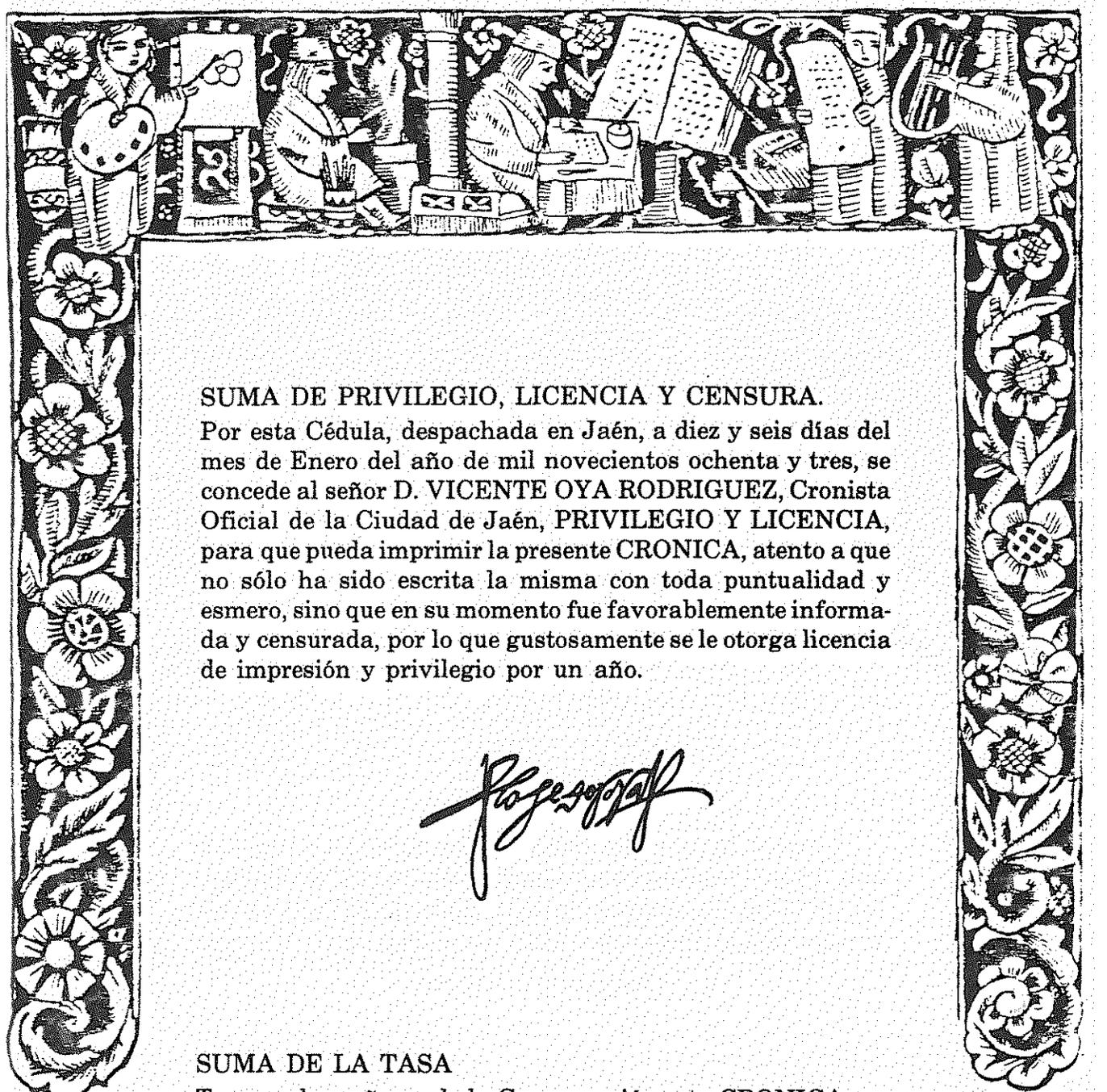
Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de TRESCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Ricardo



Crónica de una muy famosa Cena, que “Los Amigos de San Antón”, celebraron en la noche del día 27 de Noviembre de 1982, en las estancias de la Casería “El Carmen”, en el pago de Las Peñas de Castro, propiedad de D.^a Carmen

Balguerías Jiménez.

A decorative border surrounds the text. The top border features a series of small illustrations: a painter with a palette, a person at a printing press, a person at a desk, and a person with a book. The left and right borders are filled with a repeating pattern of stylized flowers and leaves. The bottom border also features floral motifs.

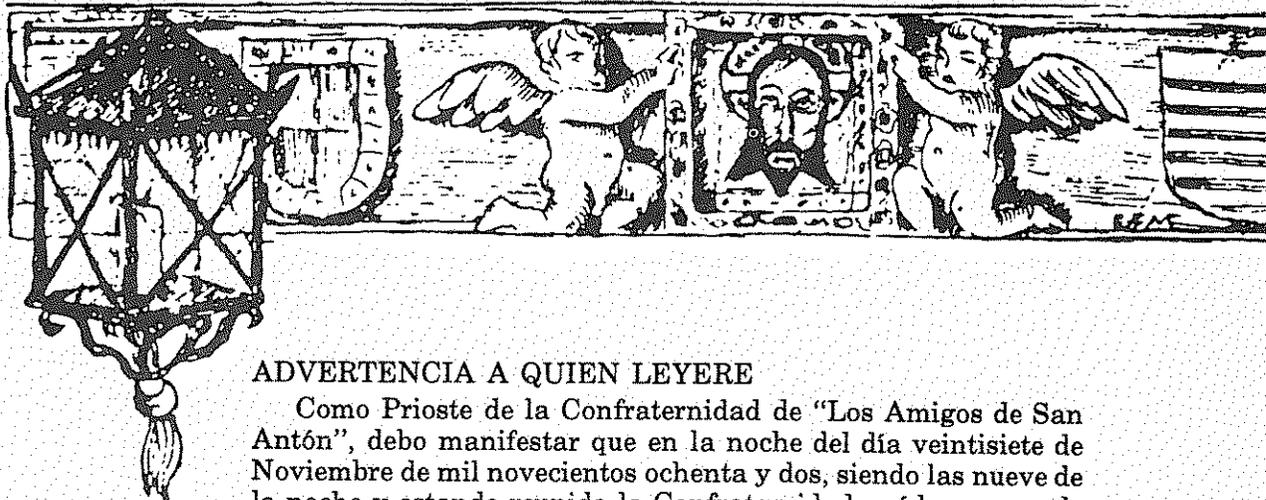
SUMA DE PRIVILEGIO, LICENCIA Y CENSURA.

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a diez y seis días del mes de Enero del año de mil novecientos ochenta y tres, se concede al señor D. VICENTE OYA RODRIGUEZ, Cronista Oficial de la Ciudad de Jaén, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRONICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga licencia de impresión y privilegio por un año.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Vicente Oya Rodríguez', is centered below the main text.

SUMA DE LA TASA

Tasaron los señores de la Congregación esta CRONICA, en reales por página, lo que hacen..... reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de caudales de la Confraternidad de "Los Amigos de San Antón", en el día del señor San Lucas de este año de gracia.



ADVERTENCIA A QUIEN LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de "Los Amigos de San Antón", debo manifestar que en la noche del día veintisiete de Noviembre de mil novecientos ochenta y dos, siendo las nueve de la noche y estando reunida la Confraternidad, así hermanos de número de honorarios, en la estancia baja de la casería "El Carmen", en los pagos de Las Peñas de Castro, de esta ciudad de Jaén, leí cierto papel, cuyo tenor es el siguiente:

En Cabildo celebrado por la Confraternidad "Amigos de San Antón", en el salón alto del Arco de San Lorenzo de Jaén, el día veinte de octubre de mil novecientos ochenta y dos, entre otros acuerdos se adoptó el siguiente:

"Vistas detenidamente las muy cualificadas circunstancias que concurren en el señor Cronista Oficial de esta ciudad de Jaén, muy honorable señor Don Vicente Oya Rodríguez, acuerdan unánimemente comunicarle el deseo de esta Confraternidad, de que sea el cronista, que a su propio y peculiar estilo, describa las incidencias de nuestra singular Cena de Santa Catalina —Cena Jocosa— de este año de 1982, y que ha de tener lugar Dios mediante el día 27 de noviembre, debiendo ser ésta una fiel y exacta copia de cuanto en ella aconteciere".

Dado en la ciudad de Jaén el día veinte de octubre del año de gracia de mil novecientos ochenta y dos.

Una vez leído, mandé levantar al hermano honorario Don VICENTE OYA RODRIGUEZ, al que le hice con la solemnidad debida la pregunta de rigor:

—Muy honorable señor Don Vicente Oya Rodríguez ¿Sois conforme en redactar con fiel exactitud, todas cuantas cosas viéreis y oyéreis en el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina?

A lo cual el tal Don Vicente respondió entonadamente:

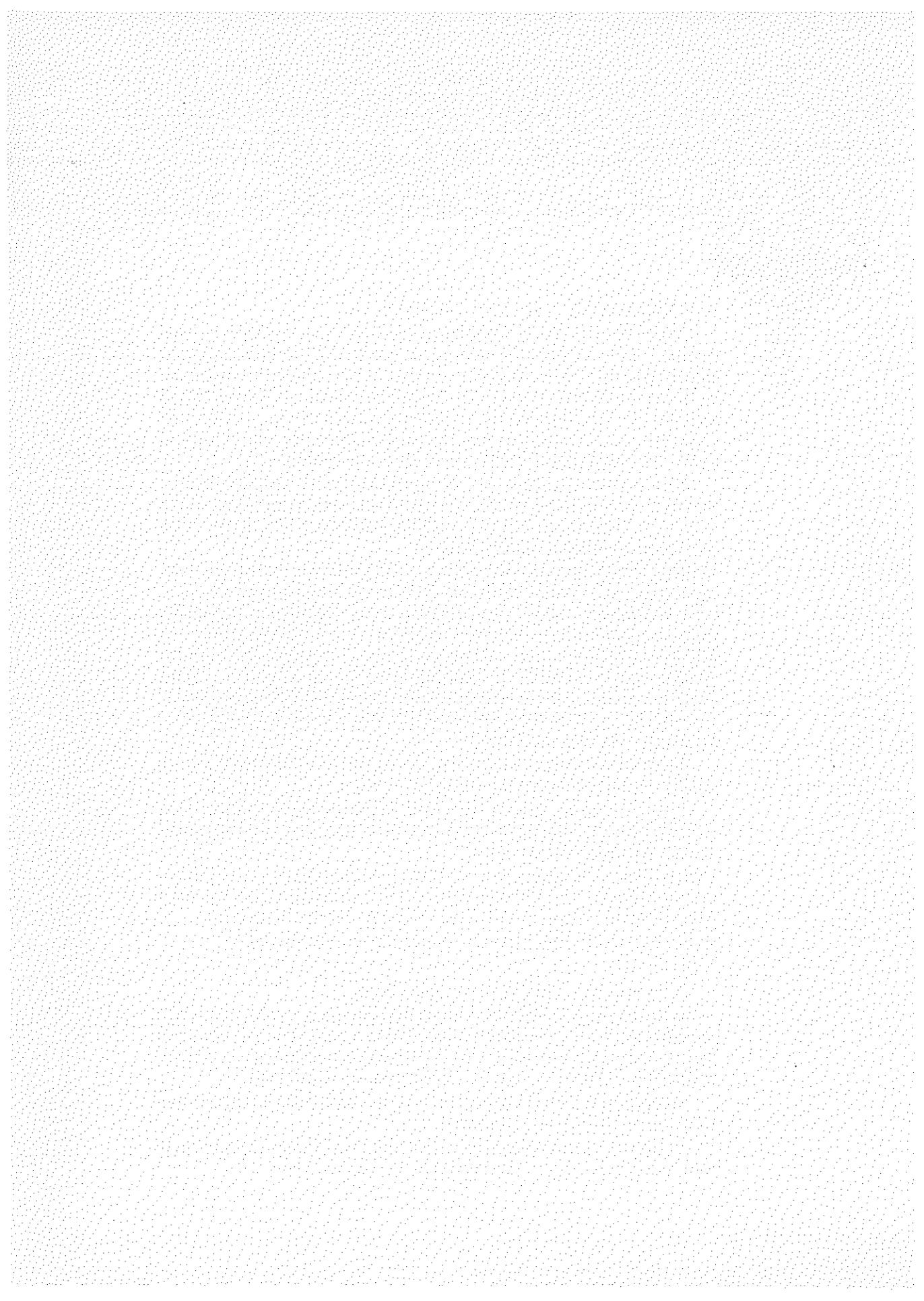
—Sí, lo soy.

A lo que yo, como Prioste, manifesté:

—Os agradecemos complacidos la aceptación y os exhortamos y encarecemos que lo hagáis con el agrado y galanura que os caracteriza, entregándoos para ello el recado de escribir, para que sin dilación ni demora alguna comencéis en el encargo.

Aceptó Don Vicente el recado y luego recibió las noragüenas y parabienes de los concurrentes.

Y por ser de conveniencia y utilidad, yo el Prioste, pongo aquí este testimonio para conocimiento de quien leyere.





Los asistentes al inicio de la cena.

CRONICA DE LA CENA JOCOSA O DE SANTA CATALINA DE 1982

DISTINGUIDO con el honroso encargo de redactar la presente Crónica de la Cena Jocosa o de Santa Catalina del año de gracia de 1982, cumplo gustoso este para mí sagrado deber al que me comprometí en ceremonia solemne, según queda reflejado en este mismo libro. Lo hago, como digo, con satisfacción, porque ello me proporciona la oportunidad de dejar constancia, para tiempos venideros, de que nosotros, "Los Amigos de San Antón", que, esencialmente, somos AMIGOS DE JAEN, nos reunimos en la noche del 27 al 28 de noviembre, de dicho año, para compartir, plenamente, el pan, la sal y la amistad. Y para unirnos, una vez más, como en otras ocasiones precedentes, en el cariño sin limitaciones por y para nuestra tierra.

DEDICATORIA.

Pero antes de entrar de lleno en el relato de esta gratisima reunión quiero dedicar la presente crónica a "Los Amigos de San Antón", esto es, a nosotros mismos, incluidos nuestros familiares, a los que extendemos nuestros mejores deseos de felicidad.

De una manera especial va esta dedicatoria a los que, con tanto acierto como cariño, me precedieron en la redacción de esta Crónica anual. A saber: MANUEL LOPEZ PEREZ, que relató la cena de 1978, primera de la celebrada por nosotros, en el 50 aniversario de aquella otra conmemorativa de la Cena Jocosa que tuvieron los amigos de "Don Lope de Sosa", en 1928, y que dió lugar a la institución de nuestra cena anual; RAFAEL ORTEGA SAGRISTA, que narró la de 1979; MIGUEL CALVO MORILLO, que cantó la de 1980; y MANUEL CABALLERO VENZALA, que glosó la de 1981. La lectura de sus textos, cada uno con su peculiar estilo, juntamente con los de las intervenciones de los comensales, han renovado en mi alma el amor que siento por nuestro querido Jaén. Guiado por tan buenos maestros de la Crónica, alentado y estimulado por sus escritos, me dispongo a narrar nuestra cena de 1982. Queda para ellos, para estos cronistas de nuestras cenas inolvidables, mi afecto, mi admiración y mi gratitud.

No podían quedar fuera de esta dedicatoria quienes, por otro lado, con tanta generosidad, presididos por nuestro ilustre Prioste, el Señor don PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, propusieron y decidieron que fuera yo el cronista de esta cena. Para ellos mi expresión de verdadera y profunda gratitud también.

LOS LLAMADOS.

A esta cena fuimos llamados, mediante esquila de citación firmada por "El Criado Portugués", cuyo texto me complazco en reproducir:

"UN año más —Dios sea loado— me manda mi Señor Don Lope de Sosa, con recado de cortesía para Vuestra Merced, y que con fiel puntualidad cumpla.

DICEME, que estando ya en las fiestas del Señor San Lucas, anda cercano el aniversario de su Cena Jocosa, y que cada año y a finales del mes de Noviembre, la vienen conmemorando "Los Amigos de San Antón", de esta ciudad de Jaén, con la llamada "Cena de Santa Catalina".

ASI pues, sea Vuestra Merced servida y avisada de esta cercana celebración, debiendo hacer justificado hueco en sus quehaceres y obligaciones, acopio de muy sano humor y buena disposición para un mejor yantar.

DOILE el recado a diez y ocho días del mes de Octubre del año de gracia de mil novecientos ochenta y uno.

El Criado Portugués".

Fieles a esta cita compartimos la cena los "Amigos" efectivos de San Antón y los honorarios o adheridos, que habíamos tenido la dicha de ser recibidos como "Amigos de San Antón" en el curso de las cenas hasta ahora celebradas.

He aquí la lista, que, sin distinciones, damos por orden alfabético, de los asistentes a la cena:

- Luis ARMENTEROS BASTERRECHEA.
- Luis BERGES ROLDAN.
- Miguel CALVO MORILLO.
- Antonio CASAÑAS LLAGOSTERA.
- José CASAÑAS LLAGOSTERA.
- Pedro CASAÑAS LLAGOSTERA.
- Juan CASTELLANO DE DIOS.
- Pablo CASTILLO GARCIA-NEGRETE.
- Francisco CEREZO MORENO.
- Manuel ELIAS CARRASCO.
- Diego JEREZ JUSTICIA.
- Juan Miguel JIMENEZ DIAZ.
- Manuel LOPEZ PEREZ.
- Fernando LORITE GARCIA.
- Francisco OLIVARES BARRAGAN.
- Rafael ORTEGA SAGRISTA.
- Vicente OYA RODRIGUEZ.
- José María PARDO CRESPO.
- Alfonso PARRAS VILCHEZ.
- Julio PUGA ROMERO.
- Alfonso SANCHO SAEZ.

Celebramos la presencia, por vez primera, de ALFONSO SANCHO SAEZ. Y lo recibimos con los brazos abiertos. Con gran satisfacción. Prueba de que todos nos sentíamos honrados con su entrada en esta institución. El también se sentía a gusto, complacido, entre nosotros y convertido ya en un verdadero amigo de San Antón.



Vista parcial de la mesa: Sres. López Pérez, Sancho Sáez y Calvo Morillo.

DOS AUSENCIAS.

Tuvimos dos ausencias. Bien que lo sentimos todos. No pudieron estar físicamente con nosotros ni MANUEL CABALLERO VENZALA ni FERMIN PALMA RODRIGUEZ. Para ambos hubo un recuerdo especial al Señor que le llegaría de parte de San Antón y de Santa Catalina.

MANUEL CABALLERO VENZALA, de alguna forma, se hizo presente mientras repasábamos su bien hilvanada C. única correspondiente a la Cena de 1981, ilustrada con magníficos dibujos de LUIS BERGES, PACO CEREZO, ALONSO PARRAS Y JULIO PUGA, y unas espléndidas fotografías que, como siempre nos hizo MANOLO FERNANDEZ. Bien que apreciamos nosotros el esfuerzo llevado a cabo por CABALLERO VENZALA para realizar la Crónica durante su enfermedad, una enfermedad que se agravó tanto hasta el extremo de que no pudo estar con nosotros. Superadas sus dolencias, gracias a Dios, haciendo gala de su espíritu de amigo de San Antón, escribió, para esta Crónica la que hubiera sido su intervención durante la Cena, un trabajo magistral, como todos los suyos, sobre los anuncios del Almanaque El Chirri de 1861, que nosotros hemos llevado al final de este libro, como epílogo brillante y como broche de oro también.

FERMIN PALMA RODRIGUEZ, el otro gran ausente, estaba profundamente apenado por aquellos días. Su hermano, ALBERTO, otro gran médico de nuestro Jaén, se encontraba aquejado de una grave enfermedad, tan grave que, algún tiempo después, se nos murió, sumiendo en el dolor a los suyos y a sus amigos, pero dejándonos a todos el recuerdo imborrable de una vida ejemplar y de una vocación profesional extraordinaria. Quede aquí nuestro piadoso y ferviente recuerdo.

EL ESCENARIO.

Fue albergue de "Los Amigos de San Antón", para esta nuestra Cena de 1982, también para nuestra hermandad y para nuestros compartidos amores por Jaén, una vieja y entrañable Casería de esta ciudad y término, que llaman de "El Carmen", propiedad de la distinguida familia de Los Balguerías y que nosotros disfrutamos gracias a la generosidad desbordante de su propietaria doña CARMEN BALGUERIAS JIMENEZ.

Por ello, interpretando los sentimientos unánimes de "Los Amigos de San Antón", PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA, en nombre y representación de todos nosotros, halló momento oportuno para, durante la reunión, con sencillas palabras de gratitud, entregar a CARMEN BALGUERIAS JIMENEZ, un hermoso ramo de flores y una placa conmemorativa con la inscripción: "En esta Casería, y organizada por "Los Amigos de San Antón", se celebró la Cena de Santa Catalina de 1982". CARMEN BALGUERIAS expresó su satisfacción por este acto y felicitó a los allí presentes por sus inquietudes culturales y por el cariño que, a través de sus actividades, muestran por Jaén.

EL AMBIENTE.

El ambiente, en verdad, era extraordinariamente familiar. Nos sentíamos como en nuestra propia casa. Todo, en la Casería, era gratisimo. Porque la estancia tiene una enorme capacidad de acogimiento. La lumbre consumía unos troncos y disfrutábamos de un calor agradable que luego se aumentó con el buen vino de la tierra. Pero lo más importante era el calor humano, la atmósfera de amistad que a todos nos envolvía. Fuera, como contraste, bajo la noche oscura, una lluvia intensa y un

viento jaenero de fuertes ráfagas. Había como una música constante del goteo del agua sobre las tejas de la casa y en los canalones. Silbaba por las ventanas el viento huracanado. Toda una noche deliciosa para oirla y para observarla desde la atalaya segura de una Casería como la de "El Carmen".

Dentro de este clima de cordialidad los amigos efectivos de San Antón y los adheridos y también honorarios intercambiamos diplomas acreditativos de pertenecer a "Los Amigos de San Antón". Toda una bella y expresiva Carta de Hermandad que todos nosotros guardamos con esmero, orgullo y satisfacción en sitios principales de nuestros hogares.

Y también recibimos unas llaves para que cada uno de nosotros pueda tener acceso al Arco de San Lorenzo donde "Los Amigos de San Antón" tenemos nuestra sede social.

Todas estas ceremonias se fueron celebrando entre abrazos y expresiones llenas de cordialidad. No podían ser mejores ni el escenario del acontecimiento ni el ambiente en el que nos movíamos.

MESA, MANTEL, PAN Y SAL...

Con esmero de artistas los hermanos Antonio y Cristóbal Molina Fernández prepararon la mesa grande de la cena. Y las mesas pequeñas para los aperitivos. Todo muy bien dispuesto. Mantel hermosos con bordados de manos femeninas con largas vigiliás; platos, vasos, jarras, hechos con el barro de nuestra tierra, los aires y los soles de nuestros pagos, el tiempo que pasa despacio o con prisa. Mesas para el pan, para la sal y para la amistad...

He aquí la relación de los productos que vinieron a la mesa de la Cena de Santa Catalina de 1982 y que este cronista ha tratado de recopilar:

Convite de entrada.- Vinos finos y olorosos, como los de Lopera, Torreperogil o Bailén; jamón añejo, curado con los aires frescos de Valdepeñas de Jaén; queso manchego, de ese que traen de la Mancha cercana, fronteriza, los vendedores ambulantes de anchas y largas camisolas negras; aceitunas de cornezuelo, que son algo así como la corte de honor de las otras aceitunas de cornezuelo, que son algo así como la corte de honor de las otras aceitunas que dan el aceite; almendras y garbanzos tostados de los pagos de Torredelcampo; morcilla de Cambil, salida de las matanzas en las viejas casas de labor; chuletas de choto, de carne apretada y hecha fuerte por los vericuetos de nuestras sierras. Y sollada, la gran sollada, de la Panadería de Juan Siles Ecija, donde, a buen seguro, hubiera gustado ir, ahora, el mítico Don Lope de Sosa para comer pan tostado, calentito, con aceite virgen de oliva.

Cena.- Sopa de albóndigas, con caldo espeso, bien trabado, y ellas, las albóndigas, con grato relleno para el paladar exigente, generosamente preparadas para esta cena por D.^a Clotilde Peinado, de Vico Castilla; pan casero, bien amasado, de la artesa, del horno de Juan Perea, de Cabra del Santo Cristo; y otra vez, sobre los vasos, desangrándose las jarras, el vino blanco y el vino tinto de Torreperogil, que nos llegó desde la Bodega famosa de Pedro Chaves.

Postres.- Caquis del Puente de la Sierra, y algo delicioso, como sólo ellas pueden hacerlo, los batatines, cocidos con agua, azúcar y canela, que prepararon las Hermanas Badía Lacalle, esto es, Joaquina, Pilar y María Dolores.

Sobremesa.- Yemas de coco y almendra y roscos de Navidad de Las Descalzas, deliciosamente conventuales; puñetas de almendra, gracias a la receta familiar del



Cena de Santa Catalina de 1982

Amigos de San Antón

Jaén

Leemos en el libro "Escenas y Costumbres de Jaén", de Rafael Ortega Sagrista, al hablar de las caserías:

"Jaén está rodeado de antiguas y bellas caserías. Casas de teja, como se dice en las viejas escrituras; casas construidas de sólidos tapiales, con tejados a cuatro aguas y graciosas capuchinas. Casas relucientes de cal, como blancas palomas acostadas entre el verde gris de los olivares. O casas hechas de piedra, que el sol de años ha patinado en oro".

En un lugar así y a una legua de Jaén, en la casería EL CARMEN, situada en las faldas de "Las Peñas de Castro", por gentil hospitalidad de su dueña D^a Carmen Balguerías Jiménez, en la noche del 27 de noviembre del año de gracia de 1982, y tras el toque de Animas, tiene lugar la Cena de Santa Catalina -Cena Jocosa-, que anualmente convocan Los Amigos de San Antón de esta ciudad.

Convite de Entrada

Vinos finos y olorosos
Jamón añejo, de Valdepeñas
Queso Manchego
Aceitunas de Cornezuelo
Almendras y Garbanzos tostados
Morcilla de Cambil
Masa de Chorizo
Chuletas de Choto
Sollada
(De la Panadería de Juan Siles Ecija)

Cena

Sopa de Albóndigas
Huevos de San Antón
Pan casero
(Del horno de Juan Perea, de Cabra de Santo Cristo)
Vinos, blanco y tinto de Torreperogil
(De la Bodega de Pedro Chaves)

Postres

Caquis, del Puente de la Sierra
Batatines, cocidos con agua, azúcar y canela.

Sobremesa

Yemas de Coco y Almendra y Roscos de Navidad, de Las Descalzas.
Puñetas de almendra
(Receta familiar del Maestro Manuel Campillo).
Roscos acostados, de Cabra del Santo Cristo.
Café de la X-4
(de Herederos de Moreno Vico)
Crema de Café y Anís Castillo de Jaén
(De la Fábrica de Angel Tirado)
Resol y Guindas en Aguardiente
(Preparado en esta Cena, por Gregorio Martínez Lombardo).

Más dí: ¿no adoras y aprecias la morcilla ilustre y rica...?

La morcilla ¡Oh gran señora!

¿Qué diría Don Baltasar, si viniera aquí a probar las morcillas que hay ahora?

Morcillas de Carchelejo, que tienen tan buen comer, que se comen sin querer, con perdón, hasta el pellejo.



maestro Manuel Campillo, maestro en tantas cosas; roscos que llaman "acostados" de Cabra del Santo Cristo; el famoso café de X-4, de los herederos de Moreno Vico; crema de café y anís Castillo de Jaén, de la Fábrica de Angel Tirado; y resol y guindas en aguardiente preparado en esta cena, por Gregorio Martínez Lombardo.

En fin, toda una fiesta para el paladar. Y en un gratisimo ambiente, con el maestre sala José Sánchez, que se multiplicó para que todo saliera bien. Calificación máxima para todos cuantos hicieron posible que mesa, mantel, pan, sal y afectos constituyeran una misma cosa.

Pasaba el tiempo, mientras se consumían los manjares, mientras se consumía la noche. Un reloj, de viejo estilo, colgado en la pared de la gran estancia, estaba preparado. Como si el reloj, olvidándose de su destino, no hubiera querido atrapar aquel tiempo grato para nosotros. Como si hubiera deseado dejarnos libres al tiempo y a nosotros...

Alguién recordó al P. José Casañas Llagostera que habían caido las horas de ánimas y entonces se elevó al cielo un Padre Nuestro...

• PEDRO CASAÑAS LLAGOSTERA: ELOGIO DE LA CASERIA DE "EL CARMEN" Y BIENVENIDA A ALFONSO SANCHO.

Estábamos haciendo nuestras primeras incursiones a los platos de aperitivos bien distribuidos, en el salón de arriba, cuando la campanilla anunció la primera de las intervenciones de la cena. Y fue nuestro prioste, Pedro Casañas Llagostera, quien rompió fuego. Hizo una semblanza de los pagos de Las Peñas de Castro, exaltó la Casería de "El Carmen", dió las gracias a su propietaria, doña Carmen Balguerías. Hizo un breve historial de la Cruz del Castillo tan entrañablemente vinculada a esta familia. Y luego, con cariñosas palabras, interpretando los sentimientos de todos, trazó la semblanza de Alfonso Sancho, al que dió la bienvenida. Pero he aquí el texto íntegro de lo que nos dijo, con un gran cariño a Jaén, y con su buen estilo, nuestro querido y respetado prioste:

Ha pasado un año y de nuevo volvemos a encontrarnos, volvemos a reunirnos en un marco, no por diferente, menos entrañable y acogedor que el que tuvimos en la cena anterior. Yo quiero que las primeras palabras que hoy se pronuncien, al igual de lo que en su esquela nos indica el criado portugués, sean para dar gracias a Dios, que permite una vez más, esta reunión cordial, reunión deleitosa y singular, en la paz, la concordia y en el amor grande y sincero que a Jaén profesamos.

Los Amigos de San Antón, queremos celebrar estas cenas en lugares privados, lugares inéditos, de forma que compongan actos irrepitibles por su particular localización. Afortunadamente hay ofrecimientos suficientes, para en cada año ir mutando su emplazamiento. En esta ocasión el ofrecimiento ha sido muy significativo y merece resaltarse en forma ostensible, ya que ha sido debido a la gentil galanura de una mujer. La singular y exquisita invitación que hace ya algún tiempo nos hizo Carmen Balguerías Jiménez, de que a nuestro buen antojo y comodidad, dispusieramos hoy de esta casería de El Carmen, para sede de la Cena Jocosa o Cena de Santa

Catalina de 1982, ha sido para todos motivo de una gran satisfacción, que cumplidamente agradecemos. La forma, delicadamente sencilla, en que se producen estos hechos, son un exponente claro, de que en según que casos, aún permanecen intactos esos valores señeros, valores de cuño viejo, que otorgan a la vida el regusto inconfundible, y por desgracia ya añorante, de los principios selectos, que debieran permanecer en todos, intactos, firmes e inmutables.

Gran satisfacción y complacencia pues, hemos de sentir al encontrarnos en estas estancias bien cuidadas, y conservadas en el más puro clasicismo de la casería de Jaén. El entorno no puede ser más de nuestro agrado. Esta casería de El Carmen, enclavada en la yema o cogollo de estos pagos de "Pedro Codes", emerge en mar incomparable de olivos, olivos de Jaén, olivares en noviembre, ya preñados de prometedora cosecha que nos hacen exclamar:

*Santa Catalina vino,
y ya estaba el aceite
en las ramas del olivo.*

Olivos y olivos, hierática y sosegadamente vigilados por la maciza sobriedad de "Las Peñas de Castro", "Silla de la Reina", o "Sillón del Obispo" como también se le dice. Hace ya muchos años, que el que os habla, ha deambulado frecuentemente por estos alrededores, en paseos o excursiones sabatinas, junto a mis hermanos, a los hermanos Serrano Medialdea o a los Martínez Ferrer. ¡Quién me diría por aquel entonces, que hoy cenaría en el lugar que estamos!

No cansa el admirar estos paisajes densos de olivos, paisajes enmarcados en la paz y el sosiego de la montaña y de sus campos feraces, donde con nítida transparencia percibimos la limpia y fragante brisa que del monte baja, o el canto despreocupado de las aves en sus inquietas andaduras. Estos panoramas de rica multiplicidad, nos traen a la memoria aquel verso de Campoamor:

*Los frescos vientos olean,
la flor su bálsamo exprime,
los verdes sauces ondean,
y si una tórtola gime,
mil ruiseñores gorgean.*

y al contemplar con admiración estos olivares de geométrica ubicación, habremos de repetir con Machado:

*Olivares y Olivares,
de loma a loma prendidos
cual bordados alamares.*

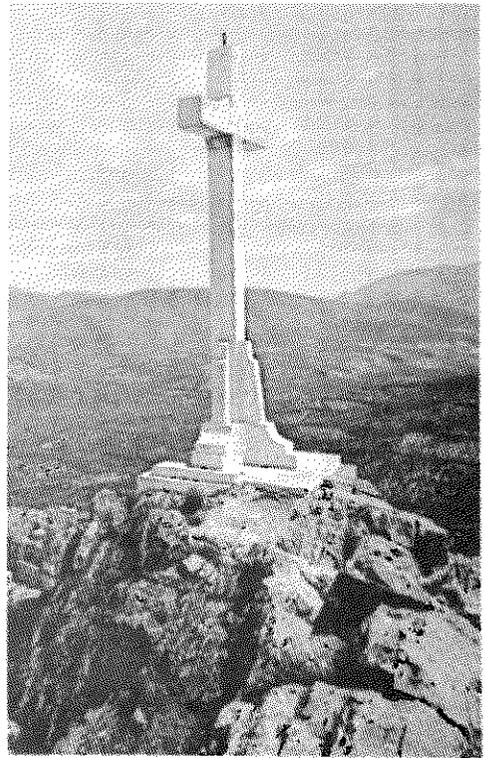
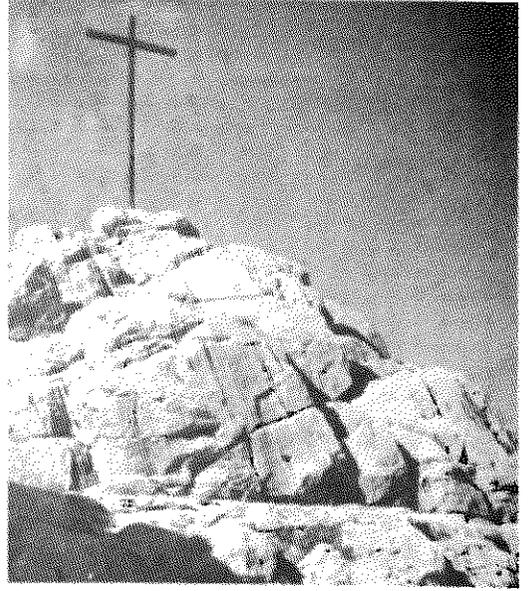
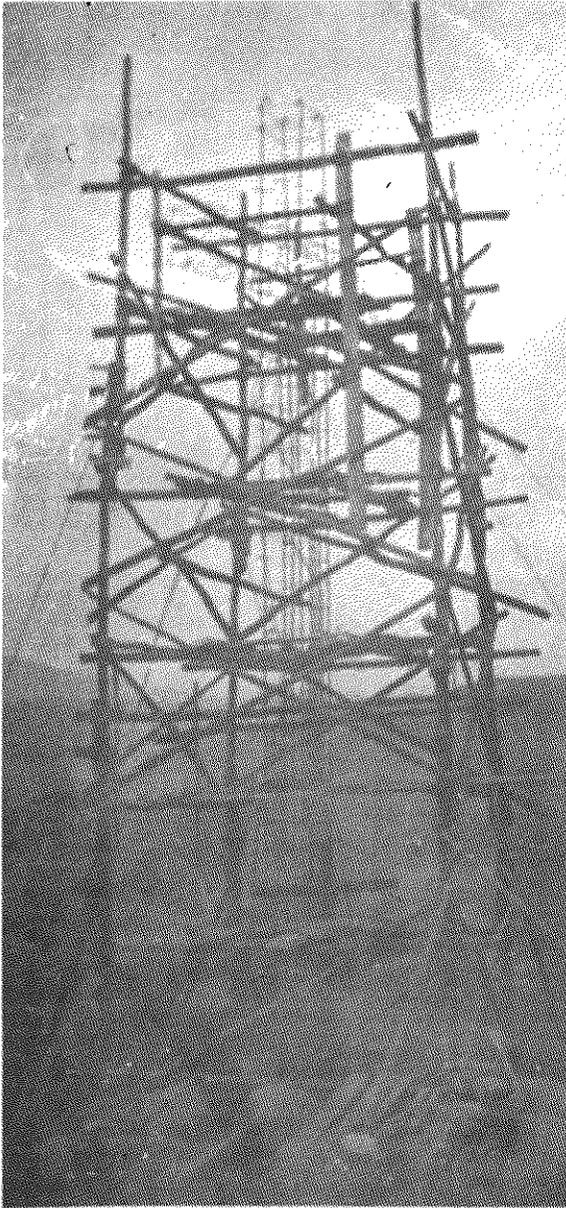
y al sentir ya próximas las faenas de la recolección, con su bullir alegre entre las camadas o el ajetreo resuelto por las veredas, hay que decir con José de la Vega:

*Campos llenos de olivares
en el ambiente dormidos,
campos de coplas gitanas
y de romances sencillos.*

o con Federico de Mendizabal:

*Ondulan los olivares
a los bordes del camino
con aceitunas torzales.*

Y así amigos, podríamos seguir y seguir piropeando a estos campos de Jaén, a esta generosa geografía que nos brinda contrastes tan acusados, como la bravura de



LA CRUZ DEL CASTILLO: La primitiva y la actual.

su sierra con la mansedumbre de la tierra calma, como la serena altivez del centenario olivo con la quieta humildad de la viña sin ramas.

Perdonad estos desvarios, que mi oficio hoy es el de dar las gracias por la ocupación que hacemos de esta casería y a la vez dar una bienvenida. Así, pues para Carmen Balguerías, repito nuestra gratitud y reconocimiento, porque con su abierta y galana hospitalidad, ha contribuido a que sea posible esta afectiva convivencia, que a todos tanto nos congratula celebrar. Y como homenaje a esta mujer, voy a hacer mención para que de ello quede constancia, de la concesión o privilegio que goza esta tan arraigadamente jaenera familia Balguerías, en relación con la cruz de nuestro castillo de Santa Catalina.

Las primeras noticias que se tienen en relación a dicha Cruz, parecen ser un privilegio que otorga Fernando III el Santo, al Real Monasterio de Santa Clara, para cuidar de la reposición de la Cruz cuando fuese menester.

Después, transcurren muchísimos años sin noticias al respecto, y ya, en el año 1835, encontramos los primeros datos, que surgen como consecuencia de haber arrancado el temporal la Cruz. Surgieron varios y generosos ofrecimientos para hacerse cargo de su reposición, y el entonces Obispo de Jaén, concedió para sí y su descendencia a D. José Balguerías Brunet, el honroso privilegio o concesión, de que nunca faltase la Cruz en su sitio.

En Febrero de 1916, nuevamente el viento, ese airazo de Jaén, la vuelve a derribar, y surge entonces el ofrecimiento de los Exploradores, que de acuerdo con la familia Balguerías, quieren hacer una fuerte cruz de piedra y hierro, y grabando a sus pies el soneto famoso de Almendros Aguilar. Por diversas circunstancias, el proyecto no llega a cuajar, y es Doña. Carmen Quesada, viuda de Don Eduardo Balguerías Monereo, la que a sus expensas repone la Cruz, y el famoso Don Manuel Ruiz Córdoba —Manolito Ruiz—, costea el grabado en la piedra al pie de la Cruz, del famoso soneto del dicho Almendros Aguilar, función que realiza el picapedrero Antonio Prieto, rematándola el 21 de Mayo de dicho año.

Un dato de interés, que se añade como curiosidad, es que en la feria de Jaén del año 1929, se ilumina por vez primera la Cruz, quedando muy del agrado de todos.

El día 12 de febrero de 1946, el entonces obispo de Jaén, don Rafael García y García de Castro, bendice en el palacio episcopal, una gran cruz de madera que sustituye a la que se había colocado en 1939 y que de nuevo había sido derribada por el viento. En esta ocasión, es Doña Dolores Balguerías Quesada, viuda de Don Antonio de la Torre Berro, la que sufraga todos los gastos que ocasiona esta reposición. La Cruz, que fue expuesta en la parroquia del Sagrario, es trasladada al Castillo a hombros, en un impresionante viacrucis, el domingo siguiente a la bendición.

En el año de 1951, este aire tan nuestro, vuelve a hacer de las suyas y derriba de nuevo la Cruz, y es ahora cuando se piensa hacer una cosa definitiva. Efectivamente, con proyecto del arquitecto don Antonio María Sánchez, y los cálculos de resistencia hechos por el también arquitecto, aquí presente Don Pablo Castillo García-Negrete, se construye la gran Cruz que en nuestros días preside y con sus abiertos brazos acoge a la ciudad de Jaén. La obra la realizarón los constructores hermanos Siles Mellado. Al pie de la misma hay una lápida en mármol gris que dice: "Esta Cruz, siguiendo piadosa tradición, ha sido costeadada y donada al pueblo de Jaén, por los hermanos Doña Dolores y D. Eduardo Balguerías Quesada.- Jaén, Octubre de 1951".

.....

Si la gratitud ha sido el exponente de esta primera parte de mi intervención, a la acogida o bienvenida vá dedicada esta segunda.

La mesa de Don Lopez de Sosa, se vé honrada este año con la presencia de un nuevo huesped, de un nuevo comensal, y, aunque para todos es muy conocida la figura y personalidad de Alfonso Sancho Sáez, al menos, en líneas generales — porque así es preceptivo— he de esbozar una breve semblanza de él, no tan densa y detallada como yo quisiera y él merece.

Aún sin olvidar a su Avila natal, la castellana tierra de Santa Teresa, Alfonso Sancho, como bien nos decía el otro día en el Arco de San Lorenzo, es un jaenero de plena adopción. Desde su llegada a Jaén allá por el año 1940, se identifica admirablemente con nuestra tierra, con nuestras costumbres, con nuestra forma de ser, con nuestro acento, se hermana en nuestro costumbrismo y, pasando los años, su talante es el de un jaenero nato. Y ya, para acentuar más este jaenerismo suyo, contrae matrimonio con una mujer jaenera, sus hijos nacen en Jaén y hasta su tercera generación también nace en Jaén.

Aunque por edad yo no llegué a ser alumno suyo, si que recuerdo claramente sus primeros andaduras docentes en el viejo Instituto de la calle Compañía y en aquella simpática y ya histórica academia de San Fernando en la calle de Almendros Aguilar.

Alfonso Sancho, es un gran trabajador en su parcela profesional. Labora silenciosa y perseverantemente en cuanto se propone y, pausada, pero certeramente, va cosechando los frutos de una vida de gran dedicación, con una honesta y honrada consagración a su magisterio. Hoy ostenta el cargo de Director de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado, en Jaén.

En el año de 1971, es designado Consejero del Instituto de Estudios Giennenses, cooperando eficazmente como Director del Seminario de Literatura y posteriormente como Director o Presidente de su Sección IV.

Creo no equivocarme al afirmar, que fueron en sus años de Becario del referido Instituto, en el Archivo Histórico Provincial y en el Archivo Diocesano, cuando se despertó en él la inclinación hacia la investigación, a la que dedica muchas horas, menos por supuesto de las que él deseara. Colabora con frecuencia en temas de su especialidad en el diario "Jaén" y en el Boletín del dicho Instituto entre otros, y de unos años a esta parte, centra su atención esencialmente hacia los temas relativos al Jaén del pasado siglo, este siglo discutido y hasta por algunos desdeñado, que el riojano Bretón de los Herreros defiende a su aire:

*¡Oh siglo del vapor o del bueno tono!
¡Oh venturoso siglo diez y nueve...
o para mejor hablar, decimonono,
si alguna pluma cáustica se atreve
a negar tus virtudes y tu gloria,
yo la declaro pérfida y aleve.*

Su constancia en estos laboriosos trabajos, se vé compensada en consecuencias prácticas y, una de ellas, culmina en una obra maestra, una gran obra, un documento de definitivo alcance para la historia decimonónica de Jaén. Han sido años de paciente recopilación de datos, documentos y testimonios que alumbran su "Almendros Aguilar, una vida y una obra en el Jaén del siglo XIX", galardonada con el "Premio Cazabán" de 1978. Este trabajo realmente exhaustivo, es obra de primera magnitud y es un exponente significativo de su fecunda capacidad investigadora y literaria.

Sobre este libro, nos dice el Profesor Gallego Morell en su prólogo: "El trabajo está centrado por la vida histórica y literaria de un Jaén que él se conoce y que le apasiona, por el que anda con la misma agilidad con la que cada mañana cruza a dar su clase". Y añade más adelante: "Con su estudio sobre Almendros Aguilar, el profesor Alfonso Sancho ha contribuido poderosamente a fijar unos perfiles que ayudan a trazar de nueva planta la historia literaria de Jaén del siglo XIX".

Yo quiero añadir, que hombres como él, hombres de su capacidad, perseverancia y valía, no es corriente encontrarlos. Así pues, hemos de felicitarle y hemos de felicitarlos, por la notabilísima aportación cultural que a Jaén está dando.

Y ya señores acabo. Pongo punto final a esta presentación, reiterándole nuestra felicitación por su ejemplar ejecutoria, y diciéndole que esta mesa que anualmente nos convoca, se siente honrada con su presencia, sintiéndonos todos complacidos y gozosos con ello.

• ALFONSO SANCHO SAEZ: PALABRAS DE GRATITUD CON EL RECUERDO DE SU LLEGADA A JAEN

Seguía el convite de entrada. Y se dió entonces la palabra al nuevo Amigo de San Antón, Alfonso Sancho Saez, catedrático, director de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de E.G.B. de Jaén. Alfonso Sancho, que mostró su satisfacción por encontrarse allí, hizo una emotiva rememoración de su llegada a Jaén y, concretamente, de su vinculación al Instituto del viejo caserón de la Calle Compañía donde fue alumno y profesor. Nos deleitó a todos con sus palabras y nos mostró que se siente jaenense para siempre. Leamos lo que fue su intervención:

La invitación a participar en las tertulias de los "Amigos de San Antón" y hoy en esta "Cena jocosa" la interpreto como que me consideráis un jaenense más. Y ello me produce una ilusionada emoción.

Sé que en vuestra invitación han pesado mucho los lazos que me ligan a Jaén; lazos que deben de ser tan sutiles y tan gratos de soportar que hasta ahora que me hacéis reflexionar sobre ellos no los había advertido: los llevaba con la comodidad y holgura de un traje bien cortado. Me ha parecido, por ello, oportuno rememorar ante vosotros, y en voz alta, mis primeros recuerdos de Jaén, inevitablemente teñidos de la nostalgia de lo que se fue.

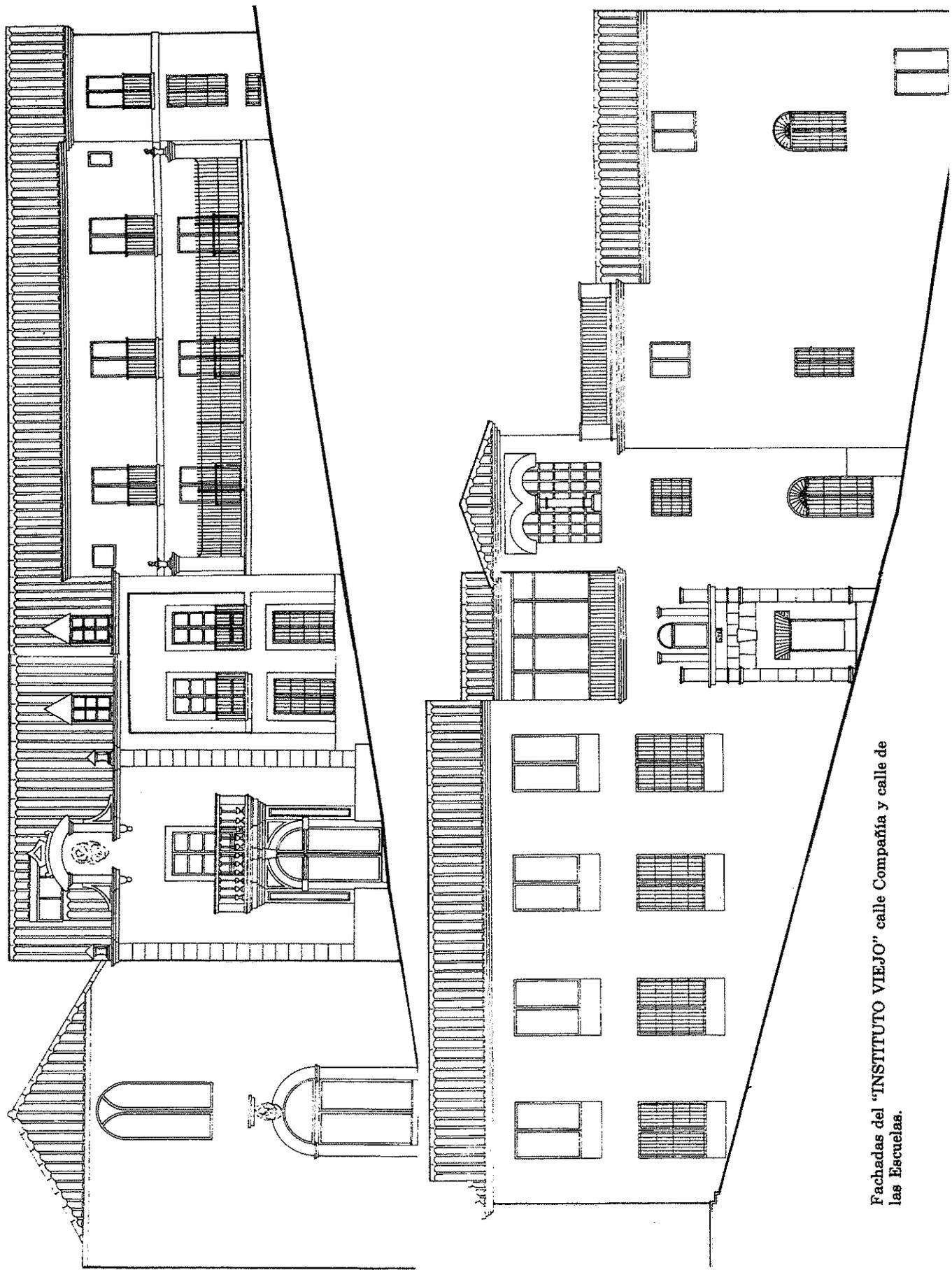
Procedía yo de Barcelona como hijo de funcionario público trasladado a Jaén: era el mes de septiembre de 1940. El hambre y miserias de la guerra habían hecho estragos en mi físico; quiero decir que mi apariencia era más de Quijote que de Sancho. No entré llorando, porque a los 18 años cualquier cambio en la rutina diaria supone una ilusionada esperanza de aventura, pero por poco mi experiencia jaenera queda truncada y yo no estaría aquí sino como fantasmal convidado de piedra. Porque a los pocos días de llegar, una "pertinaz" sequía, como entonces se las llamaba, había convertido el agua de Los Villares en excelente caldo de cultivo y toda mi familia —y yo con ellos— caímos víctimas de unas feroces tifoideas que, con temperaturas superiores a los 40.º nos tuvieron a las puertas de "Vejetó".

Aún alcancé, sin embargo, a ver los dos últimos días de la Feria de San Lucas que aquel año estaba instalada en el naciente Parque de la Victoria. Recuerdo que me llamó mucho la atención ver plantar los árboles en una especie de maceta excavada en forma de cubo en las explanaciones hechas con material de derribo, cascotes, tejas rotas y un poco de tierra. Rellenaban la excavación con tierra de cultivo y plantaban los árboles. Al verlos luego prosperar difícilmente, he pensado mucho en el desconcierto de las raíces de estos árboles cuando, en su expansión, hayan llegado a la zona de ripios; el que, pese a todo, sigan viviendo no puede ser más que un milagro de esta bendita y paradójica tierra y se me ofrecen hoy como una especie de símbolo personal: quien —árbol o persona— hinca aquí sus primeras raíces, resiste toda clase de envites y tentaciones: aquí se aferra y aquí se queda.

Pasada la Feria, me incorporé con cierto retraso a las clases del viejo Instituto de la calle Compañía. El aspecto conventual y decrepito del edificio contrastaba mucho con el moderno y funcional Instituto Maragall de Barcelona que había dejado atrás. El claustro de profesores también tenía algo de conventual con su misa diaria presidida —y casi oficiada— por el Director Mozas Mesa, quien desde su cuasi silla gestatoria, lanzaba furibundas miradas al profesor o alumno que llegaba tarde. La barroca y jesuítica capilla penumbrosa y húmeda, las sabatinas, las flores a la “Señora”, las comuniones generales tras los ejercicios espirituales me producían una extraña mezcla de desconcierto y curiosidad.

Poco a poco, atrincherado tras unos descomunales bocadillos con que mi madre intentaba reparar apresuradamente los estragos de las tifoideas, en los puros huesos, fui conectando con mis nuevos compañeros tan diferentes de mí, incluso por edad: yo arrastraba un retraso de dos años, consecuencia de la guerra, que mi padre se había negado a que recuperara con los exámenes “patrióticos”. Era, además, un estudiante disciplinado y metódico, habituado a la laboriosidad catalana y desentonaba un poco con la alegre frivolidad de mis nuevos compañeros. Por eso, me extrañaba más que a ellos la indignación jocosa de D. Manuel Rus contra los que asistíamos a su clase de la una: “¡Con lo bien que se está —decía— tomando el sol en la Plaza de Santa María!”. Recuerdo que D. Manuel llenaba infatigable de garabatos matemáticos la pizarra con el más olímpico desdén hacia quienes nos sentábamos en las bancas. Desdén, todo hay que decirlo, correspondido por la mayoría. Ya he advertido que yo tenía un poco de “bueno Juanito” y seguía atentamente las explicaciones que luego, en casa, completaba con el libro de texto. Como me reconocía mal dotado y con escasa vocación para las ciencias, a ellas dedicaba la mayor parte de mi tiempo. Ya próximas las vacaciones de Navidad, D. Manuel, sin duda extrañado de la contumaz atención de aquella cara nueva, me sacó a la pizarra. Mis compañeros me miraban como a un auténtico “repelente” y D. Manuel me escuchaba con una sorpresa un tanto indignada. Debí de estar correcto y tal vez brillante porque, mirándome por encima de sus gafas de présbita, me espetó: “¡Infame! ¿Pero te habías enterado?. Siéntate, hijo mío, siéntate”. No me volvió a preguntar más y en junio me dió Matrícula de Honor. Tengo para mí que aquello lo consideró como un agravio personal.

Conservo especial recuerdo de D. Cesáreo Martínez, protagonista de infinidad de anécdotas y hombre de profundos conocimientos en Ciencias Naturales, pero de carácter atrabiliario y voz de energúmeno con la que se gozaba en apabullar a los atemorizados parvulillos. Pasado mucho tiempo, he llegado al convencimiento de que, tras su apariencia feroz, trataba de esconder una personalidad tímida y tierna. Una vez, tras varios días de explicación, anunció que iba a preguntar al día siguiente: se había acumulado mucha materia y nosotros nos habíamos entregado al



Fachadas del "INSTITUTO VIEJO" calle Compañía y calle de las Escuelas.

"dolce far niente". Así que, como solución heroica, decidimos una ausencia colectiva. Muchos de vosotros recordaréis que la clase y laboratorio de Ciencias estaba al fondo del pasillo que daba frente a la Sala de Profesores; agazapados tras los cristales del lado opuesto del patio, atisbábamos la salida de D. Cesáreo para clase: con sus andares bamboleantes, cartera voluminosa y enfundado en su cuero reluciente por el uso, se encaminó al aula y cerró la puerta. Pasó un poco de tiempo y no salía. Algunos de los más audaces se llegaron a mirar por el ojo de la cerradura: ¡estaba pasando lista con la clase vacía! En otra arriesgada excursión, otro vino contando que D. Cesáreo, a largas zancadas y la mirada en el vacío, explicaba una nueva lección. Total: al día siguiente preguntó y puso cuarenta ceros, uno por alumno.

Inolvidable para cuantos tuvimos el privilegio de ser sus alumnos es D. José Botella; quienes le conocísteis sabéis lo desgraciado y deforme de su físico: su reducida talla, su doble joroba, sus desproporcionadas piernas que giraban en el aire antes de posarse en tierra provocaron el cruel e inevitable apodo: "el engañalosas". Pero a ninguno de sus alumnos nos parecía risible porque le adorábamos: explicaba con claridad milagrosa. La Física con él se hacía atractiva y os juro que, cuando explicaba, parecía agigantarse y embellecerse. Las inflexiones melodiosas de su voz impedían cualquier distracción. Sus enormes dedos señalaban como punteros las ecuaciones sobre la pizarra como si las subrayara. Si, excepcionalmente, algún alumno perseguía con la mirada el vuelo de una mosca libre y feliz, sabía conducirlo al hilo de la explicación entre afectuoso y enérgico: "¡Señor Cañavate, que está Vd. durmiendo!". Pero era una distracción pasajera. A Botella se le escuchaba porque parecía que no era posible hacer otra cosa. Dentro y fuera de la clase, sus alumnos eran para él lo más importante y siempre estaba disponible. ¡Cuántas veces me lo he propuesto como modelo a seguir!

La amistad de D. José Botella con D. Ildefonso García, el profesor de Francés, era proverbial y el contraste físico entre ambos, chocante. Don Ildefonso era un hombre alto, corpulento, siempre a cuerpo, aún en los días más crudos del invierno y de especial distinción en el vestir. Se decía que había pasado por un conato de tuberculosis y que, por eso, se cuidaba mucho. Lo cierto es que no era friolero y temía mucho al aire contaminado por lo que, al entrar en clase llamaba a Jiménez o a Izquierdo para que retiraran de la tarima del profesor el escuálido brasero de erraj y mandaba abrir de par en par las puertas de los balcones. A la hora siguiente, entraba el profesor de Filosofía, D. José Moreda, pulcro vejete asmático que, entre toses congestionadas por la indignación, reclamaba el brasero y ordenaba cerrar los balcones. Nosotros asistíamos divertidos y expectantes al esperado ritual.

De D. José Cádiz no tuve la suerte de ser alumno, pero le oí alguna conferencia y, en verdad, estaba justificado el prestigio de que gozaba. Se decía que sus métodos recordaban peligrosamente los de la Institución Libre de Enseñanza; tal vez por eso, sus actividades se miraban con lupa desde las alturas de la Dirección. Lo cierto es que le costó trabajo conseguir una cátedra que merecía y que le alejó definitivamente de Jaén. La amistad de D. José Botella con D. Ildefonso García y D. José Cádiz, seguramente los profesores de mayor talla intelectual, no podía ser más natural para un observador que, como yo, procedía de centros de similar orientación pedagógica.

No puedo olvidar la personalidad, apenas entrevista por mí, pero sin duda interesantísima, de D. Emilio Caballero, el profesor de Literatura. Parece que en el horario tenía una enorme sobrecarga de asignaturas porque, que yo recuerde, no había otro de la misma materia; por esa razón, se ocupaba puntualmente de los cursos inferiores a los que impartía gramática. Pero, fuera éste u otro el motivo, el caso es que el

primer día de clase nos anunció el texto que íbamos a estudiar, nos hizo las habituales consideraciones de principio de curso y señaló la primera lección para el día siguiente. Llegado éste, pretextando ocupaciones urgentes, nos encargó la segunda lección y se marchó. Siguiendo el laudable consejo de D. Manuel Rus, nos fuimos a tomar el sol a la Plaza de Santa María; al pasar por el Bar Covadonga, pudimos ver a D. Emilio ocupado "urgentemente" en platicar en sabrosa tertulia de la que formaba parte su gran amigo y pariente el inolvidable D. Antonio Alcalá Venceslada. En días sucesivos, en el pasillo y desde lejos, nos hacía un gesto que interpretábamos así: "Sí, D. Emilio, la lección siguiente para el próximo día". Al llegar final de curso, me llamó misteriosamente: "Sancho, tome V. la lista y ponga a sus compañeros la misma nota que tenga en latín". Así, por primera vez en mi vida, calificué una clase de Literatura. Sin duda, era una premonición.

No quisiera alargar esta especie de gratas memorias de mis primeros meses en Jaén, pero no puedo menos de mencionar a la jovencísima Profesora de Ciencias D.^a Rosa Monleó, secreto amor de muchos adolescentes, la bizzarría calzada de espuelas de D. José Peralta, recién llegado del frente y desembarcado, nadie sabía cómo, en una clase de latín que compartía con su puesto de extremo izquierdo en el equipo de Puente Genil F. C., la bondadosa ternura de D.^a Dolores Melero, meticulosa Profesora de Latín y la venerable figura, aureolada por una escasa caballera blanca, de D. Juan Aragón, el Profesor de Religión.

Así las cosas, el curso iba pasando y llegó el 23 de abril, la Fiesta del Libro, que se conmemoraba con un acto académico en el que participábamos algunos alumnos. En los ensayos previos a la lectura de nuestros respectivos trabajos y gracias a la feliz intervención de Tililla Berges, pude ser presentado a una compañera que, andando el tiempo, vino a ser el lazo definitivo que me ataría a Jaén; otros lazos, en forma de hijos y nietos vendrían después. Pero, como dice Kipling, "esa es otra historia".

• MANUEL LOPEZ PEREZ: LA CASERIA, ELEMENTO ESENCIAL EN EL CAMPO DE JAEN.

Estabamos todos con el regusto de las hermosas palabras de Alfonso Sancho cuando, otra vez, sonó la campanilla. Y se levantó a hablar Manuel López Pérez, que tanto sabe del Jaén de todos los tiempos. Su intervención, en esta cena, fue sobre las caserías de Jaén. Las destacó como elemento esencial en el paisaje de Jaén. Habló, como siempre, sin cuartillas. Brillante, evocador, constructivo, defensor de nuestro viejo patrimonio popular. Estas fueron sus palabras:

Puesto que estamos en una casería y de las caserías vamos a hablar, vayan estas palabras en homenaje a dos dilectos amigos aquí presentes, que del tema saben un rato: a Luis Berges Roldán, que con sus dibujos ha perpetuado la noble estampa de la casería y a Rafael Ortega Sagrista, que con su prosa aquilatada, ha ennoblecido para siempre nuestra vivienda rural.

.....

En Noviembre, las caserías.

Cuando el otoño recama de fulgores dorados los campos de Jaén, nada mejor que evocar las caserías, que precisamente en estos días precursores de San Andrés y la Concebida, exultan su recóndita belleza.

En Jaén, desde siempre, el habitat propio del campo abierto se ha clasificado en tres grupos netamente definidos: el cortijo, la huerta y la casería.

Y de los tres grupos, la casería es la que siempre se lleva la palma. No es apasionamiento ni exageración. En un gran mapa del término municipal de Jaén, fechado en 1919, que puso en mis manos la generosidad de Luis Berges, frente a cincuenta y tres cortijos, he llegado a contabilizar ¡144 caserías! (treinta y siete señoriales y ciento siete modestas).

El cortijo es propio de la campiña, de las tierras de pan llevar que se extienden sosegadas y tranquilas por los viejos predios de Grañena o Las Infantas, buscando ansiosas las lejanías de una Castilla que se presiente muy cercana.

La huerta, rústica e ínfima vivienda, propia tan solo para el verano, se encuentra a la vera del Guadalbullón, presidiendo los pagos que van desde el Puente de la Sierra hasta el Puente de Tablas y más raramente en las umbrías deleitosas de cualquier regato apenas conocido.

La casería, necesita de la sierra bravia, de los amplios campos de olivares, del horizonte agreste y montaraz.

Y tal vez por esa razón, por los condicionamientos de nuestra propia orografía, es el tipo de construcción rústica que más abundó en Jaén.

Pero aún hay más. Cortijo es concepto que huele a "señorito". Huerta, es vocablo que trasciende a pueblo llano. Casería..., casería es concepto paralelo a señorío. A ese señorío tradicional en Jaén, síntesis admirable y única de "señoritos" y labrantines.

La casería empieza por ser un vocablo difícil de definir. Porque una casería de Jaén no es exactamente "una casa de campo, aislada, en la cual viven las personas que cuidan de alguna hacienda contigua y cercana", según afirman los diccionarios. Ni es tan solo "una casa de campo en finca poblada de olivos", como la definiera el poeta Moreno Castelló.

La casería es término más complejo. Y sobre todo, más difícil de definir y concretar para quien no ha nacido en la ciudad del Santo Rostro.

Rafael Ortega Sagrista, apunta que ese familiar término casería, es acepción más popular, que jurídica o fiscal.

Una casería giennense es una extraña, pero acertada amalgama de casa de campo, cortijo, molino aceitero y vivienda de recreo. Es una especialísima unidad agropecuaria en la que conviven y comparten su diario afán el labrador y el señor y en la que a lo largo del año se alternan ordenadamente, el trabajo y el descanso.

¡Lástima que a D. Antonio Alcalá Venceslada (1883-1955) se le olvidara incluir este término en su "VOCABULARIO ANDALUZ", editado en 1951! ¿Por qué recogió el término casero-casera, y se olvidó de casería...?

La casería, fuera ya de disgresiones filológicas, se nos ofrece como un habitat muy particular. Así como el cortijo mira a la explotación cerealista y la huerta a la frutícola, la casería está concebida casi exclusivamente para la explotación del olivar. De aquí su especial tipología arquitectónica.

La casería suele estar situada junto al olivar. Construída de ordinario en sólida mampostería, nos desdeña el engalanarse en muchas ocasiones con ciertos detalles —aleros, balaustradas, escudos, rejeras...— que le dan tono de casa solariega. Por

regla general, la casería —estamos refiriéndonos a la casería tradicional— consta de dos conjuntos claramente diferenciados: el molino y la vivienda. Dos conjuntos fundamentales, a los que el transcurso del tiempo y las necesidades de la labor, le fueron agregando una serie de edificaciones rústicas de tipo auxiliar, tales como cobertizos, leñeras, cuadras, etc.

La vivienda acostumbra a ser cómoda. Edificada en dos plantas, con numerosas habitaciones y amueblada con severidad, no exenta de gusto. El molino contiguo solía ser un molino simplicísimo, de los llamados de viga o torrecilla, prestador de servicios a sucesivas generaciones.

Ante el edificio, dominando el paisaje circundante y ofreciéndose como magno escenario para todos los actos comunitarios de la casería, estaba la lonja, explanada empedrada o embaldosada con grandes piedras, sombreada generosamente por parras o higueras y perfumada prodigamente con unos sencillos arriates, en los que solían dominar los geranios y dompedros. Y presidiendo la lonja o el carril que hasta la casería conduce, los cipreses. Cipreses centenarios, elevados al cielo como una oración, que daban una nota de serenidad y melancolía a la vieja casería.

Y completándolo todo, el nombre.

Porque para una casería que se precie, el nombre es fundamental.

En nuestra sierra las hay con nombres de abolengo. Son aquellas caserías que al momento nos hacen recordar familias linajudas, acomodadas medianías, o decorosas burguesías, amasadas tras años y años de trabajo en la industria y el comercio.

Son las caserías, “de Andarade”, “de Aranda”, “de Balguerías”, “de Bonilla”, “de Campos”, “de Candalija”, “de los Contreras”, “de Escalona”, “de Latorre”, “de Navarrete”, “de Salido”, “de Velasco”...

Las hay también con nombres más genéricos y populares. Caserías “del Bole-ro”, “de las Caballerías”, “del Canónigo”, “de la Condesa”, “del Cristalero”, “del cura Córdoba”, “del Huevo”, “del Chiflo”, “del Doctoral”, “del Francés”, “del Ingeniero”, “de Juan Caliente”, “de la Luna”, “del Médico”, “de Matapanes”, “de la Misa”, “de los Niños”, “del Obispo”, “del Pedigón”, “de Periquito”, “de la Pilica”, “de los Prines”...

Y caserías cuyo nombre ya era toda una exacta localización geográfica: “de Caldofrío”, “de la Imora”, “de las Revueltas”, “de Torrechantre”, “de Viñas Nuevas”...

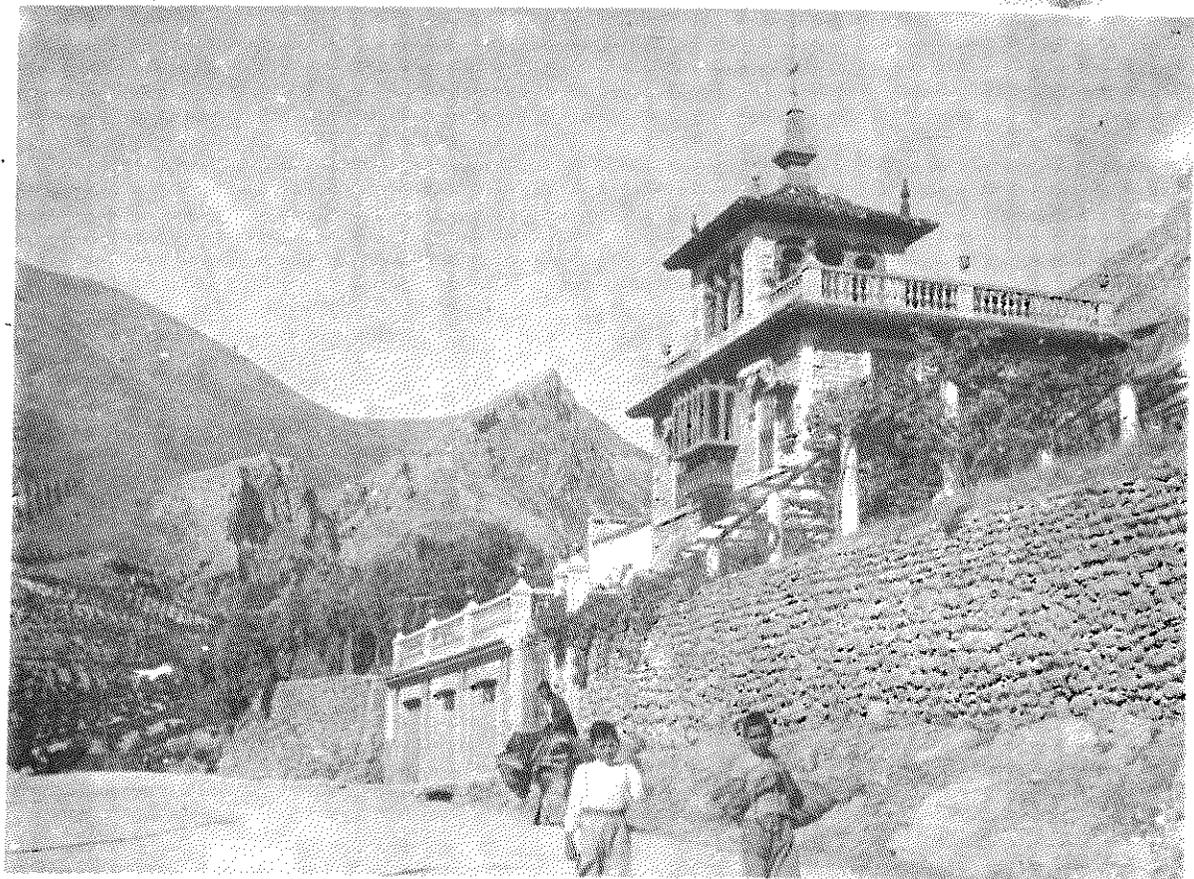
Durante el invierno, la casería estaba muy animada a causa de la recolección. Apenas pasaba la Feria de San Lucas, las caserías se animaban sobremanera. Para San Andrés, las matanzas. Y para la Concebida, “la aceituna”, que se prolongaba casi hasta la Semana Santa.

Larga y familiar temporada, en la que molineros, mozos, aceituneros..., formaban la gran familia, que presidida por “los señores” o “los encargados”, constituían una comunidad pródiga en franqueza y honradez.

En el verano, sobre todo en la temporada “de Virgen a Virgen” —de la Virgen del Carmen, a la Virgen de Agosto— la casería era una grata mansión de recreo. Y en todo momento, la presencia vigilante y atenta de los caseros.

Caseros de hatería, o sea los que además del derecho de habitación, percibían una gratificación en metálico o en especie. O caseros de puerta abierta, que no tenían otro gaje que el derecho de habitación.

Las caserías eran sin duda uno de los orgullos de Jaén. Porque las había auténticamente monumentales, como la Casería de los Naranjos, con su capilla aneja,



DOS CASERIAS DE JAEN: La de "Manolito Ruiz" y la casería de La Quebrada, en la carretera de Jabalcuz.

ungida de la nobleza de los Marqueses del Cadimo; la Casería de Ochoa, de severa dieciochesca; la Casería del Conde del Donadio, engalanando la soledad del barranco de Riocuchillo; la Casería de la Vereda, fabuloso legado arquitectónico de Luis Berges Martínez (1891-1939), con la gracia regionalista de la Andalucía de los años veinte; la Casería de Manolito Ruiz, al pie del Cerro del Castillo, símbolo perenne de un Jaén íntimo y cordial, que hace muchos años que murió; la Casería de la Quinta, donde dejó su huella de arquitecto aficionado, el ilustre militar D. Rafael Sagrista y Aguirre (+ 1915); la Casería de la Virgen Blanca, allá en la Imora, con sus orgullosos blasones episcopales decorando las rejas de forja; la Casería de San José o Portón de los Leones, con su incomparable camino orillado de cipreses, atalaya y muestra de la belleza impalpable del pago de Valparaíso...

Infinitos son los detalles que nos hablan del encanto de nuestras caserías y del atractivo que siempre ejercieron sobre las gentes de espíritu sensible.

Fr. Juan de la Miseria, el pintor de Santa Teresa, ejerció de ermitaño a la vera de una casería, en Riocuchillo, la misma en la que D. Martín Gutiérrez de Figueroa fundara una capellanía, en 1666, para que un religioso del Convento de la Merced fuese a celebrar la santa misa los domingos y fiestas de guardar, a fin de que cumpliesen con el precepto las gentes de los contornos.

El insigne D. José Sequera, (1848-1891), se entretuvo en componer en 1861 nada menos de una "Misa para la Casería de los Naranjos" a seis voces y orquesta, cuya partitura he tenido en mis manos al repasar el archivo musical de la S. I. Catedral.

El poeta Antonio Almendros Aguilar (1825-1904) gozaba lo indecible cuidando los arriates de la casería familiar, allá en los pagos de Almodóvar, frente al Castillo. Y Angel Cruz Rueda, aquel buen seguidor y estudioso de Azorín, se encerraba en las vacaciones en una casería próxima a "Las Revueltas", para pergeñar unas cuartillas sobre Jaén, tan galanas como las que Rafael Ortega escribe muy cerca de allí, en la bella casería antaño llamada "de Navarrete".

Caserías que perpetuaron los pinceles de Pedro Rodríguez de la Torre (1847-1915), de Antonio Latorre y de Gregorio (1844-1897), de Juan Almagro (1886-1965) o de Manuel Serrano Cuesta (1916-1963), por citar solo a los que ya se fueron. Caserías recogidas en las sepiadas fotografías decimonónicas de Genaro Giménez (+1885) o reiteradamente fotografiadas por Jaime Roselló Cañada (1883-1978).

Caserías escudriñadas una por una, por aquel bonísimo cura toledano, beneficiado de nuestra Catedral, Viñé Moneo, que gastó sus últimos años, en pasear y pasear su menguada figura por todas las veredas de los alrededores, para llevar el singular apostolado de su eterna sonrisa y su bondadosa conversación a las lonjas y cocinas de las caserías, y cuyas emociones recogió, él que jamás escribió nada, en un bellissimo artículo publicado poco antes de su muerte, donde confesaba que de esas visitas solitarias a nuestros campos, había sacado la conclusión de que "en todas las partes fructifica el amor de nuestro buen Padre Dios".

Caserías, como la de la Virgen de la Peña, escenario de ingenuas leyendas de tesoros y fantasmas. Caserías testigo de hábiles deserciones, como aquella "casería inmediata a la ciudad", donde se retiraron los miembros de la Junta de Defensa de Jaén, "para organizar la defensa", mientras el pueblo se batía en la calle con los franceses el 1 de Julio de 1808. Caserías aureoladas de piadosas consejas, como la Casería de Jesús, donde según el vulgo se hizo de manera prodigiosa la imagen idolatrada de N. P. Jesús Nazareno...

Durante siglos, esta típica vivienda rural fue una de las más fieles constantes del paisaje jaenés.

Bastaba situarse en el mágico mirador de la Alameda de Capuchinos y girar la vista en redondo, para encontrarlas a montones. Mirábamos y frente a nosotros, dibujando casi un semicírculo geológico, se abría el paisaje maravilloso de la sierra, delimitando el horizonte con una serie de cumbres a cual más bellas, que van desde el Cerro de San Cristóbal al popular Cerro de Santa Catalina.

Entre la sierra y la ciudad, los olivares. El mar plateado de los olivos, siempre uniformados de verde-gris; siempre disciplinadamente alineados a lo largo de los bancales, dando su exacta dimensión a nuestro paisaje.

Y entre los olivos, como acaudillando sus plateadas huestes, las caserías. Las observábamos y se las podía contar a montones. Se las veía alzarse altivas sobre los mogotes y cerretes que cual mágicos abscesos hieren la dura piel del campo. Se las divisaba camufladas entre el verdor riente de las cañadas y los arroyos. Se las presentía allá a lo lejos, respaldadas, cobijadas amorosamente entre las azules estribaciones de la sierra.

Hoy ya nada de eso es así. La casería, como tantas cosas del Jaén de nuestros abuelos, se ha devaluado y a veces, por qué negarlo, casi diríamos que se ha prostituido. Las modernas técnicas de explotación del olivar, la facilidad de comunicación, la impersonal uniformidad de la sociedad de consumo, han transformado las caserías. Muchas de ellas han terminado arruinándose. Han muerto en silencio y tristeza. Otras vieron arrinconarse los candiles, los fogones, las cantareras y se adaptaron a la electrificación, al agua corriente, e incluso sus típicos carriles se ennegrecieron con el asfalto, para permitir el paso del cómodo utilitario...

Y algunas, las menos, quedaron de pie. Actualizadas, pero conservando junto al nombre, su primitivo encanto. Sin alterar apenas sus volúmenes y su externa estructura. Sin atreverse a profanar el mágico cromatismo del paisaje. Constituyendo una reserva de la gracia y el duende del campo de Jaén.

Es bonito que la casería siga teniendo presencia viva y real en nuestro paisaje. Es bonito y a la par consolador. Porque una casería, en los atardeceres otoñales de Jaén, siempre produce en nosotros una sensación difícil de explicar.

Es una sensación de paz, de belleza, de serenidad, que hace que todos los que pisan la lonja de una casería, se transformen al menos por unos momentos, en poetas y ¿por qué no?, en soñadores.

.....

Y aquí habría de poner fin a mi obligada perorata anual, en esta cena que estamos celebrando entre viento y aguacero, en la paz de una de las caserías más señeras de Jaén. Cuando la pergeñé, solo preveía el que llevara la breve dedicatoria a Luis Berges y a Rafael Ortega. Pero hoy, creo que resulta obligado el que mis palabras lleven también un emocionado epílogo.

Si alguna virtud hay que subrayar en los Amigos de San Antón, debe ser su continuado culto a la amistad noble y sincera. Lujo difícil de encontrar en este mundo de suspicacias y crispaciones.

Por eso precisamente, yo sé que aunque tratemos de disimularlo, esta noche, cada uno de los que estamos sentados alrededor de esta chimenea, llevamos metida en el hondón del alma una espina que nos escuece. Porque este año, se echa de menos la risa franca y estrepitosa de Manuel Caballero Venzalá. Y ha tenido que faltar precisamente este año en que su pluma, tan diestramente manejada a la hora de cantar los valores de nuestra tierra, había escrito la deliciosa crónica de la cena del pasado año.

Ciertamente, como sentencia el refrán, "el hombre propone y Dios dispone". Y

hoy, Don Manuel Caballero ha tenido que cambiar la algarabía de esta cena fraternal, por el silencio que rodea a toda intervención quirúrgica.

Vais a perdonar que salga ahora con este registro sentimental, pero los que anteayer le visitamos, tuvimos la ocasión de comprobar la melancolía que le embargaba al tener que estar ausente de la cena.

Por eso, yo os pediría a todos que cada una de las intervenciones lleve oculta en sus íntimos repliegues el testimonio de afecto y homenaje al "clérigo agradecido" y el deseo de una pronta y feliz recuperación.

Tenerle presente en estos momentos, sería la forma más digna y noble de demostrar que en los Amigos de San Antón, el amor, con amor se paga.

• JOSE MARIA PARDO CRESPO: PORTILLO DE LA LLANA Y "TORREON DE BEDRINES".

Ya en el comedor, dispuestos a enfrentarnos con la gran cena, le tocó en turno hacer uso de la palabra a José María Pardo Crespo. Nos leyó un trabajo sobre la restauración del lienzo de muralla del castillo de Jaén y nos ilustró a todos con interesantes detalles del Portillo de La Llana y el llamado "Torreón de Bedrines", con cariñosa alusión para aquel mendigo, Bedrines, que era todo un señor:

Era un día cualquiera, era una de mis visitas de obra, estaba anocheciendo en aquella tarde plomiza víspera del día de Santa Catalina, cuando los obreros recojan sus enseres para volver a casa después de su agotadora jornada de trabajo y mis pensamientos volaron con nostalgia hacia tiempos árabes, mientras que comenzaba a caer una ténue llovizna que invitaba a pasear recordando pasados gloriosos de nuestras centenarias piedras enmohecidas por el paso del tiempo, en las que he tenido la satisfacción y la oportunidad de incidir por motivos profesionales.

Anduve unos pasos para ponerme a cobijo, esperé un rato y cuando alzé la vista para ver si había escampado mi vista tropezó con sorpresa a la vez que con admiración sobre algo verdaderamente bello: eran las curvas suaves de la bóveda que cubre el soberbio a la vez que desconocido Torreón del Postigo de la Llana y que guarda una de las entradas del fornido recinto amurallado árabe, y en donde nuestro paisano "Vedrines" tuvo su morada, de la que partía a diario para desempeñar sus obligaciones y a la vez respetuosos saludos en pos de los estipendios que le hacían posible la subsistencia.

Miré a través del recientemente restaurado ventanal del citado Torreón y ví como mansamente caía el agua sobre los tejados del populoso barrio de Santa Isabel, y sin importarme demasiado me dirijí con pausa y sin prisa, resguardándome en la vieja muralla, hasta el torreón de la que fue esbelta Puerta de Martos, cuyo precioso arco de herradura inmortalizó esa arquitectura exquisita que los árabes del siglo IX implantaron en tierras jiennenses y que admiramos en la Puerta del Losal de nuestra sin par Ubeda; en la Puerta de entrada al Castillo de Baños de la Encina y en otras muchas más que por tierras del Santo Reino quedan levantadas para orgullo de sus moradores.

Con melancolía, pensando en nuestra pasada civilización y siguiendo el recorrido de la muralla a lo largo de Millán de Priego, me sorprendió la fuente del Arrabalejo, una obra sencilla, pero proporcionada y elegante; pensé el porqué esta joya pétreo no podría realizar la función para la que había sido construida, pero no quise pararme demasiado porque la lluvia arreciaba; a no más de cien metros y al pasar a la altura de la calle que nos recuerda el nombre de nuestro paisano Rey Alhamar, nacido en Arjona y ejemplar mandatario nazarita, evoqué recuerdos de la Puerta de Baeza allí ubicada en tiempos pasados y que abría sus puertas al camino que le daba su nombre.

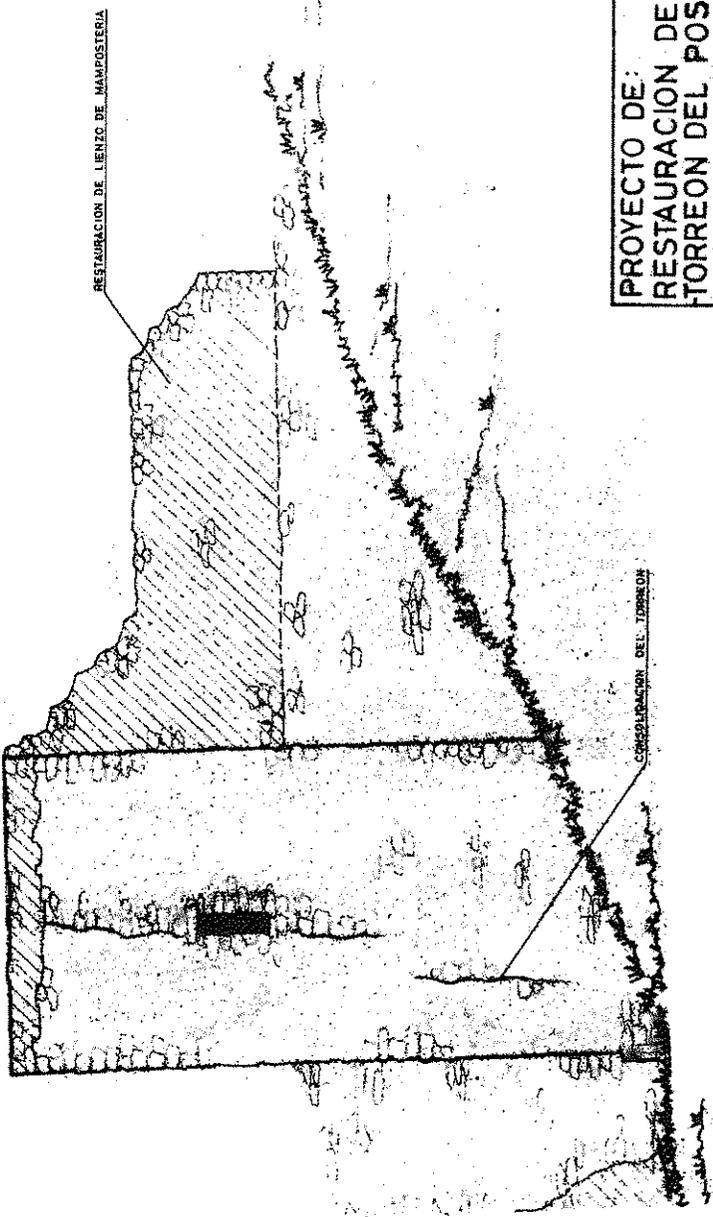
No había terminado de recordar este hermoso y torreado acceso cuando sin darme cuenta me encontré en la Plazoleta de los Jardinillos, lugar en donde estaba emplazada La Puerta de San Agustín y en la que localicé en los años 70, cimientos de la muralla en donde hoy se alza el edificio de Correos y Telégrafos.

A partir de este campillejo entrañable en donde podemos admirar a nuestro inmortal escultor Jacinto Higuera, el recorrido amurallado lo tengo jalonado en puntos sucesivos al haber descubierto sus centenarias piedras, cimentando edificios de nueva traza.

A la espalda del huerto de las monjitas de San José, en donde comienza la calle Madre Soledad Torres Acosta y a la altura del convento de San Antonio, edificamos sobre la muralla pétreo, toda vez que nos fue imposible desmontar esta argamasa que los árabes fabricaban para asentar sobre ella su muralla de defensa: bajando la calle antes referida y en la esquina del Rastro con el Paseo de la Estación, en la que fue casa de los Sánchez Palencia, localicé un trozo de nuestro recinto amurallado que realizara el Condestable de Iranzo, aquel gran alcalde que Jaén tuvo en el siglo XV y que fue el iniciador del urbanismo de nuestra ciudad, siendo el creador de la conocida Carrera, hoy Bernabé Soriano, que unía las Plazas de San Francisco con la conocida de Las Palmeras.

Subiendo la antigua Rastro y al pasar por una casa que la han llamado del Santo Rostro, me evocó el recuerdo del antiguo Mesón de su nombre o mesón del Rastro, construido en el siglo XVI del que recordamos la hornacina con la Faz del Señor en ella colocada; y más arriba, en donde la antigua Julio Burell, hoy calle de nuestra patrona la Virgen de la Capilla, hace rellano, me vino a la memoria la suntuosa y monumental Puerta de Barrera que sirviera en tiempos pasados, como su nombre indicaba, a modo de Barrera a las incursiones nocturnas de los inquietos árabes que de continuo asediaban nuestra ciudad; junto al que fuera torreón de ese acceso al arrabal de San Ildefonso, he podido descubrir de nuevo, cimientos de muralla que sostienen a modo de muro de contención a la actual Peso de la Harina, callejuela ésta un tanto estrecha y empinada por demás que desemboca en el Portillo de San Jerónimo, apoyado éste en el Convento de las Bernardas, cuyo frontón de la puerta principal manifiesta las líneas armoniosas y bien compuestas de los órdenes clásicos, asomándose con timidez por encima de sus muros recios, para oler los aromas suaves de los rosales de la Alameda, en donde los Capuchinos erigieron su austero convento y que para desgracia nuestra, sirvió de cantera de piedra del antiguo coso taurino que dá vista al paseo que acoge generoso a personajes ilustres de las letras jiennenses como Bernardo López y Almendros Aguilar, además de al eminente médico que fue Bernabé Soriano.

Al llegar al requiebro del Convento y a la altura del pilón, comenzó a llover intensamente y tuve que cobijarme bajo un soportal que al lado del monumento se elevaba, era para mi dicha de paseante, la Puerta del Angel que mandara levantar Don Miguel Lucas de Iranzo allá por el siglo XV y que hoy día es la única puerta de la muralla que se conserva en su estado primitivo.



**PROYECTO DE:
RESTAURACION DE LA MURALLA DE JAEN
TORREON DEL POSTIGO DE LA LLANA -**

PROMOTOR: MINISTERIO DE CULTURA

JOSE MARIA PERDO CRESPO

FECHA
ABRIL 1980

EMBELENTE
25/80

PLANO Nº
3

ESCALA
1:100

ARQUITECTO

ALZADO PONIENTE



Después de un buen rato de evocadores recuerdos desde esta atalaya desde la que se divisan cerros entrañables como el ondulado de San Cristóbal, el encrespado de La Pandera y la familiarmente conocida como Silleta de la Reina, dejó de llover y eché a andar Adarves abajo, en donde tengo localizados restos amurallados bajo un edificio de traza moderna en la margen izquierda.

Después de un corto y plácido caminar, me sorprendió por su acertada restauración, (nuestro amigo Luis Berges, sabe de estos menesteres), la Iglesia de San Félix, un tesoro del siglo XVIII, de cuyo interior emanaban cánticos novenarios que inundaban los espacios de la linda placita; comenzaba a estar cansado y me recosté relajadamente sobre los bordes de un generoso pilaron llamado de Don Diego, localizado a los pies de los muros sagrados, mientras observaba con curiosidad de como las bestias bebían de sus cristalinas aguas después de una cansada jornada agrícola.

En dirección a la Catedral y en lo alto de la calle de Josefa Segovia, quedan restos primitivos árabes en los arranques de los arcos, de lo que debió de ser Puerta de Noguera que no pudo ser reconstruida en su día.

Al entrar en la calle en donde la muralla se recostaba en el muro del mediodía de aquella mezquita árabe que fue desacertadamente demolida en el siglo XIII, me vino a la memoria aquel inolvidable Patio de los Naranjos que los historiadores nos han relatado del monumento árabe. En su lugar, nuestra incomparable Catedral renacentista con pinceladas góticas, se eleva orgullosa sobre los tejados humildes del barrio señorial tiempos pasados.

Camino con cierta prisa pues comienza a anochecer y a lo largo de la que hoy es Juan Montilla, observo el Torreón del Conde de Torralba que guardaba una puerta de digna traza; al final de esta arteria paso delante de lo que fue el Camarín de Jesús, que no ha podido ser restaurado por el egoísmo y ambición de personas insensibles al pasado y cuyo estado es verdaderamente ruinoso; al comenzar la empinada cuesta del Cerro de Santa Catalina en donde el tapial de la muralla aparece con claridad, evoco el recuerdo de la grandiosa Puerta de Granada, que abría paso al antiguo camino de su nombre, comunicación que fue de antaño con la vecina ciudad de la Alhambra.

Y al final de ese pelado monte, en donde la muralla recorta su silueta sobre el arrebolado cielo del barrio del Tomillo, llego exhausto al Castillo Viejo de Abreú y a través de una monumental puerta con arco de medio punto, de ladrillo viejo, carcomido por el paso del tiempo y erosionado por los huracanados aires de La Pandera, accedo a la recién restaurada Plaza de Armas, al fondo la vigilante Torre de la Vela; a la izquierda la Torre Albarrana que con cariño de madre, alberga orgullosa a Nuestra Patrona Santa Catalina; y detrás majestuosa, la Torre del Homenaje, símbolo de poderío de una época grandiosa para las ciencias y las artes.

A pesar del cansancio que me embarga, todavía tengo tiempo de recordar que este nuestro castillo no entró en posesión de los reyes cristianos hasta Alfonso X, debido a un pacto entre el Rey moro de Jaén y Arjona con el Rey cristiano Don Fernando; dando vigilancia a la fortaleza la guarnición del Capitán Baltasar de Alcázar, cuando el poeta sevillano escribió su cena jocosa.

Y en el silencio de la noche, recostado sobre los muros de la Torre de las Damas, me quedo profundamente dormido por agotamiento, cuando, alguien que no conseguí distinguir, yo creo que fue el criado portugués, entre las almenas de la enchinada plaza, me entregó una esquila con la generosa invitación a la Casería de la enraigada familia Balguerías, inmersa en los pagos de Las Peñas de Castro, para celebrar nuestra inolvidable Cena Jocosa de los Amigos de San Antón.

• FERNANDO LORITE GARCIA: LOS JUEGOS INFANTILES EN LAS CALLES DE JAEN.

Ya estaba prácticamente consumida la sopa de albóndigas y estábamos con los huevos de San Antón, cuando Fernando Lorite García levantó su voz. Se hizo el silencio y Fernando, tan amante de las tradiciones, nos habló de los juegos infantiles que se hacían en Jaén, en nuestras calles, cuando él, y otros muchos de los que estábamos allí, eramos niños. Estas son sus palabras que rezuman una gran sencillez y una expresiva fuerza evocadora:

Con demasiada frecuencia podemos escuchar la célebre frase de "cualquier tiempo pasado fue mejor". Y en esto, como en tantas otras cosas, cada uno suele contar "la feria según les va".

Por eso, no otro, hoy, en esta Cena Jocosas de 1982, no vamos a ser "más papistas que el Papa", pero sí quisiéramos recordar algunas cosas que nos ocurrieron en nuestra juventud, Juventud, no tan "bien llevada" —por decir algo—, como la de ahora, seguramente porque en aquellos tiempos la economía familiar no permitía tantas florituras como ahora y nuestras madres tenían que pensar "muy mucho" los gastos que hacían en la tienda para que la cuenta que había que pagar a final de mes, no sobrepasara el sueldo del padre.

Y, precisamente por esa falta de dinero, los chavales nos inventábamos mil y un juegos, que no nos costaban nada o, como mucho, lo único que había que hacer era hurtar unos platetes de la fábrica de Cerveza "El Alcázar", con los que más tarde haríamos —una vez forrados de tela— nuestros correspondientes equipos de fútbol, utilizando como balón uno de los muchos botones que nuestras abuelas guardaban con mucho cuidado —por aquello de la carestía— dentro de las cajitas de lata.

Aún recuerdo cómo los niños más "valientes", se dejaban caer al suelo cuando iban a la tienda a comprar una gaseosa. La causa principal no era otra que, al caer y romperse la botella, podía sacar con toda tranquilidad aquellas "bolas" de cristal tan bonitas, que luego cuando las cosas iban mal, incluso cambiábamos por una docena de "bolas" de barro. Si aquellas "bolas" que nosotros mismos nos encargábamos de cocer, para luego vendérselas a los más pudientes y tener, de esta forma, una "perra gorda" para comprar chucherías.

Ahora, cuando tengo a mis hijos mayores y les hablo de nuestras travesuras, no pueden llegar a comprender lo que les cuento, porque incluso, en ocasiones, creen que les estoy tomando el pelo. No alcanzan a comprender cómo para poder entrar al cine tentamos que hacer mil travesuras para ganar las tres perras gordas y media que valía. Les digo cómo nos íbamos al "Ayozar" a robar ayozas, que nos metíamos en la "pechera" de la camisa y que más tarde, en las puertas del cine, vendíamos hasta conseguir suficiente para entrar al cine. Les comento que en otras ocasiones nos íbamos a coger majoletas, moras, e incluso los higos chumbos... y cuando una vez conseguido nuestro objetivos nos metíamos en el cine, con las majoletas sobrantes y nuestro canuto en la boca, no dejábamos a nadie en paz, porque entonces les dábamos la lata a los "señoritos" que estaban en butacas. Ellos, mis hijos, se ríen, pero más me río yo al recordarlo.

¿Y vosotros? ¿recordáis las luchas que manteníamos entre las pandillas de los barrios los días que antecedían a las lumbres de San Antón? Pues cuando les cuento



EN JAEN

POR SAN ANTON,

CALABAZA

Y MELENCHON.

esto a mis hijos, tampoco pueden creerse y es que, si no lo hubiéramos vivido, incluso a nosotros nos costaría trabajo creerlo, pero ahí está la historia y ahí está la verdad.

Y ahora, cuando se acercan las fiestas de Navidad y Reyes, y les hablo de las horas y más horas que nuestras madres se pasaban en los hornos haciendo magdalenas, roscos, mantecados, hornazos, etc., me preguntan que por qué no los compráramos hechos. ¿Qué sabrán los pobres? Y cuando les digo que para el día de Reyes, hacíamos cola ante el Ayuntamiento para que los Reyes Magos nos dieran caramelos y algún juguete "si habíamos sido buenos", y que para conseguir esto nos tirábamos esperando más de seis horas, sí se lo creen, pero pensando en que el juguete en cuestión era poco más o menos una muñeca que habla y anda o un escalextric con cuatro pistas. Sin embargo, cuando los desengañó y les digo que sólo se trataba de unos carritos de madera o unas pistolas, también de madera con una "bala" igualmente de madera, se echan a reír. Sí, sí. También yo me río ahora, pero no en aquellos tiempos, porque de los que sí nos relamos e incluso nos servían de "juguete" callejero, eran aquellos personajes populares que nunca olvidaré, como "tragalitos", la mujer de la "areina" o aquella otra que andaba por Jaén con su cerdo a cuestas, e incluso el que vendía los quesos o la miel de caldera. Sí, todos aquellos célebres personajes que un año en una de nuestras Cenas de San Antón, tan magníficamente recordara nuestro buen amigo Pedro Casañas.

No es día éste para ponerse melancólico, ni muchísimo menos pero, cuando en la paz de nuestro hogar, pensamos en aquellos años, no tenemos más remedio que pensar en la célebre y popular frase de que "cualquier tiempo pasado fue mejor", aunque a quien se le cuente, piense lo contrario.

• DIEGO JEREZ JUSTICIA: ANECDOTARIO JOCOSO DE LA CLASE MEDICA GIENNENSE.

Pasó un poco tiempo. Seguimos todos aplicados a la mesa. Fuera, la lluvia y el viento. Dentro, la calma de un ambiente familiar, bien avenido. En esto que Diego Jerez Justicia, que tanto sabe de las cosas íntimas de Jaén, nos deleitó a todos con un sabroso anecdotario de la clase médica giennense. El, como buen médico, lo contaba con un estilo preciso, claro, y por supuesto, con una gran amenidad. Hasta tuvo su intervención el colofón de alguna que otra anécdota que sacó a relucir Pablo Castillo García-Negrete, referidas al inolvidable don Eduardo Arroyo Sevilla. Pero transcribamos las palabras de Diego Jerez:

Recuerdo una nota necrológica de Rafael García Serrano, al referirse a un médico amigo fallecido, decía:... "era un humanista y buscaba los secretos del hombre por todos los recovecos del cuerpo y del alma".

Es muy frecuente entre los médicos un especial estado de ánimo ante las cosas de todos los días, que aunque muchas veces pequeñas y vulgares son reales y concretas manifestaciones del ser humano a las que el profesional de la medicina no puede estar ajeno ni puede escapar a ser unas veces intérprete y otras espectador. Unas veces son estas situaciones trágicas otras nimias e intrascendentes, pero en múlti-

ples ocasiones son festivas y siempre se producen en esa maravilla de acto humano que es la relación médico-enfermo, que debe tener como esencia la sinceridad afectiva desprovista de toda bambalina y no desvirtuada como desgraciadamente ocurre al despersonalizarse la medicina mediante la socialización masiva, especialmente en las ciudades.

Como estamos en una cena jocosa, voy a recordar algunas pequeñas anécdotas que recuerdo, especialmente de mi estancia en el medio rural, para que sirvan al menos para provocar una sonrisa en vosotros un momento, para que también sean motivo de recuerdo para tanto médico rural que a lo largo de tanto tiempo se han desenvuelto sin medios en nuestros pueblos y que han sido los más abnegados. Muchos de ellos no solo se ocuparon de la medicina, sino que llevaron al medio rural inquietudes culturales.

¡Cuántas anécdotas podría haber contado aquel médico filántropo de Jaén Don Bernabé Soriano! Me imagino la de situaciones dignas de haber sido escritas para la posteridad de aquel otro Doctor Román Pulido que vivió los primeros descubrimientos de idolillos ibéricos en Castellar de Santisteban y qué de cosas nos podría haber contado de tanta situación célebre como hubo de tener con aquel descubridor del yacimiento, el avispado y célebre "biche". O aquel prócer que fue D. Eloy Espejo impenitente contertulio de sociedades y casinos. Figuras como D. Luis del Río, D. Carlos Romero que cultivaba también el arte de Apeles. El Dr. Serrano Piqueras fundador de la Liga de No fumadores, que predicaba la maldad del tabaco por producir entre otras cosas impotencia. El Dr. Arroyo Sevilla. El Dr. Cerdá y Rico y tantos otros. El Dr. Caro Perales médico de Cabra del Santo Cristo, que era además de un investigador, un gastrónomo refinado y tenía como regla de oro lo de "la perdiz en la nariz", aforismo que quiere significar que como está mejor es un poco descompuesta; una de las veces se pasó de tiempo y una pepitoria se lo llevó al otro mundo, tanto a él como a su mujer, por intoxicación alimentaria. Recuerdo a un médico de mis primeros años, el Dr. D. José Pardo Lajara, abuelo de nuestro contertulio el Ilustre Arquitecto D. José María Pardo, con su atuendo negro, su bombín, el maletín y las gafas de oro, que fundó una magnífica compañía de Teatro y que representaban en el Salón Prim o en la "Tercia" las mejores comedias o zarzuelas del momento. ¡Cuánto nos podrían haber dejado sobre el alma humana! ¡Cuánta historia de las gentes de nuestro Jaén! Aunque Jardiel Poncela dijese que los médicos no servían nada más que para acompañarle a uno a morir con palabras griegas o como decía otro catedrático que conocí, el Dr. Salva, usando palabras que hace veinte siglos usaban las criadas griegas.

Por cierto, recuerdo a este catedrático de Microbiología que entre sus genialidades, estaba la de que empezaba a explicar por el paseo del Triunfo, en donde los "pelotilleros" lo esperaban para empezar a tomar apuntes. Luego en clase explicaba paseando y decía "trazamos una línea imaginaria" recorriendo con su dedo índice el aire. Cada vez que pasaba por aquel sitio se acachaba como pasando debajo de la línea trazada.

Recuerdo muchas situaciones anecdóticas de mi infancia en la farmacia de mi padre; por ejemplo, la que un día frío de tantos que hacen en Cabra del Santo Cristo, mi padre se iba a tomar el sol a la acera de enfrente, con la bata de la farmacia puesta, pero un día pasó un forastero de aquellos campos y le dijo: "¡Maestro, vamos y me afeita usted en dos patás!"... Desde entonces no se volvió a poner la bata blanca en la farmacia.

No puedo olvidar un día celebrando la terminación de carrera un grupo de amigos. Alguno se "coló" y se puso tan mal que hubo varios del grupo de flamantes galenos que se alarmó pidiendo ¡Un médico...! ¡Un médico...!



" Forte Tatar "
Cerezo Moreno

Castillo de Forte Tatar (F. Cerezo).

Tuve que ir circunstancialmente una temporada a sustituir a un médico de un pueblo, donde ni siquiera había fonda. El único alojamiento que había era una señora que en el portal de abajo vendía "pipas" y chuchertas y arriba tenía una cama para alquilar en algún caso. Me informó dónde estaba la habitación y el corral que podía utilizar su amplia área para funciones perentorias y me dijo dónde estaba una caña. ¿para qué? le pregunté... ¿Pues para espantar las gallinas!, me respondió.

Solía haber en la calle un señor que al parecer había heredado una pensión de un pariente de América y no tenía otro oficio que sentarse en la puerta de su casa en la silla y allí pasar el día. No sabía leer y cual es mi sorpresa, que una vez que pasé lo ví con el periódico en las manos y abstraído en él, pero lo tenía al revés con las fotos para abajo; le pregunté ¿qué dice el periódico tío Antoñico? y enseguida me contestó: ¡Que ha volcado Franco!...

Es curioso el lenguaje o expresiones; así, muchas veces entra a la consulta una señora y te dice: "Que vengo con la cabeza" o "mi niña viene con la garganta" o que te pidan un volante para el "culista" de los ojos o "pal del hueso" o "el comadrón de los hombres". Es corriente que venga una madre con un niño febril y te diga "que su niño se ha encendido". A veces pregunta un enfermo ¿cómo me pongo el "compositorio"?; a éste respecto recuerdo un gitano que se los puso por la nariz al serles prescritos para un catarro.

Multitud de anécdotas surgen por tergiversar las palabras, así había en el pueblo un maestro que se llamaba Don Policronio y ¡cuántas cosas le decían las pobres gentes cuando lo mencionaban!

Cierto día me dieron un aviso para un enfermo a domicilio. Al llegar a la casa pregunté donde estaba el enfermo y me dijeron, que estaba en el corral y se estaba atacando..., yo creyendo que se trataba de un ataque epiléptico o algo parecido me precipité en el patio y me encontré que es que se estaba subiendo los pantalones y ésta era la expresión que se usaba allí para denominar esta maniobra.

Otro día me llamó un amigo por teléfono muy apurado, porque su hijo con esta moda de las cremalleras en la "portañuela", al terminar de hacer "pis" se había cogido el "gusanito" con la cremallera y no andaba ni para atrás, ni para adelante y el chico estaba dando gritos. Me dirigí hacia el lugar, pero en vez de la carpeta de médico llevé la caja de las herramientas "bricolage" y con unos alicantes y unas tenazas logré liberar el "cilindrín" del chico.

Habitaba allí una "mariquita" que había sido aficionada a los partos y después seguía asistiendo los recién nacidos, vistiéndoles, etc. Pues descubrí que desinfectaba las ombligueras de un modo particular. Tomaba un "buche" de aguardiente carrasqueño y lo espurreaba sobre las vendas. Pero cuando tenía la boca llena del ants para efecuar la operación, hacía como que quería que le dieran determinada cosa que señalaba y mascullaba: ¡UUUUUUUHM!... ¡UUUUUUHM!, señalando sin éxito de ser interpretada. Se tragaba el "buche" de aguardiente, cogía lo que fuese y volvía a señalar sin éxito la interpretación por los demás, cuando tenía la boca llena del "Machaco" de nuevo y así repetía esta operación un número de veces, las suficientes para que el niño quedara mal vestido y ella con una buena melopea.

Muy recientemente fue a mi consulta un señor muy asustado, diciendo que estaba muy mal, que se le había parado el reloj varias veces. Yo pensé que era subsidiario de su envío a Los Prados, pero me dí cuenta que estaba cuerdo, que todo tenía explicación. Este hombre se acababa de comprar un reloj automático y creía que este tipo de relojes, tal como me explicó después, andaban gracias al pulso de la persona. Me costó bastante trabajo hacerle comprender de alguna manera el mecanismo de estos

relojes, porque no le entraba muy bien el que el "reloj" del aparato de tensión no estuviera implicado en este modo de andar parecido al del que se había comprado.

Siempre se ha hablado del escepticismo de los médicos y farmacéuticos acerca de las medicinas y es que todo tiene su explicación. Porque qué puede pasar cuando ocurre como con aquella gitana que acudió a la consulta con un dolor de estómago por una gastritis y con su Churumbel "con conjuntivitis o ceguera" como ella decía. Se le mandó unos polvos para el estómago y un colirio para el chiquillo. A los dos días acudió al consultorio y exclamaba: ¡Señor Doctor que cosas más buenas, le eché los polvos a mi niño en los ojos y se curó de momento y me tomé las gotas y se me ha quitado el dolor de estómago como con la mano!...

• JUAN CASTELLANO DE DIOS: RECUERDO DE "MANOLETE", EN LA PLAZA DE TOROS DE JAÉN.

Siempre hay alguna alusión a la fiesta nacional en nuestras cenas. Esta vez ha sido de una manera formal. Juan Castellano de Dios sale al ruedo de la reunión para recordarnos las tardes taurinas de la plaza de Jaén. Y así nos habla de cuando toreaba "Manolete". Bella evocación la suya. Pone acentos de emoción en sus palabras. Recoge la estampa del Jaén de los años cuarenta. Y uno supone, en seguida, el bullicio de la gente por el Portillo de San Jerónimo, mientras se abre paso, como un remolino de verónicas en los vientos, el sonido del esquilón del convento de Las Bernardas. Y el bueno de Juan Castellano nos dice:

Son las cuatro de la tarde del día 18 de Octubre, festividad de San Lucas y me hallo en un restaurán de Linares. En esos momentos televisión conecta con Jaén para televisar en directo la corrida de toros que en aquellos momentos acaba de comenzar. Por las imágenes que veíamos a través del televisor, se pudo comprobar de inmediato, que la plaza estaba prácticamente vacía y, por lo tanto, su aspecto era verdaderamente desolador. El camarero comentaba en voz alta y sin recato alguno que la feria de Jaén no tenía aliciente y que si se querían ver toros, había que venir a Linares. Comentaba asimismo que en Jaén no había afición a la fiesta nacional y que por eso nunca se habían dado buenos carteles.

Yo callé y prefería con mi mudéz no contradecirla en su ignorancia, que estaba más motivada por su corta edad, que por su sapienza en historia taurina de la Capital del Santo Reino.

Entonces fue cuando mi memoria volvió atrás, y en mi silencio y soledad de mi mesa, comencé a recordar aquellos años, que el camarero no sabía nada de su existencia, en que la plaza de Jaén era una de las de más categoría y prestigio de España. Y empecé a pensar sobre aquella feria del mes de agosto de 1939, que puedo decir, fue mi primera feria, ya que por mi edad y por los 3 años de guerra civil, yo no recordaba con precisión ni vivencia alguna, las ferias anteriores al año 36.

La guerra había terminado. La heridas eran inmensas y cicatrizaron. El hambre

y la necesidad imperaba en la mayor parte de los hogares españoles. Pero, sin embargo, la alegría era grande al saber que aquella amenaza diaria de la muerte, había desaparecido. La gente quería desquitarse de lo mucho padecido y por eso acogió con verdadero entusiasmo el programa de la feria y fiestas de Agosto del año 1939, año de la victoria. Este programa era un fiel reflejo de la pobreza que reinaba en aquella época. Hartan el desfile callejero los gigantes y cabezudos en compañía de la banda municipal. El Ayuntamiento repartiría entre los pobres mil bonos, correspondientes a otras tantas raciones consistentes en medio kilo de arroz, medio kilo de pescado, medio kilo de garbanzos y un pan. Hubo cucañas en la plaza de los Jardinillos y la gran orquesta de conciertos de Madrid dió varios conciertos en la Plaza de Toros. Y cosa que no se me olvida y que recuerdo perfectamente fue cuando el día 19 a las 6 de la tarde, una gran parte del pueblo de Jaén, asistió al acto del entierro de la sirena, que partiendo de la plaza de Santa María llegó a la Alameda y allí explotó, con el consiguiente alborozo para los asistentes, aquel artefacto que tanto nos había atormentado desde el año 36 al 39.

Pero el festejo grande de la feria lo componía la presentación en Jaén de aquel torero cordobés, llamado Manuel Rodríguez Manolete. Venía precedido de una gran fama y se veía en él una gran figura del toreo. Manolete toreó con Manuel Jiménez Chicuelo, mano a mano, seis toros de Santa Coloma. La prensa de Granada en su crónica de esta corrida decía que Manolete había obtenido un triunfo clamoroso en Jaén. Manolete estuvo artista y torero en sus 3 toros y puso de manifiesto que era el mejor de los matadores de entonces. Le fue concedida la oreja de su primer toro.

En la feria de San Lucas de 1939 no se celebraron corridas de toros y la feria de ganado era floja a causa de la escasez de ganado, motivada por la guerra.

Sin embargo en el año 1940 la feria de octubre vuelve por sus antiguos fueros y recobra su importancia y belleza. La feria de ganado estaba en el Ejido de Belén y recuerdo con verdadera añoranza aquellas visitas que hacía por las mañanas con mi hermana Carmen. todavía siendo unos chiquillos los dos. Nos tomábamos un chocolate con tallos y observábamos con detalle todo aquello que contemplaban nuestros ojos. Había muchos gitanos de pura raza, más árabes que castellanos, faraónicos por su cara cetrina y su gesto solemne. También había muchos tratantes con aire de señores de Castilla. Asistían labradores de nuestras tierras que bajaban de la sierra o subían del río para hacer el año de animales que el cortijo o la huerta les pedía para cubrir sus necesidades labriegas. Contemplábamos la figura de aquellos agricultores andaluces con aspecto de terratenientes, y manos encalladas por el trabajo y cara curtida, gemelos a los manijeros y gañanes que veíamos por esas campiñas de Dios. Junto a todos estos personajes del grandioso escenario del Ejido de Belén, las piaras y las yuntas se entrelazaban por el laberinto de casetas y puestos que instalaban con palos y lonas. Junto a ésto, estaba la estampa de color que proporcionaban las gitanas guapas y las viejas sarmentosas con carne bronceada que lleaban a sus churumbeles a su costado, que siempre se ofrecen a decir la buenaventura a cambio de unas monedas. Mientras tanto su hombre engaña con gracia al payo que escucha, por regla general, embobado en los elogios que hace el gitano de la burra que fue joven un día o de la yegua que no renquea porque los palos que recibe la pobre, son capaces de levantar a los difuntos. Por todas partes se veían chalaneos y más chalaneos. Se veía al tratante que hablaba y convencía y al labrador que miraba la compra que acababa de efectuar. Me hacía mucha gracia el ver a los chaveas de mi edad que arrastraban el ronzal a la yegua recién comprado o montaban de forma ágil a los potros briosos. A todas estas escenas el sol daba todavía calor y colorido a todo. A las discusiones de los gitanos, que llevaban varas largas que

seguramente habían comprado en la calle del Matadero o en la Puerta de Barrera, a las copas de manzanilla que en aquellos años se bebía con frecuencia en bares y tabernas y que hacía las delicias del tapeo con su fino y delicado sabor. Eran ferias de ganados bulliciosas, variadas, interesantes con más comedia que drama con más verdad que mentiras, con más alegría que tristeza, con más tronío que pobreza, con mucha filosofía y mucho talento. Era la filosofía del gitano que engaña con arte y gracia. Talento por una parte del que adquiere el animal, que lo hace con cordura, mirando más que a la palabrería de los tratantes, a la necesidad de sus tierras y al mucho bienestar que van a proporcionar si llevan lo que ellas precisan: Estos animales son amigos del hombre que se van a mirar en sus tierras y van a trabajar y a sudar al hacer los surcos como el gañán o el labrador que les irá dirigiendo en las faenas de laboreo que tendrán que realizar mediante su trabajo, bien tirando del arado, de la tirilla o de la grada.

La feria de ganado ya es buena como digo y los festejos taurinos tenían que estar en consonancia. Para esta feria de 1940 se anuncia la celebración de una novillada con picadores que sería la primera que vería yo en mi vida y al día siguiente tendría lugar una corrida de toros en la que tomarían parte Domingo Ortega, Pepe Bienvenida, que sustituyó a Marcial Lalanda y Manuel Rodríguez Manolete. La corrida dicen los que tuvieron la suerte de verla, que es una de las mejores celebradas en la antigua plaza de toros de Jaén y como mi atención se va a fijar de manera especial en Manolete, por ser un torero por el que sentía mucho respeto y admiración por su pundonor, ante incomparable y hombría de bien, diré que Manolete cortó aquella tarde a sus dos toros las dos orejas y el rabo. El triunfo fue memorable. Manolete ya ocupaba el primer puesto del escalafón taurino. En los documentos gráficos que se conservan de estas actuaciones se aprecia la grandiosidad incipiente de su toreo. La crítica lo juzgaba más suelto en el empleo de la muleta que en el capote, subrayando su valor y el modo de pararse con los toros y de aguantar sus embestidas. Pero es como estoqueador, donde Manolete consiguió sobresalir de manera inequívoca. Se alababa la corrección con que entraba a matar a sus toros, arrancándose en corto y por derecho, centrando la suerte con pureza de estilo y saliendo, por lo tanto, limpiamente por el costillar de la res. No se puede encontrar en el toreo de Manolete otro aspecto que pruebe con mayor fidelidad la formación clásica que tenía sobre la lidia del toro, que descubrir la supremacía que concedió siempre a la suerte de matar. Durante toda su vida torera fue un consumado estoqueador; nunca se apartó de la verdad en el trance de entrar a herir y cultivó la belleza estética de la estocada. Pero el lugar preeminente que ostenta en la historia del toreo no lo debe, indudablemente, a su fama como estoqueador, sino a su manera personal de hacer el toreo. Desde hace ya muchos años, el público ha dejado de interesarse por la estocada, con el mismo interés que tenía en la época de Lagartijo, debido al auge progresivo que iba tomando la faena de muleta. Toda la labor del diestro se circunscribe a esta parte, lo que ha traído consigo el olvido de la suerte de matar como fin substancial de la lidia. Hace falta ser un romántico del arte taurino, un enamorado de sus antiguos cánones, como lo fue Manolete, para marcar con pulcritud los tres tiempos de la suerte de matar. Que pocos diestros ha habido que, pese a ser grandes muleteros, no han recurrido a buscar los efectos de la estocada por un camino más cómodo y que rebaje el peligro personal que se corre al ejecutarla, incluso con aquellas reses que no ofrecen dificultades extremas a la suerte que compendia toda la lidia. Manolete a través de toda su vida se fue superando para poner en uso continuo los más severos principios que rigen la suerte de matar, sin querer separarse un ápice de ellos, incluso con aquellas reses que se presentaban dificultosas para la consumación auténtica de la misma, como ocurrió con Islero en Linares. Su actuación como matador no desfalleció a lo

Día 18, sábado

Se picarán, banderillearán y serán muertos a estoque

SEIS BRAVOS TOROS

de la renombrada ganadería de la

Excmo. Señor CONDE DE LA CORTE

de Zafra (Badajoz), con divisa oro, grana y verde.

MATADORES

Manuel Rodríguez MANOLETE

Pepe Luis VAZQUEZ

y **Manolo Martín VAZQUEZ**

:: **ORDEN DE** ::
LAS CORRIDAS



Día 19, domingo

Se picarán, banderillearán y serán muertos a estoque

SEIS HERMOSOS TOROS

de la famosa ganadería de los

Sros. Hijos de D. Juan Bautista CONRADI

de Sevilla, con divisa encarnada y amarilla.

MATADORES

PEPE BIENVENIDA

Manuel Rodríguez MANOLETE

y **Pepe Luis VAZQUEZ**

PRECIOS PARA CADA CORRIDA

	Empresa Pesetas	Coch/Quicio Pesetas	Medioidad Pesetas	Caba/Heala Pesetas	TOTAL Pesetas
SOMBRA					
Palco con seis entradas.	137'80	34'45	6'95	20'80	200
Barrera con entrada.	27'60	6'90	1'37	4'13	40
ENTRADA GENERAL.	15'80	4	0'80	2'40	23
Entrada Especial para niños menores de ocho años y militares sin graduación.	10'35	2'60	0'50	1'55	15
SOL					
ENTRADA GENERAL.	11'70	2'95	0'58	1'77	17
Entrada Especial para niños menores de ocho años y militares, sin graduación.	7	1'70	0'30	1	10

Las corridas empezarán a las **CUATRO** en punto de la tarde.

Las puertas de la Plaza se abrirán **DOS** horas antes de empezar las corridas.

CUADRILLA DE PEPE BIENVENIDA

PICADORES
José DÍAZ Antonio DÍAZ
BANDERILLEROS
Pepe IGLESIAS
Manuel INARRO
Puntillero: NARBRO

CUADRILLA DE Manuel Rodríguez-MANOLETE

PICADORES
Miguel RUBEN Rafael Andrade ARTILLERO
BANDERILLEROS
Alfredo DRUID
Rafael Saco GONZÁLEZ
José Luis Romero ROMERET
Puntillero: ROMERET

CUADRILLA DE Pepe Luis VAZQUEZ

PICADORES
Ángel Parra PARRITA José MUÑOZ
BANDERILLEROS
Luis Suárez MAGRITAS
Joaquín Suárez JUAQUINCA
José FLORES
Puntillero: FLORES

CUADRILLA DE Manolo MARTÍN VÁZQUEZ

PICADORES
Pablo Suárez ALBANO Salustiano Rico SEVILLANITO
BANDERILLEROS
Bernardo Muñoz CARNICERITO Luis FLORES
Puntillero: SASTRILLO

Cartel de Toros de la Feria de San Lucas de 1941.

largo de las corridas que iba lidiando, siendo la constancia en persecución del éxito, como le ocurrió como iremos viendo en sus actuaciones en Jaén, la tónica más descollante en todas sus intervenciones en los ruedos. Lo mismo cabe decir de todas las demás cualidades que tuvo como torero en el manejo del capote y de la muleta, y del concepto general de la lidia y del particular con cada toro. La fortaleza del espíritu de Manolete fue manifiesta. Su ambición artística no conoció las fronteras del profesionalismo mercantilizado, y después de poseer la verdad del toreo y abrazarse a ella con la unción de un penitente devoto, supo llevar sobre sus espaldas la responsabilidad de su arte y la de la fiesta de los toros, y con esta carga inmensa anduvo siempre, hasta la última tarde que le vimos ceñirse el capotillo en Linares, para hacer el paseo de las cuadrillas.

Como verán ustedes, mi entusiasmo crece cuando hablo de Manolete y recuerdo su comportamiento en las plazas. Era manoletista y a pesar de los años transcurridos, lo sigo siendo. Por este motivo, mi deseo por ver torear a Manolete era enorme. Pero en aquel año de 1940 y aún cuando la entrada de sol valía 10 pesetas, que visto ahora no era nada, sin embargo no pude ir a los toros sintiéndolo mucho por mi parte, por carecer de dinero.

En aquel año de 1940, en su feria de octubre, era su feria grande, se vió muy concurrida de caballistas, señoritas ataviadas con el típico traje andaluz y también con los de pastira y chirri. Las casetas eran de construcción modesta, pero se veían muy concurridas y llenas de alegría, porque bebiendo manzanilla de Sanlúcar o un fino de Jerez, no hay más remedio que sentirse andaluz y bailar y decir lo mucho que esta tierra lleva por dentro. Además en aquellos años los toreros solían ir a las casetas y el espectáculo era emocionante y maravilloso, sobre todo para los que sabemos apreciar y valorar lo nuestro.

Aunque el camarero de Linares diga que en Jaén no se han dado buenos carteles, llega el año 1941 y se anuncian dos corridas de toros en las que volverá a actuar en ambas el coloso cordobés. En este año de 1941, vi por vez primera una corrida de toros y el cartel lo componían Pepe Bienvenida, Manolete y Pepe Luis Vázquez. Y si en la tarde del 18 de octubre de 1982 la plaza de Jaén estaba vacía, en aquella del 19 de octubre de 1941 estaba totalmente llena hasta el punto de que se agotaron las entradas. Recuerdo bastante bien la actuación de Manolete que fue sensacional, ya que cortó las dos orejas y el rabo a su segundo y al comprobar personalmente su manera de hacer el toreo, fui y sigo siéndolo un fiel admirador suyo.

Su actuación el día anterior en unión de Pepe Luis Vázquez y Manolo Martín Valero, fue interesante y hubo momentos en que entusiasmó al público. No cortó en esta primera corrida de feria ninguna oreja por culpa del ganado, que no reunía buenas condiciones para la lidia.

La feria de ganado fue muy importante y las transacciones se valoraron en unos diez millones de pesetas, que entonces era una cantidad verdaderamente importante. Se calcula que había 4.000 cabezas, todas ellas pertenecientes a las mejores ganaderías andaluzas. El mayor número de ganado procedía de las provincias de Jaén, Granada, Sevilla y Córdoba.

Las cotizaciones eran elevadas. Por un mulo de buena talla, de 6 a 7 años, se llegó a pagar 9.000 pesetas. Por un burro de raza 6.000 pesetas. Los caballos se llegaron a pagar a diez y doce mil pesetas. Una pareja compuesta de una burra y un mulo romo se compró en 5.000 pesetas. Los toros de labor se pagaron a 12.000 pesetas. Cabras de leche a 35 y 40 duros. El mayor número de compradores procedía de La Mancha, Murcia, Extremadura, Valencia y Salamanca. Recuerdo que en mi Barrio —San Ildefonso— se llenaban todas las cuadras con el ganado que venía a la feria y

aquellos hombres con blusones grises a rayas o negros, daban una estampa típica a aquellos días de feria.

Para el año 1942 y para la feria de San Lucas, vuelve a incluirse a Manolete en los carteles para actuar dos tarde, la primera con Manolo Martín Vazquez y Morenito de Talavera, y la segunda con Pepe Bienvenida y Juanito Belmonte, pero a consecuencia de la cornada que le infirió el toro "Garboso", de la ganadería de La Chica, el día 27 de septiembre, en la plaza de toros de Madrid, Manolete cerró su temporada, no pudiendo torear las dos corridas de Jaén.

Llega el año 1943, y como la feria de San Lucas de Jaén va a más, sobre todo por la importancia de su feria de ganado y el encanto que tienen los distintos festejos que se celebran, se dan dos corridas y, como siempre, Manolete torea las dos tardes. El día 18 alterna con Domingo Ortega y Rafael Ortega Gallito. Los toros pertenecían a la ganadería de don Julio Garrido, antes Coquilla. La plaza registró más de media entrada. Comenzó a llover a las 3 de la tarde y esto restó la asistencia de mucho público. Manolete recibió a su primero, en su faena de muleta, con 3 estatuarios, un natural y 3 en redondo ajustadísimos. Se llevó al toro al centro del redondel donde continuó voluntarioso. Sufre un achuchón del que salió ileso. Un pinchazo y una entera, acertando al primero. Fue aplaudido.

Manolete lancea a su segundo con lucimiento y se le aplaude. El matador se ajusta en unas verónicas inverosímiles de quietud y mando y sufre una cogida sin importancia. El toro le mete la cabeza después de derribarle a tierra, pero no le corneó. Se levanta con la taleguilla rota y fue de nuevo al toro al que lanceó con valentía y arte. Manolete inició su faena de muleta con 3 estatuarios sin corregir para ligarlos con 6 naturales, 3 de ellos soberbios que se aplaudieron largamente. Tras el de pecho siguió con 3 redondos, uno cambiándose la muleta a la izquierda y otros 3 naturales más. Se llevó el toro al centro del ruedo y consiguió un molinete girando en la misma cara y 3 manoletinas de sin igual belleza que emocionaron a los espectadores. Siguió con pases de otras marcas, llenos de arte y quietud entre los aplausos constantes del público. A la hora de la muerte, tiene desgracia y pincha 3 veces, entrando muy bien. Mostró disgusto por su desgracia, golpeándose la cabeza con las manos y el público a la vista del amor propio del torero le premió con una prolongada ovación. Descabelló al primer intento. Se le volvió a ovacionar y hubo petición de oreja. El diestro se negó a corresponder a la ovación cerrada que recibió, después de ser arrastrado su enemigo.

El día 19 de octubre de 1943 vuelve a torear en unión de Domingo Ortega y Paquito Casado. Los toros eran de Concha y Sierra.

La plaza se llenó pese a la inseguridad del tiempo, que amenazaba lluvia.

Manolete, en su primero, arranca una ovación imponente en una serie completo de lances suaves y mandones con los pies quietos en la arena. Se vió en este toro el mejor tercio de quites de las dos corridas de la feria. Manolete brindó al Gobernador Civil Correa Weglison. Clavado en la arena logra 3 pases por alto y luego cuatro naturales ajustadísimos. Continuó con varios en redondo y tras cambiar la muleta a la izquierda, logra una nueva serie de 3 naturales perfectos de ejecución y mando. Continuó su gran faena entre un entusiasmo inenarrable del público, destacando 4 manoletinas. Un pinchazo dejándose caer encima media y descabello. Ovación grande, oreja, vuelta y saludos.

El segundo toro de Manolete, de salida hizo cosas de manso y saltó al callejón. El diestro inició su faena por alto y siguió en redondo, pero el toro volvió a flaquear de los cuartos traseros y cayó a tierra. Dos más por alto muy suaves y otros cambiando de mano y adornándose con tocadura de pitones. Pese a las condiciones del toro,

Manolete cuajó una buena faena. Un pinchazo y volvió a caerse el astado. Lo levantó el matador por otro pinchazo que bastó. Palmas.

Por último, llega la feria de San Lucas del año 1944, y el torero de Córdoba, el Monstruo, como muy bien se le llamó, volvió a hacer el paseillo dos tardes en Jaén. La primera, el día 18, con Domingo Ortega y Papín Martín Vázquez. Los toros eran de la ganadería de D. Antonio Pérez Tabernero.

Manolete comenzó la faena de muleta de su primero con 3 estatuarios y siguió con 4 en redondo y dos por alto. Continuó con 3 manoletinias y otros pases. Una entera y descabello. Se le ovacionó.

A su segundo lo recibió Manolete con dos series de 3 verónicas muy buenas las últimas. Palmas. Volvió a hacerse aplaudir en quites con 3 verónicas inmensas sin corregir. Manolete brindó al público y comenzó con 3 estatuarios seguidos de 5 naturales y el de pecho. Sigue con 6 en redondo inmensos de quietud y mando. Más pases en redondo, cuatro manoletinias girando entre los cuernos y un molinete Cuadra el toro y quedando recto se volcó encima para una entera que bastó. Ovación, dos orejas, rabo, vuelta y saludos.

En la corrida del día 19 hizo el paseillo en unión de Domingo Ortega y el mejicano Fermín Rivera. El ganado pertenecía a D. Leopoldo Clairac. El lleno fue total al extremo de haber aparecido en las taquillas el cartel de "No hay billetes".

Manolete instrumentó 3 verónicas ceñidísimas a su primero, que se aplaudieron. Su faena de muleta la comenzó con 2 estatuarios seguidos de uno en redondo, cuatro naturales y otros más en redondo, por alto y de pitón a pitón agarrado a un cuerno. Se le ovacionó. Siguió con 3 naturales y algunos por alto. Un pinchazo más pases y media contraria. Descabelló al segundo intento y escuchó palmas.

Su segundo toro llegó quedado a la muleta. Manolete inició su faena con un estatuario. Siguió con otros por alto y en redondo, pero las condiciones del animal no le permitió cuajar faena. Tres manoletinias y otros pases. Un pinchazo y media delantera, rematando el puntillero. Palmas.

En el año 1945 ya no toreó Manolete en Jaén y lo hizo solamente en Linares. En el año 1946 no toreó en ninguna plaza de nuestra provincia y en el año 1947 al torear el día 28 de agosto en Linares, ya sabemos todos lo que ocurrió: Manolete murió víctima de la cornada que le infirió, al salir de la suerte de matar, el toro Islero, perteneciente a la ganadería de Miura.

La noticia estremeció al ámbito español y rápidamente se conoce en todos los países del mundo. Manolete miró a Islero de frente y hundió el estoque en el cuerpo del toro, y éste, devolviéndole la mirada, le destrozó el muslo de seda con el áspero puñal de su asta. Por los labios de la herida y con voz transida de agonía escapó la vida el torero hasta el último aliento. Islero encontró la muerte en el mismo camino, y dos orejas negras, como dos sombras enormes, fueron llevadas a la enfermería y allí, junto al héroe moribundo, quedó el triunfo simbólico, palmas de martirio torero, que la afición taurina da a los hombres que saben perder la vida por la gloria fugaz y efímera de un instante.

Y cuando salta el sol del nuevo día y comenzaba a dorar el ruedo solitario de la plaza de nuestro Linares, una rosa de sangre purpúrea embellecida por la arena se inflamó con aroma de misticismo. En este momento Manolete entró en la historia del toreo; su paso era firme y resuelto y su figura mantenía el mismo gesto arrogante con el que anduvo por las plazas del mundo: Manolete había muerto.

La feria de Jaén continuó. Por nuestra plaza pasaron otros muchos toreros, pero la verdad es que ya no se volvieron a repetir aquellos carteles de tanto prestigio y tanta categoría como los que había ido relatando en las que la figura de Manolete era principal protagonista en unión del maestro Domingo Ortega. Tenía tanta categoría la feria de San Lucas de Jaén, que está escrito que hubo cronistas que decían en la prensa de la Capital de España, que Jaén conseguía año tras año, lo que no conseguía Madrid, reunir a las dos figuras más importantes del momento y que eran Manolete y Domingo Ortega.

La feria de octubre de Jaén continuó celebrándose, pero aquellas casetas modestas a las que me refería al principio desaparecieron para dar paso a otra más grande, pero que ya no tenía la gracia y el salero de las de aquellos primeros años de terminada la guerra civil. Se dejó de tomar manzanilla, jerez y montilla y se dió paso a la zarzaparrilla con nombre americano. Ya no se bailaban tantas sevillanas y nuestra pastira y nuestro chirri desaparecieron de la escena de la feria, para dar paso a largos trajes de noche que lucían señoras muy ensortijadas, que pertenecían a la sociedad nueva que había surgido en Jaén al amparo de la nueva industria y de nuevos comerciantes. Dejaron de venir aquellas bailaoras flamencas y en el escenario de la gran caseta se escuchaban voces que, para muchos, motivaban el bostezo y el aburrimiento. Pertenecían a una época que a muchos no nos acababa de convencer ni de agradar.

Pero debido a la labor interesantísima que viene realizando la Asociación Lola Torres y la Peña Flamenca de Jaén, han vuelto a verse nuevas casetas tan modestas como las de los años 40, pero que están llenas de alegría, porque en ellas las muchachas de Jaén y nuestros muchachos, vestidos ya de pastira y de chirri, bailan y cantan nuestras coplas que es el alma de Andalucía. Se vuelve a beber el vino de Jerez y de Montilla y esto motiva a que el jolgorio sea grande en estas casetas en donde además de las sevillanas, tan típicas en toda Andalucía, se baile el bolero de Jaén y se canten esas jaeneras que tanta emoción nos producen cuando las escuchamos y además lo hacen con tal amor, con tanto corazón y tanto brío que ya, hace muchos años, nuestro querido paisano don Antonio Alcalá Venceslada, hacía mención a ello en una acuarelilla de Jaén, que dice así:

*Un Castillo con la Cruz
por cimera.
Parda nube por montera
del Cerro de Jabalcuz.
Nieve pura en la Pandera.
Aire fiero.
¡Que bravo el viento jaenero!
brama, ruje, vuela y gira,
como giran cuando bailan el bolero
un chirri y una pastira.*

Como vemos vuelve a surgir un renacimiento de nuestra feria en sus bailes y en sus canciones. Tenemos plaza, tenemos afición a la fiesta nacional y ello dará lugar a que antes o después volvamos a ver buenas corridas de toros y entonces el camarero de Linares tendrá que rectificar y se verá obligado a reconocer que para ver buenas tardes de toros hay que estar en la plaza de Linares, nuestro Linares, y en la de Jaén, nuestra Capital. Volveremos a sentir la emoción de aquellas tardes gloriosas de Manolete que tanto prestigio dieron a Jaén. Pero su recuerdo ocupará un lugar preeminente entre todos, porque aquella manera de hacer el toreo y aquella hombría de bien no suelen darse con frecuencia.

• FRANCISCO OLIVARES BARRAGAN: SEMBLANZA DE SAN ANTON
CON ALUSION A LAS TRADICIONES.

Avanza la cena. Ya es medianoche. Fuera sigue el tiempo desapacible. Nuestro contertulio, Francisco Olivares Barragán, como buen veterinario, nos habla de San Antón, protector de los animales. Como buen escritor costumbrista se refiere a las fiestas entrañables que en torno al glorioso San Antón suelen celebrarse de una manera especial por su tierra del Condado. Paco Olivares completó su brillante intervención con unas ilustraciones musicales. Estas fueron sus palabras, que tuvieron acentos de encendido fervor a San Antón y de cariño sin limitaciones a nuestras costumbres:

El amigo de los Amigos de San Antón nació en Egipto, en la ciudad de Coma en los confines de La Tebaida en el año 250 de nuestra Era. A los veinte años de edad, y estando un día en la Iglesia, oyó el pasaje del Evangelio de San Lucas (XVIII, 22) que dice: "Si quieres ser perfecto, anda, vende todo cuanto tienes y dá el importe a los pobres". Cumplió este mandato, dando cuanto tenía, y dejando para él y una hermana suya una pequeña cantidad para sobrevivir. Al poco tiempo escuchó las palabras de San Mateo: "No paséis cuidado el día de mañana", y entonces repartió lo poco que le quedaba y se retiró al borde de una tumba para hacer penitencia. Como no le bastaba con esto, se marchó a un castillo arruinado que había en la orilla del Nilo. Más tarde se retiró nuevamente cerca de la orilla occidental del Mar Rojo, donde había una pequeña cueva rodeada de palmeras. En este lugar vivió veinte años haciendo sin parar ejercicios de oración y penitencia. Hizo a su cuerpo tales mortificaciones que no se conocen otras igual, aún tratándose de los más austeros penitentes. Quiso probarlo Dios y por medio del espíritu del mal lo acosó con las más terribles pruebas y tentaciones, de las que siempre salta probada su virtud. A los sesenta y un años salió de su retiro para marchar a Alejandría para animar a los cristianos que eran perseguidos por Máximo, aunque pronto tuvo que abandonar la ciudad por orden del Prefecto. Catorce años después volvió a Alejandría para combatir a los arrianos.

Poco a poco fue creciendo su fama de santidad y acudieron a él muchos visitantes, y bastantes de ellos construyeron sus celdas alrededor de la suya para que les dirigiera sus vidas en la mortificación y santidad. Murió en el 356 a los ciento seis años de edad y fue asistido por sus dos discípulos inseparables en sus quince últimos años, Macario y Amathas. Su biografía fue escrita por San Atanasio. Su última disposición fue que lo enterraran en lugar secreto. A San Antonio Abad, también conocido por Antonio El Ermitaño, se le atribuyen siete cartas dirigidas a varios Monasterios de Oriente, y se conservan en traducción latina en la Biblioteca Patrum. Desde el momento de su muerte le rindió culto la Iglesia de Oriente y la Latina desde el siglo IX. Su fiesta se celebra el día 17 de Enero. Hay muchas representaciones de nuestro Santo y siempre lo vemos haciendo penitencia con una llama de fuego a su lado, en representación de los milagros que hace en la curación de la Erisipela, también conocida por esta causa como "Fuego Sagrado" o "Fuego de San Antonio". Siempre se le representa con un cerdo a su lado en conmemoración de las tentaciones que sufrió en el desierto y a los puercos de los demoniacos gerasenos, que según el Evangelio fueron conjurados por Jesucristo.

He creído oportuno traer aquí estas pinceladas de la vida de San Antón, ya que al ser Amigo nuestro, debemos ir conociéndolo para admirarlo más.

Su relación con los animales debe venir de su eterna compañía con el cerdo. Son muchos los pueblos de nuestra provincia, por no decir la totalidad, que de una forma o de otra, festejan al Santo. Algunos lo tienen como Patrono y a él de una manera especial le dedican sus fiestas. Otros le tienen tal devoción, que en la noche del 16 de Enero, víspera de su festividad, encienden hogueras en su honor, como forma de pedir su protección para los animales.

Algún pueblo ha querido perpetuar su nombre y le han dedicado alguna Iglesia. Es el caso de Alcalá la Real. La Iglesia de San Antón de esta Ciudad recuerda por su clasicismo a Ventura Rodríguez. Se comenzó en el año 1744, siendo costeadada con las limosnas que pidió a los fieles el Jurado de Alcalá, don José Ruiz Castellanos. En el año 1753 se terminaron las obras. En esta Iglesia existían varios retablos muy interesantes y que fueron destruidos en 1936. El mayor de ellos estaba dedicado al titular del Templo y fue ejecutado por el Maestro retablista José de Priego. A la derecha de éste estaba el de San Juan Nepomuceno que fue mandado dorar por el Abad Mendoza y Gatica. Cuando se derrumbó la Ermita de la Caridad del Llano, fue trasladada a esta Iglesia la Virgen de la Aurora que allí había. También fue trasladado el Cristo de la Misericordia que se veneraba en la pequeña Capilla de Capuchinos. Actualmente tiene un retablo de M. Medina que fue realizado con algunas piezas de otros retablos, y varias columnas de la Iglesia de Santa Ana.

Ya decimos que algunos pueblos de nuestra provincia tienen a San Antón como Patrono. En dos de estos pueblos se da la circunstancia de que fueron de los fundados por Carlos III en Sierra Morena. Nos estamos refiriendo a Aldeaquemada y Arquillos. No sabemos la causa de esta coincidencia.

En Aldeaquemada se celebra de una forma muy especial en recuerdo de lo que hacían aquellos primeros colonos que ponían bajo la protección del Santo a sus animales. Dos días antes de la fecha, 17 de Enero, van acumulando leña de la cercana Sierra para la gran hoguera que se prenderá en la plaza pública, el mismo día del Santo por la noche, a la que sigue un impresionante Castillo de fuegos artificiales. Por la mañana hay en la Parroquia una Misa solemne, seguida de procesión con la Imagen del Santo, por las principales calles de la población. Después de la procesión se reparten entre los asistentes los "roscos de San Antón", que previamente en la Misa se habían bendecido. Estos roscos les son dados a los animales para que los coman y de esta forma ser protegidos por el Santo, contra toda clase de enfermedades. La Hermandad de San Antón invita a todo el pueblo después del reparto de los roscos. Ya por la tarde son llevados los animales a la plaza para ser bendecidos. A continuación se celebra una carrera de caballos en el lugar conocido por La Línea en el camino de La Cimbarra, con un premio para el ganador. Aunque ya se va perdiendo la costumbre, antiguamente colocaban un gallo sobre un palo pinchado en el suelo y le disparaban con escopetas cargadas con balas, siendo el trofeo, en este caso el gallo, para quien consiguiera darle de lleno. Y así se llegaba a la noche, que como decimos se prende la gran hoguera alrededor de la que se cantan y se bailan las típicas canciones de la tierra. Todo está amenizado por la banda que suele ir de algún pueblo cercano para acompañar a la procesión, o por un moderno "conjunto" para el baile que empieza cuando se va consumiendo la hoguera y dura hasta la madrugada.

En Arquillos, la otra población que lo tiene como Patrono, también se celebran festejos de una forma muy particular. La víspera de la fiesta, el Alcalde en la Iglesia, renueva el Voto de Ayuno y Abstinencia en agradecimiento por haber librado a la población del cólera. El "Pelotero", un hombre de la localidad, vestido de Demonio, corre y danza por las calles del pueblo con un látigo, en cuyo extremo lleva atada una



Imagen de San Antón de estilo románico que conserva una familia de Campillo de Arenas. Perteneció a la primitiva parroquia de tiempos de la fundación de la Villa.

alpargata vieja con la que golpea a cuantos encuentra a su paso. Esto simboliza las tentaciones del Santo en el desierto. También celebran fiestas de toros con los ya clásicos encierros.

Aunque la lumbre es siempre el motivo principal en casi todos los pueblos, hay algunos que lo celebran de alguna forma especial como ocurre en Arjona con sus viejas canciones, en Génave con sus bailes, en Jaén con sus Melenchones, en Mengíbar con sus saltos sobre las lumbres, en Villarrodrigo con sus patatas asadas y vino de la tierra o en Cárcchel con sus corros, pero como ya decimos son las lumbres las que caracterizan estas celebraciones, y no solamente en los pueblos, sino en los cortijos, en cuyas puertas se van quemando esa noche del 16 al 17 de Enero todo lo viejo que se ha ido acumulando a lo largo del año, alimentado con el ramón de las olivas, que ya se hayan cogido por esas fechas.

Quiero hacer, aunque sea corta, una referencia a Santisteban. En este pueblo, al igual que se hace en otros, se soltaba un cochinito en la calle, donado por algún devoto de San Antón, que era alimentado por todo el pueblo. Al llegar la época de las matanzas, este cerdo, ya cebado, era rifado por la Cofradía de San Antón. Se conocía como "el rito Antón", y cuando era hembra por "la rita Antona". Algunos años eran varios los cerdos que circulaban por las calles, cerdos que cuando sentían frío, se entraban a dormir en el primer portal que encontraban abierto, sin que nadie se atreviera a echarlo jamás a la calle. Esta costumbre, como tantas otras, ya se ha perdido en este pueblo que tanta devoción sentía por San Antón, hasta el punto de que en la Iglesia de Santa María se levantaba un magnífico altar con un interesante retablo con la Imagen del Santo. Aquí se conserva aún la tradición de las lumbres, y en la noche del 16 de Enero, el pueblo se convierte en un ascua, pues en todas sus calles son encendidas grandes hogueras, y todos los mozos, y los que no son tan mozos, cantan y bailan alrededor de las llamas, hasta el amanecer, viejas canciones de este escondido rincón de la provincia. Una, quizás la más popular es la "María Juana" que tiene un estribillo igual a otra titulada "Geringonza del Fraile" y que en el Cancionero Popular de Jaén, la hace oriunda de Ubeda, doña Lola Torres, aunque nació en Santisteban. Dice así:

*La María Juana
la que esquilaba
bebía vino, se emborrachaba,
como era tuerta, con el culo atrancaba
la puerta.*

*Salga usted, que la quiero ver
bailar y brincar
dar vueltas al aire.*

*Estas son geringonzas del Fraile
Déjala sola, solita y sola
sola bailando.*

*Esta niña se va paseando
busque compañía la de la caña.
Salga usted que la quiera ver
saltar y brincar...*

Otra que se canta y baila es la conocida "Tarara" que se baila y canta en tantos sitios, aunque con diferentes letras.

"Al de la gorrilla le caiga un rayo" es otra canción que con "La flor del romero", tan conocida en toda la provincia, no se dejan de cantar en las lumbres de San Antón, y que aunque Doña Lola Torres la dá como nacida en Jaén, son muchos los pueblos que se atribuyen su paternidad. En la misma Aldeaquemada he oído decir que allí nació.

• VICENTE OYA RODRIGUEZ: REFLEXION, EN VOZ ALTA,
SOBRE LA VIEJA Y LA NUEVA CIUDAD.

El prioste de "Los Amigos de San Antón" me distinguió otra vez al concederme la palabra. Estaba yo un poco aturdido, tomando notas, como cronista de la cena. Contento por compartir la noche con tan buenos amigos. Preocupado, nervioso, pero alegre. Dije unas palabras sueltas, como introducción. Y luego saqué del bolsillo unas cuartillas. Fue algo así como una reflexión, en voz alta, sobre la vieja y la nueva ciudad. Los archivos son como la memoria de los pueblos... Y, bueno, esto fue lo que dije:

En todo tiempo el hombre ha soñado ciudades. Desde la "Atlántida" de Platón a la "Utopía", de Moro; desde la "Ciudad de Dios", que forja San Agustín, a la "Ciudad del Sol", que delira fray Tomás de Campanella, el hombre ha ido poblando las nubes con ciudades deseadas como si quisiera refugiar en ellas su fatiga del mundo verdadero.

Aquí, entre nosotros, los Grandes Místicos, Teresa de Jesús, con el trasunto impresionante del "Castillo Interior", y Juan de la Cruz, que oye tocar a maitines desde la Ciudad Celestial, sueñan otras ciudades.

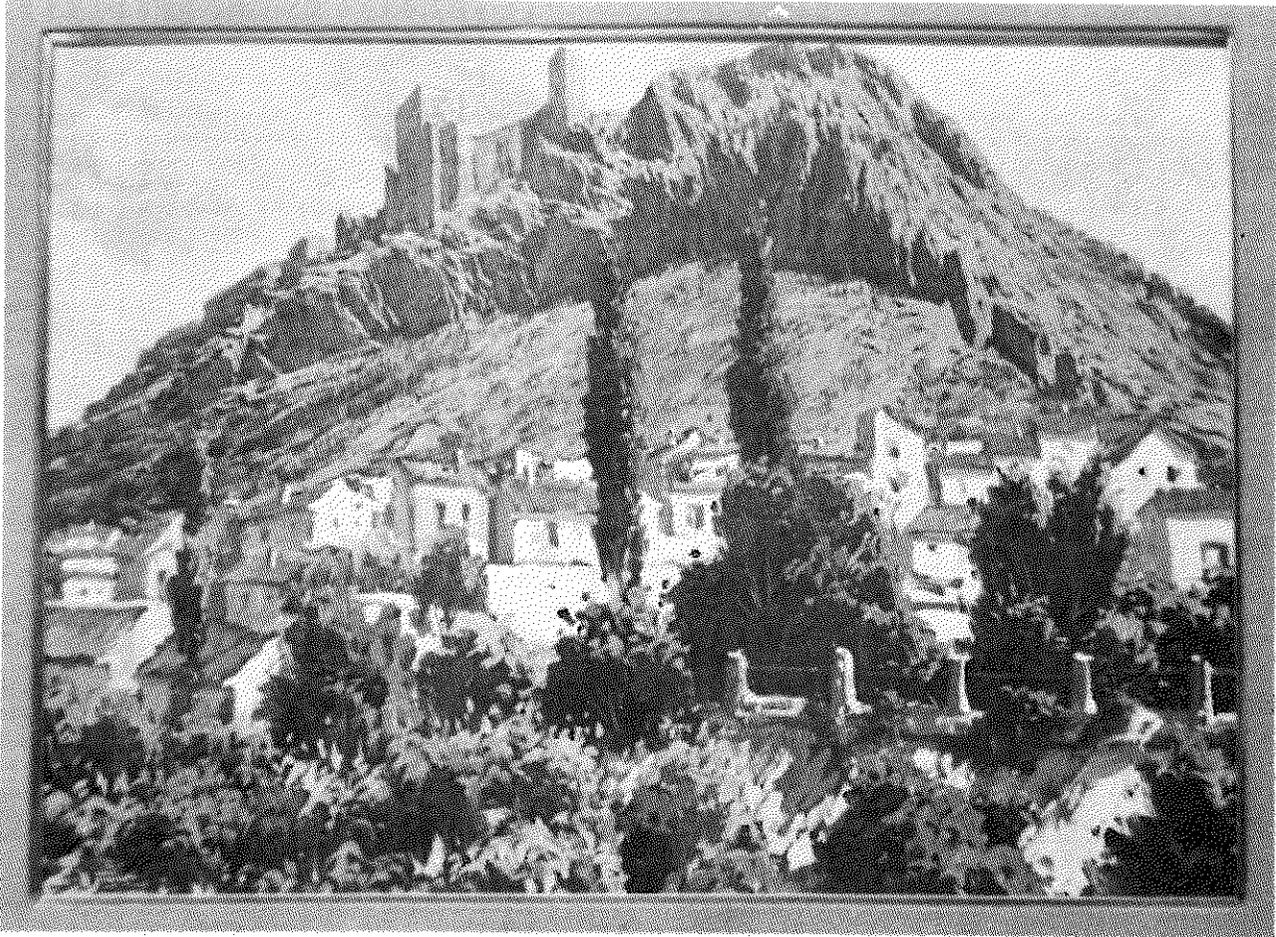
Como don Quijote de la Mancha, en volandas, en la locura de sus vientos, que se construye un mundo especial para él, tal vez queriendo hallar una ciudad donde no tenga necesidad de enderezar entuertos.

Un 21 de abril de 1959 los teletipos de todos los periódicos del mundo saludaban la noticia de uno de los fenómenos sociales más importantes de nuestro tiempo. Era la inauguración oficial de la Ciudad de Brasilia, capital de Brasil. Quienes la concibieron, desearon hacer una ciudad distinta. La hicieron grandiosa, con fisonomía que gesticula el estilo de nuestro tiempo. En plena selva, buscándole el corazón a un pueblo tan grande como toda Europa. La ideó Lucio Costa y la edificó Oscar Niemeyer y ambos se hicieron el uno hueso y el otro carne de una urbe en la que todo parece estar calculado y medido. Como si aquellos planeadores de Brasilia se hubieran propuesto, en nombre de la Humanidad, no sólomente buscar la ciudad ideal, sino hacer como un acto de desagravio, porque esa misma Humanidad, años antes, en la frenética carrera del progreso, había destruído Hiroshima, para iniciar la Era Atómica; o había de levantar después muros de vergüenza, para dividir a los hombres de Berlín. Muros como los de los castillos feudales, o de los reinos de taifas o de los aposentos amplios y cómodos de una alta y hermética burguesía.

Pero Brasilia, con todos sus encantos, ha llegado a tener un aspecto destartalado y dicen que da una sensación de vacío.

Sigue el hombre soñando ciudades desde la imaginación desbordada de Julio Verne a la conquista de la Luna. Como en un continuo despegarse de la tierra. Buscando ciudades soñadas en el fondo de los mares, o en los aires, sin ruidos, sin cementerios de coches, sin desguaces de residuos radiactivos.

Todas las ciudades tienen raíces. Nacieron de un ciclo vegetal. Como nuestro Jaén que nació del olivo. Brasilia, sin embargo, nació como encarnada en una misión política. Pero nada más. Sin antecedentes. Sin historia, sin archivos. Sin que fuera templada y moldeada por la lenta agonía de los siglos. Nació como una ciudad del futuro y para la esperanza.



Vista de Jaén desde la Senda de los Huertos (A. Parras).

Pienso en la ciudad de Jaén. En esta ciudad nuestra de nuestros amores. Rompeolas de luchas y culturas. Tierra de paso y encrucijada de caminos. Tierra de atracción donde la geografía manda como en ningún otro sitio.

Georges Chabot, profesor de la Universidad de París, dedicado al estudio del fenómeno urbano y de su relación con la geografía humana, nos habla de las funciones urbanas que imponen modos de vida y dan razón de ser de las ciudades.

Jaén, nuestro Jaén, es ciudad con múltiples funciones a lo largo de su historia. Población militar, porque se hace ciudad-fortaleza, a los pies de su castillo, ceñida por sus murallas; ciudad con función comercial, porque, en todo tiempo, tuvo sus mercados; con función industrial, por su viejo esplendor artesano; con función terapéutica, por su famoso balneario de Jabalcuz; con función intelectual, por su Vieja Universidad y sus Colegios famosos: con función religiosa, por las peregrinaciones del Santo Rostro; con función administrativa, por ser centro de la vida oficial de una gran provincia.

En los confines de la Historia tiene Jaén un mercado prehistórico, unos santuarios, unas peregrinaciones. El enfrentamiento de Cartago y Roma se hace con Jaén en medio. Aquí se clavan los romanos porque esta tierra les da trigo, aceite y minerales. Alguien ha dicho que Jaén es símbolo de romanización y madre de los primeros latifundios. Por aquí pasan los grandes caminos que van a Cástulo, ese gran regalo que hace Roma a Jaén. Aquí, desde San Eufrasio, uno de los Varones Apostólicos, que evangelizó esta tierra, se asienta el Cristianismo con preclaros y famosos obispos. Jaén moro y cristiano en la noria de los tiempos. Las Ordenes Militares tuvieron su punta de lanza en nuestra tierra. Entre nosotros florecieron culturas tan interesantes como la de "Los Adelantados" y fueron posibles los romances fronterizos. Y se hicieron carne y hueso los parias del Rey Fernando. Jaén artesano y de los cien oficios. Campamento de la conquista de Granada. En los siglos XV y XVI parece como si Castilla viniera a colazarse en ciudades como Jaén, Ubeda o Baeza. El Jaén luminoso del siglo XVI da paso al Jaén del XVII en que aparecen los filones mineros y nace como un desgarró de la entraña misma de la tierra esa oración del trabajo de la mina que es la taranta. Renace Jaén en el siglo de la Ilustración que es también siglo de caminos. Jaén de Sierra Morena, paraíso de bandoleros sentimentales. Jaén bélico. Caliente en la lucha. Ardoroso. Las Navas y Bailén. El Jaén que arranca un relato a Víctor Hugo o que promueve preguntas en Miguel Hernández.

Jaén es, a poco que profundicemos, con cariño, en las entrañas mismas de nuestra tierra, vanguardia de los cambios de la Historia de España.

Pero hoy las ciudades han cambiado. Pienso, con el profesor Pinillos Díaz, que la ciudad moderna es un repertorio de posibilidades vitales que contribuyen al desarrollo de la plenitud humana. Y al contrario. Repertorio de imposibilidades para que sea realidad esa plenitud humana. La ciudad es algo contradictorio. Le salen barrios con bloques sin vida. Brasilias sin sentido. Y en esa transformación impresionante, en que la ciudad se despersonaliza, se deshumaniza, se da la masificación, la anomía, la frustración, la alienación. En la ciudad crece el vandalismo, las enfermedades sicosomáticas, las drogas, el suicidio.

Pienso que Dios hizo los campos y dejó que el hombre construyera las ciudades. Por eso, apunta Tagore, los campos son más perfectos que las ciudades.

Pienso también que el hombre ha hecho a la ciudad mientras la ciudad está deshaciendo al hombre. Alguien ha recordado recientemente que si el hombre no salva a la ciudad él no se salvará. Y es que ha de caerse en la cuenta de que la ciudad ha de estar al servicio del hombre y no la ciudad del todo al servicio de la economía.

Pesa mucho la historia en Jaén. El vertiginoso correr de los tiempos ha visto aquí

mucho de nobleza, de sacrificios y de renunciaciones. Escrita está la Historia en el Libro de la Tierra. O llenando de luz viva y de honda emoción la superficie de unos pergaminos muy viejos.

Hace unos días, con ocasión del III Coloquio de Historia Medieval Andaluza, que ha tenido su sede en Jaén, el profesor José Rodríguez Molina, del Colegio Universitario "Santo Reino", de Jaén, presentaba el catálogo histórico municipal de Jaén, que comprende documentos desde 1351 y actas capitulares desde 1476, constituyendo esta catalogación un verdadero rescate para la historia de la ciudad.

Quiero que estas palabras mías se interpreten como una reflexión en voz alta, para que todos, desde cualquier ángulo, ahondemos en el conocimiento de la ciudad y nos esforcemos en la defensa, protección y divulgación de sus valores históricos, artísticos, monumentales, tradiciones, costumbres, folklore, etc., tal como propugna, desde su creación, esta benemérita Asociación de "Los Amigos de San Antón".

Es necesario que, entre todos, contribuyamos a recabar entre todos la conciencia genuína de lo jaenero y de lo andaluz que nos ha sido sistemáticamente truncada.

Echemos, finalmente, una mirada al mundo clásico. Para los griegos la casa vive del fuego que nunca se debe de apagar. Ni de noche ni de día. Casa sin lumbre es sinónimo de hogar fallido para el mundo griego. La ciudad es la casa grande donde vivimos y donde nos esforzamos. Conocer a nuestra ciudad equivale a amarla. Defender sus derechos y cumplir con las obligaciones que nos impone es tanto como mantener el fuego sagrado de todo aquello que no se puede apagar en la ciudad de Jaén. Cuando miramos a la Cruz del Castillo se refleja en nosotros la bendición permanente del signo de la Redención. Y cuando oímos las campanas de la Catedral, y sabemos oirlas, estamos haciendo más grande nuestra ciudad. Que esas campanas tienen bronces más viejos que los bronces de las campanas de Brasilia. Son campanas que ahondan sus raíces en la historia y que abren paso a la esperanza.

• RAFAEL ORTEGA SAGRISTA: URNAS DE VIRGENES Y SANTOS

No había ni un atisbo de cansancio. Todos estábamos en nuestra salsa. En nuestra cena. En una palmatoria, donde lucían las velas, se consumía el fuego de la verdadera amistad. En esto que se pidió la palabra a Rafael Ortega Sagrista, escritor, costumbrista de primera fila, que nos trajo, al calor de la noche otoñal, un bellissimo cuento sobre las típicas y desaparecidas "urnas" de Vírgenes y Santos que hasta hace pocos años se llevaban a las casas. Bellísimas imágenes literarias, gracia expresiva la de Rafael Ortega:

Esta noche de la Milagrosa, en que milagro parece vernos reunidos en tan señorial casería del sitio y senda de Pedro Codes, entre olivos de ramas palmeadas por el cosechón de aceituna, les voy a contar a ustedes algo sobre las urnas.

Dice Leopoldo Calvo Sotelo que las urnas son el único camino que tenemos los españoles para entendernos. El caso es que, cuando menos lo pensamos, ya están las urnas esperando nuestros votos locales, autonómicos o estatales. Por lo visto, pues, nos entendemos con demasiada frecuencia.



Reparto de las Urnas (J. Puga).

Aunque a mí, particularmente, lo que más me excitó siempre de las urnas, fue el pucherazo.

Que en un colegio la elección iba mal para un partido: Pues entraba un agente electoral con su gancha, y garrotazo a la urna, fractura de cristales, y se echaba un puñado de papeletas dobladas sobre las que ya habían depositado los electores.

Y se acabó la votación.

Hoy, las urnas son de plástico, y el chistoso pucherazo se ha perdido, por lo que las urnas resultan verdaderamente aburridas en su función repetitiva.

Pero no se alarmen ustedes. Dios me libre de aguarles el excelente vino que tenemos en las copas, con tan prosaicos artefactos.

Lejos de mí, en esta hermosa noche de ocuparme de las urnas políticas.

No voy a referirme a otras urnas más poéticas.

De otras urnas que en este día de la Milagrosa parece que vienen a colación, y su memoria cobra actualidad.

A ustedes, amigos de San Antón y Orden Tercera, les dedico este cuentezuelo del viejo Jaén:

.....

En la calle Salineros, esquina a la de la Plata, vive Cecilia, la de las urnas. Barrio de San Felix, parroquia del Sagrario...

Cargada de años y de suspiros, tiene un nietecillo huérfano, cuya gracia es Jacinto.

Su casa es antigua, vieja, labradora, de muros desplomados bajo conchas y conchas de cal, de manos y manos de blanqueo. Junto a la puerta hay una ventanica cuadrada, enrejada en cruz, para hablar con el novio en su juventud lejana: ¡pobre Vicente, tan apañao...!

Y a la vuelta de la esquina, se abre otra puerta, con gatera redonda. Es la cuadra donde su cuñado encierra una borrica gris rucia, que llaman Pastora.

Los tejados son una pesadumbre que comban las añosas vigas de Carchelejo. La chimenea es espantosa, grande y destartalada.

Arriba hay una reja. Una reja nada más. Saliente, de rosas forjadas antaño, en las ferrerías del rey, allá por el priorato de San Benito. Y en la reja cuatro tiestos de geráneos y un cachucho de flores encarnadas de tallos largos: la alegría de la casa.

Cecilia lleva urnas que toma de algunas asociaciones piadosas. Y también reclinatorios.

Por la mañana temprano, los reclinatorios, con sus almohadones de felpón colorado y las letrs de la Luz y Vela bordadas en pajizo: ¡la bandera nacional! ¡Y como pesan! ¡y qué incómodos de llevar, a veces tan lejos, de jubileo en jubileo...!

Y al atardecer, las urnas. De casa en casa; de escalera en escalera, aguardando que se acerquen pasos quedos, que la abran, manos torpes...

La Milagrosa o Santa Rita. La Virgen del Carmen y ánimas. San Antonio, San Juan de Dios... Cada imagen en su urna vertical, enfundada. Y en lo alto, su asa. Cecilia les limpia el cristal, empañado de besos devotos. Y abrillanta la madera con una chispita de aceite...

.....

Anochece. Cecilia y su nieto de la mano, recogiendo y llevando urnas. Llega a una casa, llama al aldabón. O tira de un cordel: la campanilla. Alguién responde, allá adentro:

—¿Quién?

—¡La Virgen! (o Santa Rita, o San Blas).

Pasos lentos que se acercan, y una puerta que rechina, perezosa.

—Buenas noches nos dé Dios.

Y Cecilia va quitando con cuidado la funda de dril; la dobla con esmero y se la guarda bajo el mantón, en el bolsillo de su delantal.

Quizá hay un enfermo en la casa, y una voz doliente que clama desde la alcoba.

—¡Aguarda, aguarda! ¡Tienes una visita! ¿Sabes quién ha venido?

¡La Virgen! (O San Antonio, o la Sagrada Familia, o el Niño Jesús de Praga).

Y Cecilia sigue a la señora por el pasillo, largo y oscuro, que huele a alhucema, a papel de Armenia. Y deposita la urna sobre una cómoda, junto al quinqué de respeto.

Después levanta la aldabilla, abre las puertecitas decoradas en su interior, y alza el penacho calado en dibujos góticos.

La hornacina se transforma en ingénuo retablo y da frente al lecho ocupado.

Se receba de aceite el vaso azulado. Se enciende la mariposa, y una llamita parpadeante arrojará sombras y resplandores en la noche larga del enfermo.

La señora introduce unos céntimos por la rendija del cepillo que hay en la parte inferior de la urna. Y da una misteriosa limosna a la santera, a la par que pregunta:

—¿Y la celadora, como sigue?

—Está muy echada a perder.

En efecto, doña Paula está muy echada a perder, y aunque el médico le manda que tome goma, mucha goma, el remedio no le alivia.

—Déle usted un recadico.

—De su parte. Y que haya mejoría.

Cecilia dice con Dios y se va. En el zaguán recoge otra urna que dejó detrás de la puerta, un poco escondida, o al cuidado de Jacinto, pues ya en una ocasión, cuando volvió, la urna había volado...

.....

Una vez al mes, Cecilia y la urna van a casa de la celadora. Celadora de la pía unión o del pan de San Antonio; de las rosas de Santa Rita; del "Pecado mortal" o ánimas del purgatorio. Viejas señoritas, venerables viudas de luto eterno, que abren con su llavecita el cepillo de la urna, lo vacían y cuentan. Cuentan las escasas monedas, las exiguas ofrendas recaudadas en las pobres casas que la imagen visita. Y luego le dan a Cecilia una escasa parte, una retribución insignificante, que ella guarda despacio en su faltriquera, o la lía en su pañuelo. Y se hace cargo de las hojitas devotas para distribuirlas entre las suscriptoras que forman el coro.

Cecilia vuelve ya de noche a su casica de la calle Salineros. En el Recinto, por la plazoleta de San Félix hay un hombre con su cesta sobre un catrecillo de tijera, que vende chucherías y vulcanicos de papel: rosa los unos; azules, verdes los otros. Jacinto los mira con ojos muy abiertos, y luego los vuelve, suplicantes, a su abuelilla. Y la pobre mujer le compra uno, y el niño, feliz, corre y corre, y el molinete o el zagaviento gira y gira, y Cecilia le sigue cansada, conforme con su poquedad, digna.

Y así días y días, estaciones, años y años, repartiendo santos y devociones a domicilio, contenta con lo que tiene, con lo que Dios ha querido darle...

.....

Ya no vemos al anochecer ni a Cecilia, ni a María, ni a Anica o a Hortensia, con sus urnas enfundadas, repartiendo santos y devociones a domicilio...

Los tiempos, las prisas, los ascensores; los semáforos y los pasos de cebra, los autobuses... no son caminos ni medios apropiados para distribuir candorosas imágenes a hogares donde ya no se llevan, no están de moda, donde hasta la Santa Cena se ha descolgado del comedor...

• **MIGUEL CALVO MORILLO: EVOCACION DE BERNARDO LOPEZ.**

Tras un leve descanso fue invitado a hablar el poeta de "Los Amigos de San Antón", Miguel Calvo Morillo, que nos leyó sus versos, premiados en un certámen nacional, dedicados a Bernardo López García, cantor del "Dos de Mayo". Emotivos, patrióticos, los versos de Miguel. Siempre lleva nuestro poeta un "brazao" de poemas para leerlos y para regalar su fina sensibilidad. Y como los versos le salieron redondos a Miguel Calvo, aquí están para el lector:

Sobre esta piedra colosal y hermosa
sus cúpulas de luz la levanta.

"A mi esposa" Soneto de B.L.G.

*Me gusta pasear por tus silencios:
escalones de piedra, pinas calles,
rincones de misterio donde a veces,
sorpresa, resucita el pasado
sobre el negro pañuelo de una anciana
o en las voces pequeñas de la fuente.
No han muerto todavía, te aferras,
Jaén, a los recuerdos que palpitan
en las entrañas grises de la roca
coronada por el viejo castillo,
anclado en el secreto de lo azul
y en donde el sol deposita en la tarde
el oro ardiente de su leve agonía.
En la callada Senda de los Huertos
donde el aura tamiza sus tremoles,
y en las voces de bronce que aún estrenan
el límpido cristal de la campana
desde las altas torres parroquiales...
Me gusta pasear por tus silencios
y sentir la caricia de tus manos,
—espesa niebla gris y de misterio—
en las noches heladas de noviembre,
mientras las horas pasan lentamente,*

*Quiere el tiempo pasar, insiste; pero
yo me detengo y remiro un cascote
de arcilla con el vívido tacto
de la mano alfarera que modeló
su encanto. Miro el hierro ennoblecido
por el fuego y el yunque. Miro el verso
como marchitos pétalos de rosa
sobre la mano abierta del destino.
Miro la luz quebrarse cada día
—clarioscuros perfectos— en la piedra:
custodia, catedral o relicario
que labrara el cincel de Vandelvira;
donde tus ojos niños presintieron
emociones celestes, pensamientos
altivos como flechas, el temblor
de los primeros versos, que brotaron,
como siempre, para ahogar las penas.*

“la luz, el monte, la aurora”

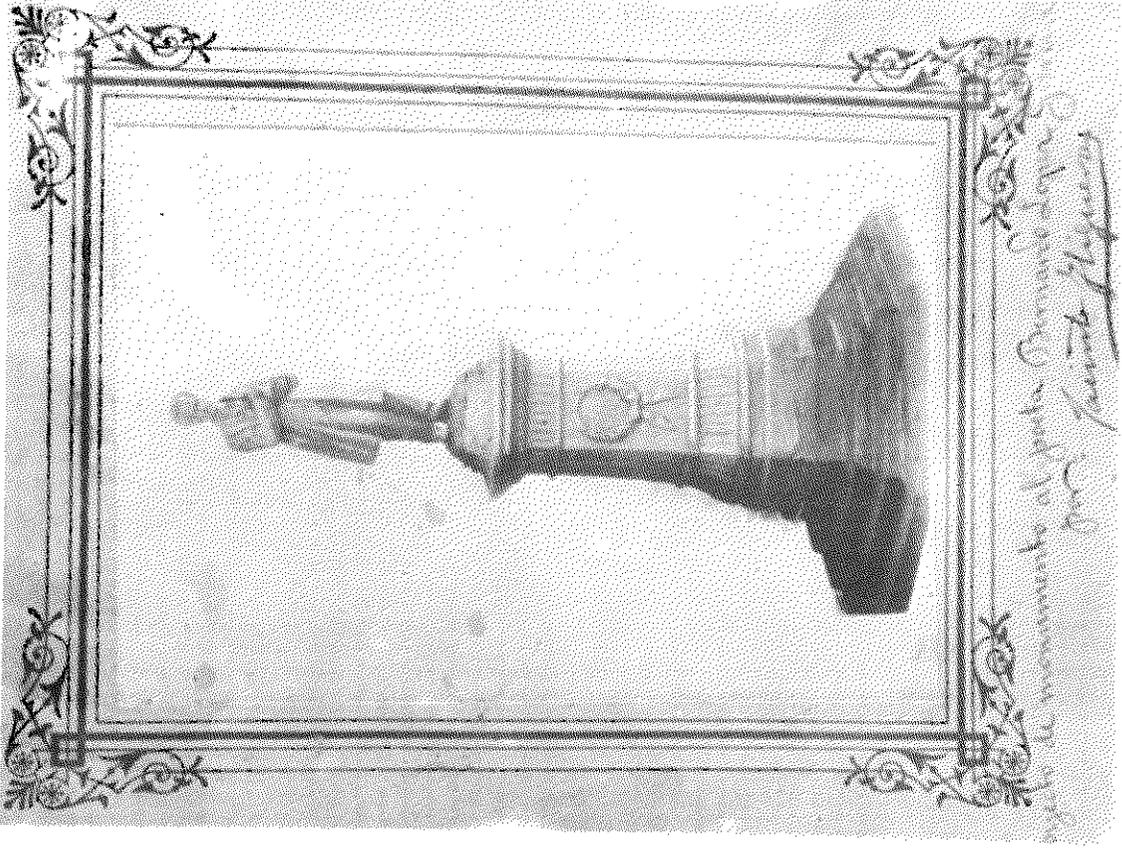
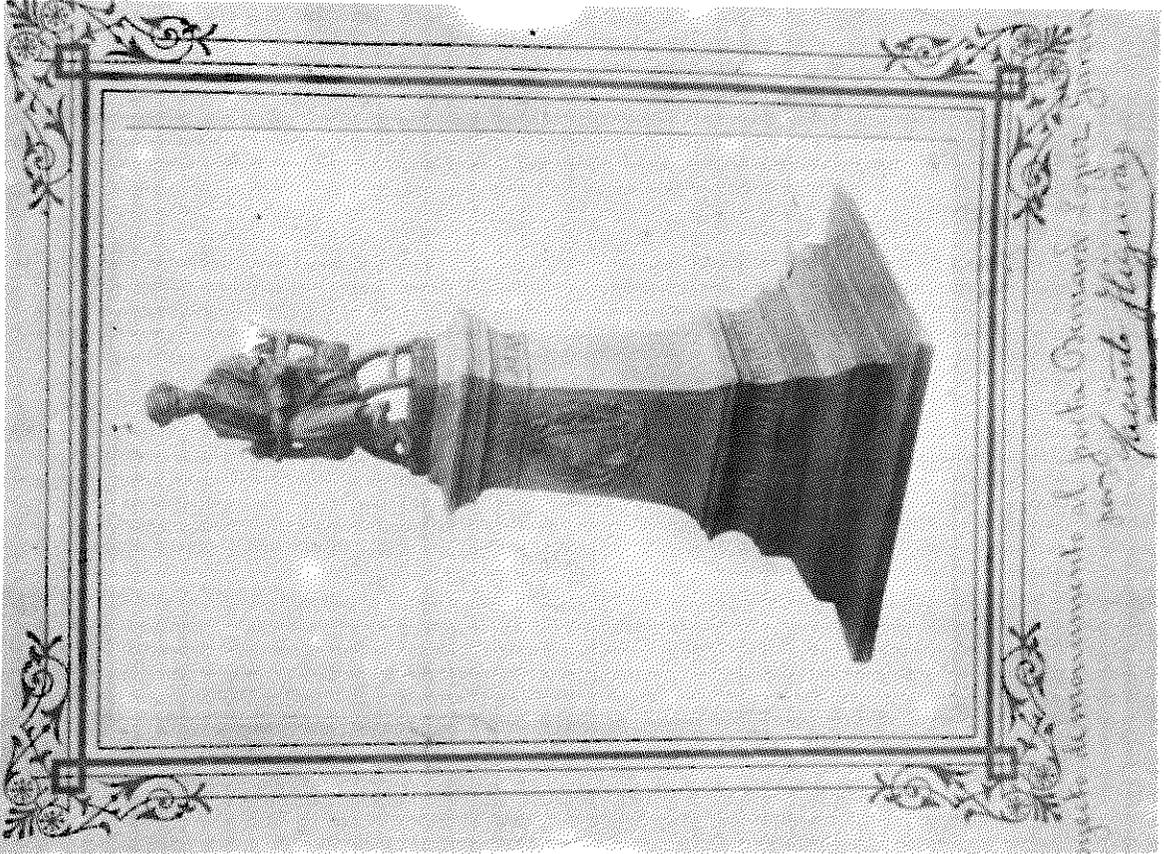
Arte.- B.L.G.

*Mas, tus sueños, miraban horizontes
abiertos a la extensa lejanía.
Profundos horizontes donde Jaén
no encuentra el murallón de las montañas
y se desborda inmenso como un río
de doradas campiñas y olivares.
Horizontes del siempre desgarrado
grito de libertad que nacerá
en tu alma: semillero para el verbo
ardiente como el sol de Andalucía.
Del olivo al olivo, tu arte va
desgranándose como la espiga.*

Y

*Granada, tornasol donde la tarde
detiene sus reflejos y se olvida
de la noche —rumor de transparencias
o alféizar de la gracia—, sosegó
el cauce de tus pasos juveniles,
para en Madrid —posada del ingenio—,
cargado con tus penas y un bagaje
de estremecidas alas en la frente
buscar los rumbos norte de la gloria.*

*Trovero de la fe o de la patria,
el dolor templó tu frágil guzla
y los campos siringas te ofrecieron.
Por el amor, tu lira, se encendió
con flores y armonías. pero el genio*



Proyectos para monumento al poeta Bernardo López, realizado por el escultor Jacinto Higuera Fuentetaja (1877-1954), en el año de 1905.

*—caballero de libres pensamientos—
alzó su pluma como fiel espada
contra el yugo opresor de los tiranos,
o emocionadamente se rindió
a la inmensa bravura de los mares,
a la gloria sin mancha de María,
a la soberbia mole escurialéense...*

*"Y corro sin ver jamás
El consuelo en lontananza".
El poema de la vida.- B.L.G.*

*El otoño dejó las hojas de
los árboles en los dedos del viento.
Y en otoño la muerte te reclama.
Bernardo del dolor. Bernardo de las
quebradas primaveras sin corolas,
dejando resbalar pausadamente
por la tristeza amarga de tu vida,
la rosa palpitante de un suspiro...
Del brazo de la muerte vas de ronda
para cantarle versos a la luna;
para dejar recuerdos inconcretos
en la fronda sin fin de la Alameda,
para grabar tus versos en los árboles
con mensajes de aromas...*

*El Sagrario,
Jordán de santas aguas que te dieron
la fe que nunca muere, la estirpe
de esta tierra de virtud soberana,
desempolvó los ecos de tus llantos.
La Magdalena, en donde la leyenda
—voz del pueblo— (la única verdad
que permanece viva por los siglos)
encendió el candil de las arcanas
consejas de lagartos y pastores.
Y en La Merced, donde Cristo en Jaén
se funde en el mensaje del amor,
y se hace pueblo, y el pueblo se hace Cristo,
el agua se perdió para llorar
en soledad la sed de tu partida.
¡Bernardo del dolor sobre los cielos!
¡Bernardo del honor entre los vientos!
¡Bernardo del amor bajo la tierra!
Tu corazón, Bernardo, entre nosotros
está como el verdor de los olivos.*

LAUS DEO

(1).- Este trabajo fue galardonado en el Primer Premio en el concurso de poesía convocado por la Asociación Nacional de Ayudantes Técnicos Sanitarios, con motivo del traslado de las estatuas de Bernardo López y Almendros Aguilar a la Alameda. El certamen fue fallado en Madrid el 25 de Junio de 1971.

• LUIS BERGES ROLDAN: HOMENAJE A LA FAMILIA BALGUERIAS.

La última intervención fue la de Luis Berges Roldán. Con sus palabras rindió homenaje al apellido Balguerías. Se refirió a destacadas figuras de esta ilustre familia en las últimas generaciones. Y, entre ellas, habló de Eduardo Balguerías Quesada, el giennense que dirigió el Jardín Botánico de Madrid. Las palabras de Luis Berges estuvieron llenas de emotivas evocaciones para el querido Jaén de una época inolvidable. Berges Roldán es parco en sus expresiones, pero generoso en el afecto sincero:

Entiendo que, tanto el tiempo transcurrido como sus acontecimientos, son y seguirán siendo, el conjunto de piezas que conforman el perfecto rompecabezas que hay en el interior de cualquiera de nosotros.

Bastaría por ello, un no acontecer, o que alguien se hubiese saltado a la torera en el pasado, unos pocos minutos de su existencia, para que a esta noche no hubiésemos llegado siendo realmente como teníamos que haber llegado a ser.

Por ello, nunca estuve de acuerdo con ese deseo de retroceder en el tiempo que ya se ha vivido, porque, o nos estamos negando a completar nuestro particular "puzzle" o le estamos quitando posibilidades de ser, como deban ser, a los que detrás vengan.

Y es que queramos o no, de fenómeno aislado tenemos muy poco. Más bien, somos la humanidad un trazado continuo; algo así como una eterna pleita en donde trenzan conceptos tan subjetivos y sugestivos a la par como son lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo, la luz y la sombra.

Así es por lo que resulta ser tan apasionante el conocimiento de todo cuanto nos aconteció.

Y puestos a conocer algo de pasados aconteceres, me asalta la pregunta:

¿Qué tremendo mal o que demonios encendidos se pudieron adueñar del corazón de nuestros antepasados, buenos y modestos ellos como modestos y buenos giennenses?

Porque, resulta que así fue escrito:

"El cólera-morbo es una enfermedad que difunde la confusión y el espanto. Como toda epidemia, es el castigo que Dios manda a los pueblos, porque los pueblos necesitan también sus castigos y estos son las epidemias, en las que los hombres más sabios obran como ignorantes, los de vista más perspicaz parecen ciegos, los más ilustrados obran como empíricos, los más observadores no pueden formar experiencia".

O, aquello otro en donde se dice:

"La Misericordia de Dios no sólo se ha ostentado magnífica al poner término a la calamidad que nos afligía, como padre amorosísimo que a la par que castiga a sus hijos se complace en mitigar sus penas y en aliviar sus dolores".

"Es necesario que nuestra gratitud sea perseverante, que vaya acompañada de buenas obras y que procuremos destruir la causa que provoca la indignación Divina y obliga al Señor a descargar sobre nosotros los terribles golpes de su infinita justicia".

"Buscad, venerables hermanos y carísimos hijos, buscad la causa de la epidemia que

hemos sufrido y hallaréis que ésta, como la de todas las calamidades, no es otra que el pecado, que es fuente funesta, pero fecunda, de nuestras desventuras”.

“Y ciertamente, ¿no véis como en todas partes crece la inmoralidad y se multiplican los pecados? ¡Ah! La corrupción de costumbres no es ya solamente un efecto de debilidad de la naturaleza humana; es el funesto resultado de un sistema que aspira a emancipar al hombre de Dios, con cuyo fin no cesan sus adeptos de combatir a la Santa Iglesia, negando su doctrina, encarneciendo a sus ministros y vilipendiando su culto, sus prácticas y sus instituciones veneradas, a la vez que fomentan y protegen sus malos instintos, empujando así al hombre a su perdición y poniendo en peligro la paz, el orden y hasta la existencia de las sociedades humanas”.

“Y Dios ha visto desde los cielos tanta ingratitud y tanta iniquidad y no ha esperado largo tiempo, avisándonos amorosamente, para que retrocediésemos en el mal camino emprendido”.

“Si, por esto, unas veces se niega el cielo a enviarnos el benéfico rocío que fertilice nuestros campos: otra, derrama las aguas y produce espantosas inundaciones que destruyen los frutos; ya, viene la langosta que devora las mieses; ya, se estremece la tierra como negándose a sostener el peso de tantas iniquidades y ya, viene el cólera, seguido de la muerte que, arrebatando innumerables víctimas, deja cubiertos de luto, anegados en lágrimas y sumidos en la desolación a los pueblos. Podía haberlos exterminado por completo; más, compadecido de nuestra aflicción, dijo al ángel ejecutor de su venganza: Basta. “Caminemos como de día, honestamente, que no está nuestra dicha en la gula o en el placer”.

Toda esta fraseología, descarada en estilo y concepto apocalípticos, bien pudiera haber sido compuesta para ilustrar literariamente, a caballo entre el s. XV y el XVI, el tríptico del Carro del Heno o la mesa de los Siete Pecados Capitales, del maestro del Juicio Final.

Pero ni mucho menos; El primer fragmento en donde se nos muestra la cólera de Dios descargada sobre nuestros atemorizados paisanos de los barrios del Sagrario, San Ildefonso, San Bartolomé, La Magdalena y San Pedro, pertenece a las “Observaciones sobre el cólera-morbo, escrita por la Sección Médica de la Academia de Medicina, Cirujía y Farmacia de Jaén”, editada en el año 1885 en la Imprenta y Litografía de López y Compañía.

En cuanto a la segunda andanada, está en la “Carta Pastoral que el Excmo. e Ilmo. Dr. D. Manuel María González y Sánchez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Jaén, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Senador del Reino, etc., pastoral dirigida a sus diocesanos con motivo de la terminación de la epidemia, “dada dicha Carta en nuestro Palacio Episcopal en el día de la fiesta de Santa Catalina, Virgen y Mártir, Patrona de esta ciudad, el 25 de Nov. de 1885 también, hace exactamente noventa y siete años y dos días, Pastoral editada en la Imprenta de la viuda de D. Narciso de Guindos, sita en la calle Maestra Baja n.º 11, que nada me he inventado.

Menos mal que los propios miembros de la docta Academia de Medicina jiennense, por un lado y el Obispo González por el suyo, dejaban un portillo abierto a la actuación profesional y a la investigación cuando, esquivando como podían los denuestos divinos, mutuamente se expresaban:

—“Pero aún así y respetando los arcanos incomprensibles de la Providencia, es preciso conocer que, aún cuando seamos oprimidos por el peso de la justicia divina, nunca es tan rigurosa que no podemos en algunos casos librarnos de sus rayos”.

—“La impiedad procurará deteneros, repitiéndoos que las calamidades públicas son

puramente efectos de causas naturales; pero decidle que éstas se hallan necesariamente subordinadas a la causa primera, que es Dios”.

Así pues, encontraremos en nuestro inquieto siglo XIX, una serie de hombres de Jaén a los que toca pechar con aquel mal endémico salido de las riberas del Ganges, que en un funesto día del año 1834 se coló en nuestra Península por el puerto de Vigo, mal del cual, nuestro buen amigo y galeno Diego Jerez nos daba, con su documentación e interesante trabajo, toda clase de detalle en la pasada cena de 1981.

De una forma u otra, nos han dejado noticia de los médicos D. Francisco Vigil y Mora, D. Francisco de Paula de la Torre, D. Benito García de los Santos, D. Vicente Tejada, D. Gabriel Bonilla, D. Francisco Jiménez Callejón, D. Bernabé Soriano de la Torre, D. Manuel Silva, D. Miguel Arévalo, D. Antonio García Anguita, D. Rafael Molina, D. José Ruz Guerrero, D. José Luis Balguerías y D. Eduardo Balguerías.

De una forma u otra, tenemos noticias del importante papel, en aquellos años de oscurantismos ante el nuevo mal, desempeñó este grupo de modestos y buenos jiennenses, en su diario afán por rescatar vidas, bien en acomodadas o malolientes casas, bien en el Hospital de la Misericordia, de la Coronada, de los Hospitales instalados en la planta alta de la Iglesia de San Félix y en la fundición del Sr. Oños en San Jerónimo, fundición donde 106 años más tarde se encontrará a los artesanos para la cerrajería artística de la Clínica “La Inmaculada”.

Mi pretensión, a lo largo de estos folios, es simplemente llegar a rendir un modesto recuerdo a la dinastía cultural de los Balguerías.

José Luis andaba en 1855 ejerciendo la medicina en el distrito de San Ildefonso, teniendo como auxiliar al doctor de la Torre.

Eduardo era, en 1876 director facultativo del Hospicio de Mujeres, Casa de Maternidad e Inclusa, de cuyo cargo solicita a la Diputación Provincial se le releve cuando el cólera-morbo arrecia, pues se siente incompatible con el cargo de segundo médico de número del Hospital de la Misericordia.

José Luis, junto con seis colegas ya citados y por disposición del Sr. Gobernador Civil de la provincia, como presidente de la Junta de Sanidad, incluye su método de actuación contra el nuevo mal en la publicación de la Academia de Medicina, en el año 1855.

Eduardo, en unión de cinco de sus compañeros, redacta la “Cartilla Sanitaria que contiene los preceptos higiénicos más importantes que deben conocer las familias y otras noticias sobre el Cólera-Morbo Asiático”, cartilla editada en la Imprenta de la Diputación Provincial, a cargo de D. José Rubio, en el año 1885.

También sabemos de él que, un año más tarde y por deseo de la Caja de Ahorros, Ilustración y Recreo de Jaén, recibe el encargo de ocuparse de uno de los dos distritos Sanitarios en que se dividió nuestra ciudad, quedando el otro al cuidado de D. Bernabé Soriano.

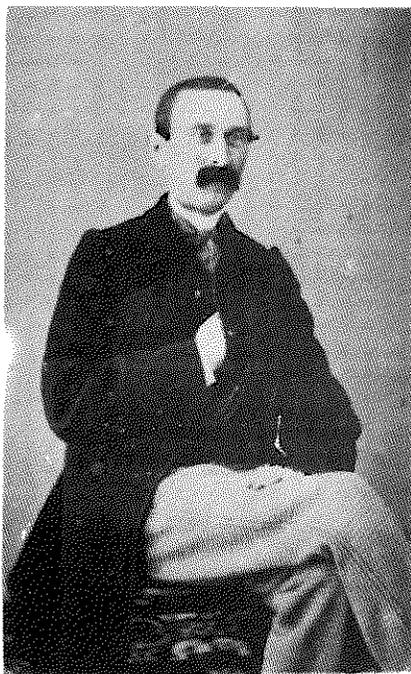
Su hijo, Eduardo Balguerías Quesada, médico y botánico, amará profundamente nuestras tierras, estudiará su flora, escribirá sobre ella y desempeñará en Madrid el cargo de director del Jardín Botánico, eligirá las especies para el subsuelo arcilloso del Parque de la Victoria, tendrá gran amistad con mi padre y pasará ignorado por nuestra sociedad, sin que ella le haya dedicado aún el más mínimo recuerdo.

De sus hijos, Eduardo Balguerías Jiménez, es uno de mis amigos eternos, porque amigos somos desde la niñez. Entre la Medicina y la Botánica, elige el mundo vegetal al cual ama y estudia desde su cátedra, como Ingeniero de Montes.

Su casería está muy cerca de ésta, de la de su hermana Carmen, plantada entre la



D. Eduardo Balguerias Quesada



D. José Luis Balguerias Monereo



D. Eduardo Balguerias Monereo

de Rafael Ortega, y el Zumel, allí donde tiene catalogadas más de 300 especies vegetales, algunas de las cuales, vaya Vd. a saber, pudiera entrar, como antaño en el juego de la vida y de la muerte.

Para todos ellos, mi cariñoso y especial recuerdo en esta noche, bajo este techo, inmersos en la calma barroca del olivo.

Habéis visto, amigos míos, como todo es cuestión de pleita.

Con versos de Bernardo Lóez, yo también termino, diciéndoos:

*“Por eso juntos brindemos
sin pensar en lo que fuimos,
ni llorar lo que seremos;
y ya que unidos nos vemos,
bebamos... pues que vivimos”.*

• UNA PALMATORIA PARA LA CASA.

Durante la cena, sobre la mesa, lucían unas velas en unas palmatorias bellísimas de cerámica que llevaban una inscripción alusiva a nuestra reunión.

Por disposición expresa del Prioste, nuestro señor, nos fueron regaladas y nos llevamos cada uno la nuestra a la casa. Un recuerdo más, en nuestros hogares, de estas nuestras cenas. A veces damos luz a las velas y renace el afecto entre nosotros.

Ya, con las palmatorias en las manos, con la Crónica del pasado año bajo el brazo, todos de pie, nos pusimos a cantar el Himno a Jaén. Un “casette” aportaba la música del inolvidable Cebrián y nosotros la letra de Federico de Mendizabal. Aderezado todo, al final, con el ¡Viva Jaén! que nunca se apagará. Como una vela permanente, en la palmatoria de cada uno de nuestros corazones.

• EL CANTO DEL GALLO.

Y llegó la hora de las despedidas. Abrazos sinceros y... ¡hasta la próxima cena!. Seguían las ráfagas de vientos huracanados por los parajes de Las Peñas de Castro. De vez en cuando arreciaba la lluvia. Poco a poco fuimos saliendo. Y nos dejamos, sumida ya en el silencio, la Casería de “El Carmen”. La reunión empezaba a ser para nosotros inolvidable, patrimonio ya de nuestros tiempos más gozosos.

Cuando descendíamos hacia Jaén, bajo la noche oscura, nos pareció oír el canto de un gallo, que venía del corral de algún cortijo de aquellos pagos. Aquel “ki-ki-ri-ki” de un gallo, haciéndose paso entre la tempestad de la noche, no produjo en nosotros la triste sensación de las negaciones del Evangelio. El gallo, para nuestro gozo, no solo anunciaba un nuevo día, sino también la buena nueva de una amistad fortalecida entre todos nosotros. Que también es noticia, y noticia jubilosa, diría el gallo, decimos nosotros, el que unos hombres se reúnan para cenar, para amar a Jaén y a sus tradiciones, y para rendir culto a la amistad de la mano del glorioso San Antón y de la gloriosa Santa Catalina.

• EPILOGO CON PALABRAS DE MANUEL CABALLERO VENZALA.

Algún tiempo después de nuestra cena dimos gracias a Dios por la mejoría de MANUEL CABALLERO VENZALA, nuestro querido amigo de San Antón.

Ya repuesto de su enfermedad, tal y como decimos al principio de esta crónica, nos remitió lo que había de ser su intervención en la cena. Nada mejor para cerrar este libro que este bellissimo artículo de Caballero Venzalá, que sirve de epílogo, de broche de oro y que leemos con verdadera satisfacción:

Repasar un viejo Almanaque del Jaén romántico, tiene un encanto singular; es sumergirse en un agua pasada o resucitar una sonrisa que tuvo lugar hace muchos años.

Esta experiencia es la que he vivido al toparme con el Almanaque de El Chirri, para 1886, perdido entre mis viejos papeles.

El Chirri era un curioso periódico que se anunciaba como “no literario, ni de intereses materiales, ni espirituales”. Si a esto se añade el que paradójicamente se señalaba que “se publicará cuando se pueda”, díganme ustedes si a semejante espécimen se le podría llamar periódico. Y sin embargo, El Chirri lo era...

Era un periódico humorístico que lo mismo vapuleaba a blancos que a negros, buscando la nota cómica que alumbraba la chispa del ingenio de Eduardo Claver, su director y miembro fundador de la regocijante sociedad “El Portalillo”.

Cierto que El Chirri no podía publicarse siempre; saltó “cuando se podía”, ya que con frecuencia las iras del político puesto en solfa eran causa de su secuestro o de su prohibición temporal; amén de las económicas, que no fueron trabas menores.

Desgraciadamente la colección de esta pintoresca publicación no ha llegado a nosotros. Sólo se han salvado algunos números y ese Almanaque de 1886.

Siguiendo el estilo clásico, comienza con el calendario y pone al frente de cada mes su semblanza en verso. Para el de Noviembre, este mes que estamos finiendo, reserva la que sigue:

*“Es el mes de las batatas,
gachas, castañas y nueces,
empiezan a ovar los peces
y a hacerse fuentes de natas.
Mudan las liebres las patas
y se fermentan los vinos;
se concluyen los pepinos,
y este es un mes entre tantos,
que principia con los santos
y acaba con los cochinos”.*

A mi amigo Alfonso Sancho, como sujeto más cualificado para ello, dejo el examen y crítica del Album que publica, y me quedo con los chirridos poéticos, contenidos en su sección anuncios.

Alegre sección ésta de los anuncios, que se adorna con tres colores en el papel: azul, amarillo y rosa. Alegre sección que nos pone en contacto con un pintoresco Jaén comercial, sorprendido en su salsa de oferta y de demanda, entreverando ripios poéticos para encandilar al cándido indeciso.

Entremos, sin más, en este sorprendente Jaén, donde jocosa e intencionadamente chirrían prosa y verso. Sólo veremos algunos detalles de la sección, porque ahora no estamos en la gravedad de una tesis doctoral, sino en un momento de feliz descanso.

Y entrando por la calle Cerón, nos encontramos con el almacén de Manuel Mediano, que antes había sido de D. Sixto Santa María. Allí se agolpa todo un ejército de productos y enseres en el más infernal batiburrillo:

Hay gran surtido de todo lo que imaginarse pueda. Desde la loza italiana hasta latas de conserva. Chocolates, los mejores, hechos en la casa o fuera, barnices, brochas, pinceles, algodones, hilos, sedas. Hay garbanzos de Castilla y cafés y cafeteras. Cerrajas y tiradores para cómodas y puertas.

Limas, tenazas, martillos, escofinas y barrenas, cortaplumas y cuchillos y navajas y tijeras. Cubiertos de plata Roul, quesos, chorizos, mantecas, azúcares, thes, cacao y salchichones y etc. En fin, en una palabra como arriba dicho queda, hay un surtido de todo lo que imaginarse pueda.

Casi mareados por esta generosidad de oferta, nos enteramos que en algún punto de Jaén —desconocemos su ubicación en la geografía urbana— Ramírez y Compañía está terminando de instalar una gran Fábrica de Aguardientes y Cervezas, que se abrirá con el sorprendente nombre de “La Lealtad”.

Me admiro y no encuentro el por qué de este benévolo nombre, porque el aguardiente y la cerveza, si se frecuenta su trato, son más traidores que leales. En fin..., sus razones tendrá el Sr. Ramírez para atrincherarse tras su tono no beligerante.

Por otra parte, el texto del anuncio-noticia no tiene desperdicio. Se dice literalmente así: “Parece que va terminando la incubación de esta Fábrica y que se abrirá antes de la Navidad, para que el público pueda proveerse de los buenos productos que ha de presentar. En aguardiente tendrá una variedad notabilísima, y en cerveza será el disloque por su baratura, a la vez que por sus virtudes. El que lo bebe no envejece; entona, corrobora, chupa y aprieta, da lustre y esplendor”.

Diccionario de la Academia en mano —por aquello del da lustre y esplendor— nos quedamos patidifusos ante tal maravilla y no terminamos de hacernos cruces al contemplar al buen Sr. Ramírez incubando, empollando su propia fábrica, con el tranquilo gesto de inocente gallinácea.

Pero... ¡no hay que fiarse! Que no es oro todo lo que reluce, ni son todo lealtades, ni pacíficas carantoñas de gallina clueca. A poco que se observe, se descubre que este admirable Sr. Ramírez entra en el Jaén comercial del 86 con la ladina intención de meternos gato por liebre. El, como hemos visto, nos habla del disloque de virtudes y saludables efectos de tales bebitorios, pero se detiene sagazmente en el punto que a él le da la gana.

El dice: “el que lo bebe a diario, no envejece...”. Un tanto moscas, preguntamos: ¿no envejece...? ¿Es que después de beberlo se revienta como un triquitraque?

El, impertérrito, continúa en la línea del virtuosismo: “entona, corrobora, chupa y aprieta”. Nosotros, sin intereses creados, seguimos implacables hasta el fin: entona, corrobora, chupa y aprieta..., y te deja en la cuneta.

Como veis, el Sr. Ramírez elude pícaramente toda alusión a la negra. Para él la vida es un disloque in crescendo: un calorcillo entonador, corroboración de opiniones y exultación de amistades, y si la cosa sigue "p'alante"... un Chupa y aprieta detrás de una farola. Y aquí se detiene Ramírez...

Pero, ¡no...! Señor Ramírez, detrás de todo este disloque está implacable la negra.

Por esa ley de vida y porque estamos en plena efervescencia romántica de cementerios, elegías y luces parpadeantes, nos refugiamos en la severa paz de las Funerarias, huyendo de tanta superficialidad.

¡Las viejas Funerarias de Jaén...! Esas instituciones que viven y sobreviven sobre la muerte...

En aquel Jaén de 1886 ya existían, como hoy, la Funeraria de Cobo, la Funeraria de López... Sencillamente conmovedor: cerca de cien años sirviendo a la muerte, para ganarse la vida...; cerca de cien años almidonando pensamientos y poniendo con letras doradas el no te olvido... Cien años de seriedad es una cosa muy seria. Cualquier comerciante de otro ramo tiene por oficio que sonreír, cuando se encuentra con el teje maneje de su arte; el funerario tiene forzosamente que concertar con la lágrima y el suspiro. Por otra parte, la ponderación de su mercancía cuenta con recursos muy limitados; palabra más, palabra menos..., se reduce a decir en último extremo: "... y qué bien le cae el ataúd". Pero esto hay que decirlo con la voz casi quebrada, con el sentimiento adecuado a fin de evitar suspicacias, como leí yo en un viejo tratado de ética funeraria.

Tomás Cobo, que en aquel entonces tenía su industria en Maestra Baja, se anunciaba así:

*Se hacen las mejores cajas
que ha usado en el mundo nadie.
Se hacen magníficas lápidas
grabadas en ricos mármoles.
La casa corre con todo
en cuanto se muere alguien.
Esto y más, si se desea,
por casi nada se hace.
Vamos, en una palabra:
Se entierra casi de balde.*

Y Pedro López, aledaño al Arco de San Lorenzo, competía en el mismo plano con estos espléndidos versos:

*Depósito de ataúdes,
gran existencia de cajas
de metal y de madera
de formas nuevas y varias
y a gusto del que las usa;
se emplean para forrarlas
desde las telas más ricas
hasta las más ordinarias.
Se graba además en mármol
y en metal y se hacen lápidas.
JAÉN.- Establecimiento
de Pedro López Quesada.*

Pero el Jaén romántico no es sólo el de las coronas de siemprevivas, del luto y del medio-luto, es también el de las tertulias de café.

En la Plaza del Mercado está el Café del Recreo, ejemplo de humanitarismo por su baratura, donde el cliente —aunque parezca inverosímil— puede cenarse entre pecho y espalda hasta una mesa de billar. Así se deduce claramente de su propio anuncio:

*Fijense los transeuntes
en este hermoso local:
hay café que vale un duro
y cuesta sólo un real,
para que así esté al alcance
de toda la Humanidad.
Cuanto pueda apetecerse
para comer y cenar,
licores selectos, vinos
extranjero y nacional,
Valdepeñas, manzanilla
y una mesa de billar.
La próxima temporada
pronto se inaugurará
con un cuadro de zarzuela
que ni el Teatro Real;
si hay alguien que algo dude
pase y se convencerá.*

A este Café del Recreo —tan inocentemente lírico— viene el “todo Jaén”. Allí, en una de sus mesas, está ahora mismo D. Angel Fernández Massuti.

¿Que no sabe Vd. quién es D. Angel...? Pues es, ni más ni menos, que la representación máxima de la explosión industrial, del maquinismo. Su Casa-Comisión, sita en la calle Gracianas, es el epicentro de este terremoto renovador que ofrece una enfebrecida “venta de productos extranjeros en esta provincia, máquinas de vapor, material de ferrocarriles, tranvías, aserradoras, material de incendios, fieltros, asfaltados, tirantes de transmisión para volantes... herramientas para arsenales..., Quesos de Grullere..., yute para construcción de alpargates”.

Massuti —por parte de madre— es un agente del proceso transpirenaico en este agrario Jaén, al que sólo se le concede el yute necesario para la construcción de alpargates. Aunque pensamos honradamente que el Sr. Fernández Massuti se pasa de rosca en su oferta... ¡Mira que ofrecer material de ferrocarriles indiscriminadamente al sencillo pueblo de Jaén...! Todavía tiene su pase la oferta de tranvías, pues, a pesar de la panacea anticlorótica y antihistérica que expende el Dr. Morales en su Gran Farmacia de la Estrella (Carrera, 34), puede haber alguna alta dama que tenga el original antojo de tener su “tranvía particular” por exigencia misma del abultado polisón... Pero un tranvía, Sr. Massuti, no es un ferrocarril...

A pesar de todo esto, hace muy bien D. Angel al poner su bandera de progreso y modernidad... ¡Hay que renovar nuestro Jaén...! Estamos ya un poco moscas con Antonio Morales que, al pasar nosotros por su establecimiento de la Plaza del Deán Mazas, nos ofrecía jáquimas y bozales, cinchas, sobrejalmas, mandiles, albardones y atarres... con un tanto de pitorreo.

¡Hace muy bien Massuti...! ¡Tenemos que quemar tanto atavismo...! Pro eso hace muy bien ofreciendo material de incendios; más aún, estando ya tan cerca las lumbres de SAN ANTON... Y en cuanto a las herramientas para arsenales, no se trata de un despiste geográfico del respetable comerciante, sino una respuesta a esa

vieja aspiración patriótica de "Jaén, puerto de mar". Esta antañona aspiración no la hemos logrado aún, pero un día será gozosa realidad si todos lo lloramos suficientemente. Hoy por hoy, algo es algo...

¿Que Vd., D. Manuel López Pérez, no conoce al Sr. Massuti...? ¡Qué pena...! Su estudio "Cuando Jaén se asoma al mar", gestado y parido en tal ignorancia, será eterna y lamentablemente una sinfonía incompleta.

.....
Y llegados a este punto, después de tanto parche y tanto pito, de tanto trajinar, ir y venir por este Jaén de 1886, estoy al borde del vahido.

Sin saber cómo, me encuentro en plena Maestra-baja y —¡pecador de mí...!— se agrava mi mal... Me quedo de una pieza, porque en una pieza también está la Farmacia y Fábrica de Gaseosas de Sánchez.

Eduardo Claver pondera esta pragmática unión con versos dignos de D. Juan Tenorio en plena vorágine nefrítica:

*Qué farmacia ¡vive el cielo!
no existe como ésta otra.
En ella tienen morada
todos los sabios de Europa,
ya en pastillas, ya hechos polvo,
ya en paquetes, ya en redomas.
Hay bolos antigastrálgicos
para el estómago, obra
del Doctor Gareía Anguita;
Agua de Seltz y Carbónica
y agua fuerte y toda clase
de bebidas gaseosas.
En fin; es esta farmacia
de influencia tan notoria,
que para curarse al punto
desde un rasguño hasta el cólera,
basta entrar por una puerta
y salirse por la otra.*

El Sr. Sánchez, facultativo gaseoso, se apercibe de mi síncope y se apresura a darme "una de bola".

El agua del Raudal de la Magdalena —materia prima universal de esta sin par Farmacia—, en vecindad con tanto sabio europeo y local, y agujereada con el sano aire que baja del Castillo, hace todo un milagro: me salgo por la otra puerta..., y ahora me encuentro, casi cien años más tarde, en la Casería "El carmen", en los pagos de las "Peñas de Castro"... ¡LAUS DEO...!